# Alí Ramón Riera Tona



Relatos de la pesca y la cacería

Sistema de Editoriales Regionales







Relatos de la pesca y la cacería

©"Alí Ramón Riera Tona"

Colección: Hermann Garmendia

Historia local

© Fundación Editorial El perro y la rana

Centro Simón Bolívar, Torre Norte piso 21. El Silencio

Caracas - Venezuela 1010

Teléfonos: 02127688300 - 7688399

Comunicaciones@FEPR.GOB.VE

www.el perro y la rana gob.ve

www mincultura.gob.ve.mppc/

Sistema de editoriales Lara

Carrera 17 esquina calle23. Plaza Jacinto Lara

Barquisimeto - Estado Lara

Red Nacional de Escritores y Escritoras Socialistas

de Venezuela, capitulo Lara

Diseño y Diagramación Antonio Duno Fotografías del autor

Consejo editorial Yajaira Álvarez Norys Saavedra Omar Villegas Venancio Hugo Rodríguez Corrección: Antonio Duno

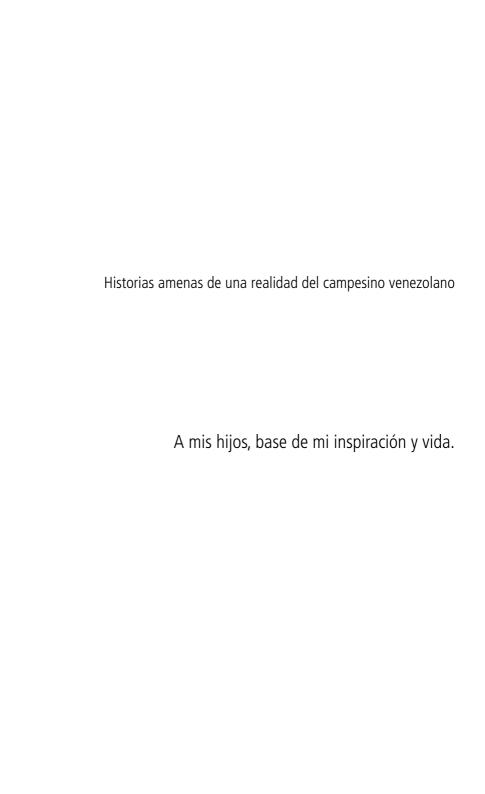
ISBN: 978-980-14-4368-1

Deposito legal: DC2018002030

Impresión digital

# ALI RAMÓN RIERA TONA

Relatos de la Pesca y la Cacería



# Índice

Pág. Perfil del autor	4
Introducción	5
La lapa de Don Tobías	7
Un gran amigo que se fue	10
Naturaleza Mágica	16
Cosa de Novatos	20
Ningún Polo	25
Comanche y Muchacho	33
Mi Padrino Pedro	41
La Visita de un Cazador	55
La Ubre del Lapito	73
El Cañizo de Nieves	84
La Mujercita	97
Vocabulario	117
Bibliografía	125

#### PÉRFIL DEL AUTOR

Alí Ramón Riera Tona nació en Barguisimeto, estado Lara, Venezuela, el 04 de septiembre de 1956. Hijo de un maestro normalista y una humilde ama de casa. Egresó del Instituto Universitario Pedagógico de Barquisimeto (Actual Universidad Pedagógica Experimental Libertador), en el año 1979, con el título de Profesor en Ciencias Experimentales, mención Biología. Ejerció la docencia por más de 26 años, al servicio del Ministerio de educación Nacional, en varios niveles del sistema educativo. Su experiencia docente y su gran pasión por la vida del campesino venezolano lo llevan a guerer plasmar algunas vivencias a través de esta versión, en forma de relatos, de lo que pudiera ser una aproximación a la realidad que viven muchos venezolanos, que tienen su vida inmersa en esa maravillosa trama de cosas, que representan el misticismo y el costumbrismo de la vida del campo. Es en la cacería y la pesca, donde el campesino libera sus tensiones, y en ambas actividades está en permanente contacto con seres sobrenaturales, que unas veces lo ayudan y otras, lo acosan, para así hacer su vida menos tediosa, más interesante y digna de contar. En la actualidad, el autor está disfrutando del beneficio social de la jubilación, como docente adscrito al Ministerio del Poder Popular para la Educación, beneficio éste, que le ha permitido dedicar parte de su tiempo a escribir, además de viajar por el campo venezolano en la búsqueda de vivencias que puedan ser plasmadas en sus relatos. Por supuesto, la pesca y la cacería siguen siendo la principal actividad de vida, que ejerce junto a sus hijos y amigos, con apego a las normas vigentes y respeto a la naturaleza.

#### Introducción

Todo comenzó hace mucho tiempo. El hombre como especie estaba en sus inicios. La mayor parte del tiempo transcurría en encontrar comida y evitar ser comido por otros. Por supuesto, había hombres y mujeres. Al principio nadie cocinaba, no había fuego, todo se comía al natural. Ser gregario y nómada era algo común. Se comía de todo lo que ofrecía la naturaleza y se dejara atrapar. Si se agotaba en un sitio se buscaba comida en otro lugar. Se formaron parejas en los grupos y el ser humano sintió la necesidad de establecerse. Distintos eventos fueron transcurriendo, uno tras otro, hasta que se presentó una nueva manera de vivir. Llegó la civilización y con ella, el nuevo orden mundial. La tendencia última ha sido la conservación medioambiental y la vida del ser humano se fue adaptando a ese nuevo estilo de vida, especialmente el de la ciudad, donde ya no es necesario cazar ni pescar para comer. Ahora se compra lo que se produce en factorias agropecuarias, as entadas en el campo en suma yoría. Sin embargo, todavía hay grupos de hombres citadinos que llevan en su interior ese deseo instintivo de encontrar comida por medio de la pesca y la cacería, o bien, de satisfacer ese instinto, no por hambre sino por cumplir con su rol primitivo de dominar a las especies silvestres, a manera de reencontrarse con su pasado y volver a sus raices ancestrales. No olviden que el hombre debió buscar trabajo y producir dinero para satisfacer sus necesidades básicas y las de su familia, pero su instinto inicial era no hacer nada, excepto cazar, pescar o recolectar frutos. Era realengo por naturaleza. En el rol de hombre trabajador tuvo mucho que ver la mujer y los hijos y más tarde, la mamá de ese hombre. Pero su verdadera naturaleza es la de cazador, pescador y recolector, "sin mucho esfuerzo". A pesar de esa naturaleza, no se pudo evitar el cambio al modernismo. Pero en el campo venezolano, especialmente, aun queda un gran nùmero de hombres y mujeres que dedican algún tiempo de su vida a esas actividades, que el hombre primitivo ejercía con toda propiedad. Para esa gente del campo y para los citadinos que aún se encuentran con su viejo instinto de cazar, pescar y recolectar, va mi eterno respeto y admiración por su valor y habilidad para esas actividades. Y para aquellos que poco saben de esa forma de vida y les gusta recrearla en la lectura, entrego los relatos que siguen, los cuales son producto de la vivencia en el día a día, en el monte, o que se los oí a gente seria, incapaces de contar una mentira o de inventar una aventura, sólo para satisfacer su ego. A pesar que dicen por ahí, que todo cazador es embustero, doy fe que estos relatos son vivencias y experiencias reales, aunque algunos rayan en lo sobrenatural. Debo aclarar que, casi en su totalidad, los personajes que intervienen en estos relatos son ficticios, otros pocos son reales, (vivos y/o muertos), falta saber cuál es cuál, en cada caso. Además, hace falta mucha fe, religiosidad y creencia en fuerzas superiores, para tener la mejor perspectiva del relato.

Alí R. Riera T 01-06-2000

#### LA LAPA DE DON TOBÍAS

La cacería de animales silvestres aun se ejerce en muchos lugares del mundo. Célebres son las monterías españolas, quizás de allá le venga al venezolano esa pasión por la "carne de monte", como se le dice por aquí, sobre todo cuando se trata de animales silvestres, de carne apetecible, tales como la lapa, el chigüire, el venado, el báquiro, la danta, el paují, entre otros. El hombre de la ciudad debe cumplir trámites burocráticos para poder ejercer la cacería deportiva de forma legal, mas no así el campesino, que por vivir cerca de los animales silvestres sólo necesita el permiso de Dios, su valor y habilidad para cazar. Tiempo siempre tiene. No importa época, temporada o veda. Ese es su derecho, de sustento, por naturaleza. Resulta que un día, como cualquier otro, "Doña Carmen" estaba en la cocina de su casa en el "caserío La Boca", preparando el desayuno tardío, comen a las once a.m., para llevarlo a los obreros en el campo, entre ellos su esposo "Don Félix", cuando de repente llegó su perrita "Laika", como queriéndole hablar. Ella observaba el empeño de la perra, pidiéndole con gestos y gruñidos, para que le atendiera porque tenía algo bueno y poco usual para regalarle. La noble perra entraba y salía. Sólo le faltaba hablar, pero "Doña Carmen", muy ocupada, apenas tenía tiempo para bajar una olla, montar otra, soplar las brasas, mover la leña, amasar y moldear las arepas; y así seguía, sin mirar a la inocente "Laika". Además, atender el llamado de aquella, su querida "güinche", no era nada prometedor, ya que no tenía atributos ni antecedentes como para deparar grandes cosas. Transcurrió un buen rato y la perra insistía, pero afuera, en el monte, lo seguro era un frío cortante, porque la neblina se miraba bajita, a través de la ventana de la cocina. Pasó otro rato, la perra salió y volvió a entrar a la cocina, hasta que logró convencer a "Doña Carmen", quien, con maña, le sobó la cabeza y le hizo entender que ahora sí la seguiría a donde quería ir. Así emprendieron el corto camino al patio trasero de la casa, lleno de matas de café, que empezaban a mostrar sus aromáticos granos, verdes aun, hasta que llegaron a la base de un enorme bucare. Allí comenzó la perra a hacer su teatro. Ladraba, aullaba, escarbaba y más, hasta que "Doña Carmen" vio el regalo que le estaba dando la perra.

Resulta que unos cazadores de la zona habían estado rastreando una lapa que tenía una vereda muy trillada, en la "Finca de las Margaritas", contigua a la casa de "Doña Carmen" y por descuido de los "perreros", le perdieron el rastro, luego recogieron los perros y se fueron a sus casas. "Laika" vio llegar la lapa a sus predios, muy cansada de tanto correr, lo que aprovechóy de un sólozar pazo la cogió por la nuca y la mató, arrastrándo la luego a la pata de aguel bucare, escondiéndola en la saliente de una de sus raices, por temor a que llegaran los perros que la estaban siguiendo y así perder la presa. Luego de un rato, segura ya de que la lapa estaba muerta, sintió la necesidad de compartir aquel manjar con su dueña, la amiga de toda la vida, que la crió desde pequeña, con amor, alimento y paciencia. Este era el momento de agradecer todo lo recibido. Mayúscula sorpresa para "Doña Carmen" cuando vio aquel animal, de rayas marrón y blanco, bien definidas, ojos saltones a pesar de muerta, dos incisivos inmensos, capaces de romper un hueso de la mano, cuero blanco en la barriga, con un pequeñito rabo y grandes bigotes. No había lugar a dudas, era una hermosa y apetitosa lapa. Acarició la perra y con mucha seguridad levantó aquella presa por las patas traseras. Al pulso le calculó unos seis kilos, pero mejor sería pesarla en aquella vieja balanza, que aun indicaba el peso de alguno que otro animal, que de vez en cuando se mataba en la casa. Casi atinó el peso del animal, seis kilos y medio, sin desollar. Pronto mandó a Cristóbal al corte donde trabajaban los hombres, para que avisara a "Don Félix" y viniera a preparar la lapa, para cocinarla y comerla a la hora de la cena. Vaya felicidad y gusto el que se darían todos esa tarde. Cristóbal se fue corriendo y al poco tiempo llegó donde trabajaban su padre y el resto de los labriegos. Y gritó a viva voz: ¡Papá la Laika mató una lapa! Venga rápido para que la raspe, que el agua ya está caliente y comamos chicharrón. La noticia se regó como pólvora entre los labriegos presentes. Uno de ellos, que recién había llegado al sitio, afirmó con seguridad: "Esa era la lapa que cargaban los perros de "Don Tobías". La perdimos en el bajío, cerca de la toma de agua, "allí se volvió noche". Esto fue suficiente para "Don Félix". No importó el esfuerzo de la Laika, ni el deseo de sus siete hijos, de comerse toda la presa. No cabía duda, "Don Tobías" era un hombre de verdad, serio, respetado, influyente y gran amigo. Eso valía mucho. Eso le daba parte de la sabrosa lapa. Al poco tiempo de recibir la noticia, partió "Don Félix" con Cristóbal, su hijo, para la casa. Consiguió el agua hirviendo y buscó su mejor cuchillo. En sólo media hora, ya había raspado y desollado la lapa. Se veía toda blanca, con un apetitoso tocino, digno de un rey. Tomó el machete y la cortó en dos canales, desde la cabeza a la incipiente cola. Una mitad la mandó para la cocina de "Doña Carmen", para preparar la cena. Y la otra mitad, la levantó y salió con ella rumbo a la casa de su amigo, cerca de la carretera.

Ya en salida, gritó para que todos oyeran:

¡Esa Lapa era de "Don Tobías!

24-07-2007

## Un gran amigo que se fue"

Transcurría el mes de abril del año 1985, tiempo final de la estación seca en Venezuela. Todavía era yo muy aficionado a atrapar aves silvestres y domesticarlas, además me gustaba mucho la pesca, actividad que cultivaba en el "Lago de "Maracaibo", alternando algunas veces con visitas al "Río Portuguesa" y a la "Quebrada El Mamón" en los llanos occidentales. En cierta ocasión, de visita vacacional en Barquisimeto, recibí una invitación a cazar unos conejos silvestres en el caserío "Charco Largo", cercano a la población de "Bobare", municipio Iribarren del Estado Lara. La invitación vino de parte del Sr. Vicente, curtido cazador, hábil y valiente, que por no disponer de un vehículo al momento, mataba el fastidio en su casa, viendo en mí un potencial compañero y en mi carro sedan, un vehículo poco apropiado, pero carro al fin, el transporte que serviría para viajar al caserío en busca de los orejones animales. La jerarquía de un cazador va acorde con la presa cazada pero en época de fastidio, parece que cualquier presa es cacería. Para ese tiempo yo trabajaba como docente en el Estado Zulia y mi esposa estudiaba en la universidad de aquel estado petrolero. Tratábamos, al máximo, de aprovechar cualquier excusa para venir a Barquisimeto, buscando el terruño natal y la familia, que estaba toda en el Estado Lara v para más detalle, en Barquisimeto. Entre esos familiares se encuentra "Vicente", un hombre de unos cincuenta años, dedicados, casi todos, a trabajar como operador de maquinaria pesada y a la cacería. Casi siempre su trabajo se desarrollaba en el campo y allí aprovechaba para cazar. Aún recuerdo cuando lo conocí. Yo era muy joven y había ido en un grupo de pesca con mi familia paterna, al sitio llamado "Mata de Palma", a orillas del "Río Portuguesa". A mis trece años, era obvio que no estaba casado y no conocía a mi esposa y menos a su familia, entre ellos a "Vicente". Pero él estaba ahí, en el grupo de pesca, frente a mi, flaco, alto, moreno, de fino bigote. Todo vestido de color "caki", con botas altas de cuero marrón. Él no iba con la intención de pescar. A eso de las cuatro de la tarde, tomó su escopeta, pertrechos, un machete, una linterna de frente y un pequeño murrial, que se terció al hombro, pidiendo al lanchero que nos acompañaba, que lo llevara a la otra orilla del río. El conductor de la lancha lo llevó de inmediato y lo dejó cerca de un bosque de galería que nacía a la otra margen del río y pronto se perdió de vista, mientras caminaba en la espesura del monte. Algunos compañeros de pesca exclamaron, con toda razón: ¡Hay que ser valiente para entrar a ese monte, con la noche tan cerca, sin saber lo que puede haber de aquel lado! Sin saber lo que te espera. Pero "Vicente" si sabía lo que le esperaba.



Aquí vemos a Vicente, durante una jornada de cacería en Mata de Palma. Esto ocurrió durante el mes de noviembre de 2010. Detrás de él, su perro "trabuco" buscando rastros en el monte.

De este lado del río, pronto hicimos un campamento y comenzó la jornada de pesca, transcurriendo las horas con la lentitud de cuando los peces no pican. Cayó la noche y se vino con ella un gran aguacero, que anegó todo el campamento. Empezó a crecer el caudal del río y no picó animal alguno, que no fueran los mosquitos. Esa noche, mojados, la cena fue de enlatados. Aún algunos estaban tratando de dormir cuando se oyó un fuerte grito, que encendió la oscuridad de la noche. Miré el reloj y eran las tres de la madrugada. Otro grito, como cuando alguien arrea el ganado y luego, un rayo de luz blanca. Era la linterna de "Vicente", que hacía señales al lanchero para que lo recogiera en la orilla del río. Con el alboroto todos

se despertaron y lo vimos llegar, entero, mojado hasta los tuétanos y con todo su equipaje. Además, traía terciado en el cuello un "Venado de Carama", un macho de seis puntas, destripado y aun botando una sangre clara. Hubo exclamaciones en el grupo ¡ese si es un hombre! ¡Ahora si vamos a comer sabroso! ¡Levanten al cocinero! Poco a poco se fueron calmando. Felicitaron al cazador. Ya nadie durmió. Comenzó la faena de desollar el animal y a disfrutar aquella exquisita carne. Al cabo de algunos años me emparenté con "Vicente", luego de mi matrimonio con su prima, mi actual esposa y "Vicente", todavía hoy es mi amigo y compadre, uno de los padrinos de mi hijo mayor. Llegó la oportunidad de salir a cazar con el compadre "Vicente". Ya era yo un adulto y conducía mi carro rumbo a "Bobare", para seguir a "Charco Largo", a cazar conejos silvestres. Siempre creí que los conejos eran mamíferos del orden Roedores, pero en clase de Zoología me enteré que pertenecen al orden Lagomorfo, por una pequeña diferencia en el número de incisivos superiores. Claro está, al campesino eso no le importa mucho. Al cazador le interesan más los hábitos del animal. En el caso de los conejos, debimos esperar a que pasara la media noche, con luna menguante y allí, en los polvorientos terrenos de "Charco Largo" los encontramos. Yo había disparado pocas veces en mi vida, así que dejé que "Vicente" demostrara su habilidad. Pronto teníamos seis conejos, gordos y sabrosos. Ya eran las cuatro de la madrugada y él había acordado visitar a su amigo «Pedro", para cuadrar otra cacería de presas mayores, así que nos dirigimos hacia la casa de "Pedro" en la entrada del caserío. A pesar que aún era de madrugada, él ya estaba levantado. Sabía que lo visitaríamos. Cuando vio los conejos comenzó a jugarse con "Vicente". Le dijo: ¿cómo va a matar a sus hermanos, no ve que eso es malo? En ese momento me enteré que a "Vicente" le decían "el conejo". Pero, es más, a cada cazador le asignan un sobrenombre o apodo. Por ejemplo, a mí me bautizaron "el cachorro", por lo novato que era en la cacería. medida amanecía observaba mejor а aue muy diligente, desolló con gran habilidad los seis conejos comenzó a preparar dos, para el desayuno. Llamó a su esposa," Ramona", para decirle que amasara las arepas y nos diera café. "Pedro" se veía curtido por el sol, a pesar de ser un hombre de tez blanca, bigote, pelo liso y largo, con un mechón permanente sobre la cara, gordo de la cintura hacía arriba, de mediana estatura, grandes pies, que lo obligaban a usar zapatos del número 46. En ratos muy serio y en otros momentos, juguetón e irreverente. Le gustaba conversar y contaba excelentes historias, casi todas de su experiencia personal.



Pedro con su esposa Ramona y uno de mis hijos, en la cocina de su casa.

De entrada, me dijo que había sido policía en "Bobare" y luego pasó a ser "ayudante de operador de maquinaria pesada". Por esa vía conoció a "Vicente". Trabajaron muchos años en O.P.E., organismo de la "Gobernación del Estado Lara", para la rehabilitación de vías rurales. En una oportunidad lo fui a buscar allá, en O.P.E. y me pasé un buen rato esperando que los guardias de seguridad lo ubicaran. Yo buscaba a "Pedro", pero allá no le decían así. Tuve que describirlo físicamente, hasta que uno de los trabajadores dijo ¡Éste busca al "Sargento García"!, ya que así le decían a "Pedro", por su parecido con el célebre personaje de la serie de "Disney", "El Zorro". Recuerdo que esta serie se realizó con base en el libro de "Johnston Mc Culley", "La Marca del Zorro". "Pedro y Ramona" vivían en medio de muchas limitaciones económicas, sobre todo al principio de su unión, que dio como fruto once hijos, de los cuales, tres resultaron hembras y ocho varones, criados con lo

que ganaba raspando cocuiza y lo que cazara en el monte. Semanalmente mataba un venado, una lapa, un Báguiro o conejos. No faltaba la carne. Además, tenía seis perros, todos mestizos, pero muy buenos para encontrar y arrear las piezas de cacería. Su casa era un humilde "ranchito" de una sola habitación, con un pequeño piso al frente, de loza artesanal y el techo era de "Hacho" de cardón. La compartía con su mujer y los once hijos. En este lugar el calor siempre ha sido muy fuerte en el día y refresca por la noche, llegando a hacer un frío que te hace tiritar en la madrugada. Una noche hizo más calor que cualquier otra y los once niños se fueron durmiendo sobre el piso, frente a la habitación. "Pedro y Ramona" esperaron a que refrescara y en medio de la oscuridad fueron pasando a cada niño para el cuarto y luego se acostaron ellos, rendidos de sueño y cansancio. Comenta "Ramona", que ya en plena madrugada se oía afuera del cuarto el llanto de un niño, por lo que despertó a "Pedro" y prendieron la lámpara de "kerosén", para ver mejor. Era el pequeño "Oscar", a quien habían dejado olvidado afuera y estaba sintiendo el inclemente frío. Con el correr del tiempo los hijos crecieron y la economía familiar prosperó. Cuando llegó el amanecer, "Pedro ya tenía listo el desayuno: Conejo esmechado, caraotas negras, huevos revueltos, arepas de maíz y café. Abundante comida, reflejo de una opulencia momentánea, producto de la cacería y del trabajo del campesino. Comenzamos a comer y a planificar una cacería de venados en una montaña que se divisaba desde donde estábamos sentados. Era la montaña de "Aqua Dulce", a unas tres horas de camino a pie, lugar predilecto de "Pedro" para los lances de venados.



Aquí vemos a Pedro, junto a mi hijo mayor, en el patio de su casa, en el caserío Charco Largo". Al fondo, se ven las montañas de "Agua Dulce".

Muchas fueron las visitas que hice a "Charco Largo", a cazar con "Pedro", incluso él y yo, logramos comprar carros doble tracción, tipo pick up, para facilitar los traslados a los sitios de cacería. Numerosos lances, buenos perros y mejores ratos de camaradería vivimos en grupo. Teníamos una "cuerda" de cacería, éramos nueve cazadores y "Pedro" era el jefe de la "cuerda", su casa de "Charco Largo" era el sitio de reunión. Pasamos más de dieciocho años juntos por esos montes, hasta que una terrible y penosa enfermedad se llevó a "Pedro, en agosto del año 2003.

Espero que "Dios" lo haya perdonado, por tanto animal que mató y lo tenga allá en el cielo, junto a su mamá, la señora "María.

"Pedro": un gran amigo que se fue.

#### NATURAL F7A MÁGICA

Han transcurrido veintiocho años desde aquel día cuando mi padre me llevó al Municipio Morán, del Estado Lara, para atrapar algunos pájaros silvestres en sus hermosos campos. Luego fui conociendo uno a uno sus caseríos y poblados. Aun recuerdo al viejo "Dimas", que servía de guía y experto pajarero. Cosa curiosa, sin uno darse cuenta traspasa el límite de Lara y de pronto, está en el Estado Portuguesa. Ya sea por el monte o por el camino real, ahí mismo, comienzan a aparecer hermosos caseríos, llenos de la magia que da la naturaleza. Misticismo, folclor, y muchas tradiciones se viven aquí, sobre todo por la pureza y sinceridad de los pobladores de estos recónditos lugares Uno de esos lugares es el caserío "El Rincón", enclavado en un inmenso verde, correspondiente a la llamada "zona alta", del estado Portuguesa. Políticamente, corresponde a la parroquia "Paraíso de Chabasquén", municipio "Unda" de ese estado llanero. Para llegar a este hermoso lugar debemos recorrer desde "Barquisimeto", por la vía que conduce al pueblo de "El Tocuyo", luego subir el "Pie de Monte Andino", pasando por "Guarico", "La Boca", hasta llegar a "La Raya", límite convencional entre los estados Lara y Portuguesa. Esta vía, hermosa por demás, es la antigua carretera trasandina, recién reparada y muy utilizada por los amantes del turismo interno, la cual nos lleva al caserío "Peña Blanca" y por ramales de uso agrícola, a la margen izquierda, buscando hacia la salida del sol, encontramos lugares poblados de venezolanos que aun conservan la natural inocencia de nuestros campesinos, adaptados a vivir en una zona montañosa, fría y neblinosa, rica en nacientes de agua, que según ellos, tienen dueño, al igual que los animales silvestres que, junto al campesino, plenan estos lares. En estos verdes parajes abundan grandes árboles de "Bucare" y "Guamo", debajo de los cuales sombrea el café, cultivo tradicional de la zona alta de Lara y Portuguesa, el cual es procesado, la mayoría de las veces, a la usanza antigua. Fue a inicios de la década de los años noventa, cuando lograron iluminar sus grandes cocinas, adornadas con fogones de leña, mediante el uso del fluido eléctrico. Después, con la bonanza pasajera del café, llegaron los primeros televisores, neveras y motores para despulpar y secar el café, movidos por electricidad. Antes, todo era más natural y cuando había un excedente económico, se podía tener un radio

que funcionara con pilas, o una lámpara de gasolina o kerosén. Aquí, todo es tradicional. Se huele a humo de leña, es necesario bañarse muy temprano y casi siempre se hacen dos raciones de comida, abundantes por demás. Mucha arepa de maíz, en todas sus formas, caraotas, carne de pollo y gallina, huevos criollos, cambures, yuca, sardinas y el guayoyo, constituyen la base de la receta culinaria.

Los horarios de trabajo para el hombre, en el campo, son algo rígidos. Muy temprano, en la mañana (al amanecer) y hasta las dos de la tarde, con intervalos para comer, allí mismo, en el corte. Las mujeres son "amas de casa". Por aquí, casi no hay matrimonios, prefieren el concubinato. Pero eso si, "Postura de Agua" para el recien nacido y luego van a "Chabasquén", para el bautismo en la iglesia católica

Destacan, su devoción por los "velorios" y "pagamentos" a los santos. Además, le hacen ofrendas a los espíritus que habitan los montes y las quebradas, originadas en nacientes de "agua viva". Esta parte es difícil de digerir, pero muy hermosa y hasta horripilante, a veces. La devoción católica los llevó a construir una capilla, pocas veces visitada por el cura de "Chabasquén". Miguel, un buen amigo que la administra como laico, se encarga de llenar ese vacío cural, con las limitaciones del caso. Al lado de esa devoción, está el temor a los espíritus, quienes, según la creencia local, aprovechan el "viernes santo" para hacer de las suyas y es que tienen razones que avalan ese hecho. El hijo de Dios, nuestro señor "Jesús", el cristo, sufre por nosotros durante la "semana santa" y muere en la cruz, por lo que no puede ejercer control sobre los espíritus hasta que logra resucitar. Sátiros, duendes, compadres y hasta compañeros, suelen ser denominados por los lugareños. Algunos dicen que estos seres se enamoran de las muchachas, se encantan por las mujeres embarazadas y por los niños no bautizados y nos vigilan, día y noche, sin que los podamos ver. Sólo algunos perciben su presencia, los otros están a su merced.

Cada vez que tengo oportunidad, les pido a mis amigos que cuenten historias sobre hechos, para unos sobrenaturales, para otros cuentos de camino y para muchos otros, una realidad intangible que se vive en el campo venezolano. El citadino no es creyente y muchas veces no respeta estas creencias populares. Pareciera que es sólo un tema para entretenernos al caer la noche, en amena tertulia. Pero a veces se revelan acontecimientos tenebrosos, como el que se vivió esta recién finalizada "semana santa.

Por tradición familiar, de origen campesino, hemos logrado constituir una finca cafetalera en el citado caserío "El Rincón" y dada la deprimida situación económica de este rubro agrícola, casi se ha convertido en un lugar de esparcimiento y meditación.

Atónitos, los doce miembros del grupo familiar, recibimos la noticia de que el "viernes santo", a las dos de la tarde, se había extraviado un niño, de dos y medio años de edad, sin bautizar y sin postura de agua. Según la abuela del bebé, éste estaba tomando atol de un biberón, en un lado de la cocina, donde hay una naciente de "agua viva" y de allí se lo llevaron sin

dejar rastro alguno.



Aquí se observa a los hijos del autor, en el patio de café de nuestra finca cafetalera.

Inmediatamente nos trasladamos al lugar de los hechos, casa de una familia vecina y confirmamos la ingrata noticia. Recien finalizado el acto del "Vía Crusis", a eso de las cuatro de la tarde, más de cuarenta personas de la comunidad se trasladan a la finca donde ocurrió el hecho e inician la búsqueda del bebé. Los padres, aún renuentes, van a Guanare, capital del estado, a denunciar el caso ante la policía judicial. Por otro lado, los abuelos van a Chabasquén, a notificar a la policía local. En ambos casos, la respuesta fue esperar setenta y dos horas y que los baquianos de la zona,

continúen el rastreo y búsqueda del niño. Transcurren las horas, aumenta el drama y llega la noche. Lluvia, borrascas y mucho frío la acompañan. Nadie se quiere ir a dormir y tratan, en vano, de esculcar el cafetal, palmo a palmo, para dar con el paradero del bebé.

Un vecino visita a "Feliciano", médico práctico en estas lides afirma, que al niño se lo llevó un espíritu del agua. Que lo tiene en algún lugar del monte, protegido. Y que no aparecerá hasta el día siguiente. Sólo un indicio ha sido detectado. Una pequeña marca de un pie, posiblemente de un niño, a la margen de una naciente de agua, a un kilómetro de distancia, en una finca vecina, abre una esperanza en los pobladores. hace una visita a "Feliciano". Ya avanzada De nuevo se noche les dice: El niño va en brazos de un espíritu. Al "ente" pertenece la huella vista a la margen de la naciente de agua. Lenta transcurrió la noche. La acompañan rosarios, petitorios y promesas. Llegó la mañana, sin sorpresas agradables. El drama se extiende hasta el mediodía de aquel "sábado santo", cuando un grupo se adentra en la finca donde se vió la pisada y un joven de la zona ubica al niño en medio de unas "qualfas", en las márgenes de una quebrada, antiguo bebedero del ganado y a pesar que lo observa, no veía forma de acercársele, por lo intrincado de la vegetación y del terreno. El niño, sujeto de una rama, se balanceaba absorto, no se sabe en que cosa. Ramón, hábil campesino, machete en mano, despeja una vía y por esa pica lo alcanza. De inmediato observa la intención del bebé de alejarse de él, pero súbito, lo toma en sus brazos, escuchando unos balbuceos mientras el niño mira hacía atrás: ¡hay está el bicho! y lo repite varias veces. Un escalofrío invade el cuerpo de "Ramón", quien reacciona y esconde al niño en su camisa para que no mire atrás. Acto seguido, lo saca del entramado monte y una vez en el camino, se dirige a su casa. Allí, Arminda, la mamá de "Ramón", nota que el niño tiene la ropita al revés y de inmediato se la guita, lo lava con agua tibia y lo envuelve en una sábana limpia, después le da un atol para apaciguar el hambre. Nosotros permanecíamos en nuestra finca en el momento en que la noticia se regó como pólvora: ¡Encontraron al niño! Todos exclaman: ¡gracias a Dios! milagro! Comenzaron los rosarios de agradecimiento y las preguntas: ¿Cómo soportó las inclemencias de ¿Quién lo cuidó? ¿Qué comió? y muchas otras. Para mi grupo familiar, casi todos nacidos en la ciudad y con grado universitario, esto no tenía explicación real, sólo la "FE" nos permitía entender aquellos acontecimientos. Los espíritus andaban cruzando caminos en la búsqueda de víctimas inocentes para entretenerse. La próxima vez que hagamos el viaje a esta zona, nos protegeremos con las consabidas "Contras", que el campesino venezolano maneja de forma permanente y con justificada razón.

!Aquí la naturaleza es mágica!

02-04-2002

#### COSAS DE NOVATOS

Cuando alquien nace en la ciudad y allí se cría, casi no sabe como es la vida en el campo. A veces va de paseo por uno o varios días, pero sólo ve lo que le muestran. No distingue bien entre lo que es disfrutar el viaje y lo que es la realidad del hombre campesino, incluidas mujeres y niños. Muchas son las limitaciones que impiden el logro de las ilusiones del campesino pero a su vez, tiene grandes posibilidades de ser feliz porque está rodeado de la naturaleza, que con su magia lo envuelve. Aguí, lo material siempre esta disminuido. El hospital es un precario dispensario, la escuela está concentrada en un pequeño espacio físico, tipo gallinero, los supermercados son bodegas con pocos productos, a elevado precio. Pero por otro lado, tienen todo el campo para ellos, cual si fuera nuestro pequeño jardín. Es raro ver una iglesia, sólo hay pequeñas capillas o altares en las casas. Pocas veces reciben la visita de los sacerdotes, por lo que se aferran a los rezanderos. Hay médicos prácticos, comadronas y quías espirituales, que a veces con una oración curan a un picado de culebra o a un animal enfermo

El campesino tiene mucha fe, es creyente y respeta mucho a las "ánimas" y a los "espíritus", a los cuales cumple pagamentos y promesas, a riesgo de que no lo ayuden en la cosecha, en la pesca o la cacería, si no les entrega sus ofrendas.

Cierto día, fuimos de cacería a la finca del hermano de "Chindo", que queda en una zona de elevaciones moderadas, quizás a unos ochocientos metros sobre el nivel del mar. Antes de llegar a la finca de "Francisco", que así se llama el hermano de "Chindo", se debe pasar por el caserío "El Caimito", que refiere un árbol frutal de la zona. Este pequeño asentamiento rural está ubicado a unos siete kilómetros, a la margen izquierda de la población de "Bobare", entrando por el sector conocido como el potrero. Se logra subir en una media hora, en carro, destacándose una gran meseta en la cima, que a lo lejos deja ver el camino a "Matatere", donde se pueden ver las lomas semiáridas que anuncian la cordillera de la costa, separadas por grandes cárcavas que va dejando el agua de lluvia, en su rápido descenso.

Allí conocí a "Juvenal", un hombre de unos setenta años, rústico, como el clima de la zona, experto en la labranza agrícola de la sábila, cocuiza,

piña, así como en la recolección de "datos", "lefarias" y "comojones", actividades que alterna con la cría de ganado caprino y la cacería. Su humildad la comparte con su familia y más de catorce perros, de los cuales sólo uno es útil en las faenas de caza. Ese es el "Pigi, perro mestizo, color blanco y mosqueado negro, que retribuye el cariño que "Juvenal" le ha brindado por más de cuatro años, buscando con gran entusiasmo las presas de cacería, que degustan en la mesa familiar.

Acompañado por "Chindo" y "Juvenal", llegamos, en mi vehículo, a la finca y allí estaba "Francisco", esperándonos, con la alegría que trae un hermano querido, al que hace tiempo no has visto. Pronto nos envolvemos en abrazos y presentaciones para luego pasar a planificar la cacería.



Aquí observamos a Chindo, junto a su hermano Francisco y al autor del libro, durante un lance de cacería. Esto ocurrió en la finca de francisco, en el caserío El caimito, durante el mes de febrero del año 2008.

La conversación gira en torno a unas "lapas" que están bebiendo agua en una laguna que queda en una finca vecina, sólo que el dueño

de esa finca no nos ha autorizado a ir a la misma, así que decidimos ir sin su permiso, para vigiar las "lapas" durante la noche. Yo noté algo raro, cuando "francisco" exclamó ¡yo prefiero las escopetas de trampa! y me mostró tres artefactos, a manera de "Chopos", de unos quince centímetros, con capacidad, cada uno, para una cápsula calibre 12, que, colocándolas en los sitios apropiados, podían matar una "lapa" sin que uno tuviera que pasar la noche, vigiando, en ese lugar. Pronto, "Juvenal" alegó: ¡yo los llevo a la laguna, pero allí los dejo! y me regreso a la casa de "Francisco". Así que se tienen que aprender la vereda para regresar en la madrugada, luego de la cacería. Algo raro estaba pasando, para que ellos dos coincidieran en dormir en la casa, en lugar de ir a cazar con nosotros. Me pregunté, ¿Qué contrariedades nos aguardan en esa laguna? Pero las ganas de cazar eran muchas y eso nos motivó a sequir adelante.

Partimos hacia la laguna antes de las cuatro de la tarde, por un camino sinuoso, entre piñales y siembras de hortalizas. El ritmo de la caminata era muy rápido, por lo lejos del lugar a donde íbamos, de modo que "Juvenal pudiera regresar con la luz del día, aún. Él, acostumbrado a esas largas caminatas, nos marcaba un buen paso y pronto llegamos al lugar donde pasaríamos la noche vigiando. Faltaban escasos minutos para las seis de la tarde. Con su experiencia en la cacería, "Juvenal", pudo notar que alrededor de la laguna, por la vereda de las "lapas", habían cortado todo el monte y esto, recién había ocurrido, quizás en la mañana, con la clara intención de que la "lapa" extrañara el sitio y no bajara a beber agua. Luego nos dijo: yo que ustedes, me regresaba para la casa. Aquí no va a bajar la "lapa". Insistió varias veces, pero yo le respondí que no iba a regresarme hasta después de vigiar. Así que pronto nos despedimos de él y emprendió el camino de regreso a la casa de la finca de "Francisco", con su perro "Pigi", como única compañía.



Éste es Juvenal, acompañado por el autor. La conversa giró en torno al extravío del perro "Pigi", durante un lance realizado un sábado de Octubre de 2010. Aun no hay noticias del noble animal. Pronto comenzamos a buscar las veredas de las "lapas", para escoger el mejor lugar de cacería. Nos damos cuenta que en la laguna baja a beber una sola "lapa", pero a unos cien metros de allí, va la vereda de otra "lapa" que está comiendo mamones en un árbol cercano. "Chindo" decide ir a vigiar esa lapa y yo me quedo en la laguna con la esperanza de que el animal no se asuste por el monte cortado alrededor de su camino habitual, hacia la laguna. Comienza el rutinario acomodo en un árbol que dé buena visibilidad. Cada quien guinda su hamaca y acomoda la escopeta y la linterna. Para mayor seguridad de no ser visto por los animales silvestres se cuelga alto, sobre el árbol y yo, uso ropa negra y hamaca de color negro, a diferencia de "Chindo", que usa ropa de color azul y una hamaca de color rojo, que en la noche se torna tan oscuro, que no se ve. Además, su sombrero nuevo le protege la cabeza de la plaga.

Al poco tiempo se presenta la oscuridad de la noche, que viene acompañada de una espesa niebla y un profundo frío, que casi acalambra nuestros músculos. Diversos animales, de hábitos nocturnos, van apareciendo sin sospechar nuestra presencia y mucho menos, nuestras intenciones. Sapos, grillos, grandes murciélagos y lechuzas son los primeros en visitarnos. En el árbol de mamones donde está "Chindo", se oye un alboroto causado

por una pareja de rabopelados que comen mamones y arrojan las semillas al suelo, junto a otros mamones aún intactos. Por experiencia, "Chindo" sabe que el sonido de los mamones al caer del árbol atrae animales como la "lapa", los "ratones", "casilapos", "venados" y báquiros", entre otros. Sólo hay que saber distinguir cual vas a cazar. Sólo hay que esperar y tener paciencia.

Por ratos se presentaban ráfagas de viento, que aumentaban el efecto del frío y se llevaban consigo la espesa neblina, dejando ver la bóveda celeste, que se mostraba majestuosa, preñada de estrellas titilantes. Además, se podían ver otras que no titilaban y eran más opacas, de seguro eran planetas de nuestro sistema solar. Esta hermosa vista ya justificaba el sacrificio que hacíamos para vigiar aquella fría noche.

Continuamos esperando y a medida que avanza la noche, la neblina se hizo más espesa y el frío más profundo. Una extraña sombra me oscurece la visibilidad sobre el árbol, enciendo mi linterna y el rayo de luz se refleja sobre mí. La luz no podía atravesar la espesa niebla, confirmando que no tenía visibilidad. Dirijo la linterna hacia donde esta "Chindo", con el mismo resultado. De inmediato me doy cuenta que estamos en un páramo, donde hay un paso de neblina y que a pesar de oír la bulla que hacen los animales silvestres no los voy a poder ver. Me acuerdo de "Francisco" y Juvenal", que no quisieron venir a este sitio, con sobrada razón, pero no desmayo en mi empeño y sigo en el árbol, dentro de mi hamaca, por dos horas más. Consulto la hora en mi teléfono celular y veo que son las 9:30 p.m. y me digo: ¡Tres horas perdidas allí vigiando, sin contar lo invertido en el camino, más de cuatro horas, ida y vuelta, es mucho tiempo! Luego pienso que el solo ejercicio corporal ya era un beneficio

A punto de las diez de la noche, oigo el caminar de la "lapa", que venía acercándose a la laguna. ¡Cha-cha-cha-cha-cha!, sonaban las hojas secas a su paso. Era cierto, una "lapa" bebía en esa laguna. De pronto se detiene a unos veinte metros del árbol que se me servía de sede y comienza a roncar, ¡cua-cua-cua-cua-cua!, como si me estuviera viendo, pero no era eso. La "lapa" había notado que cortaron parte del monte que bordeaba su habitual vereda hasta la laguna y no se iba a arriesgar a usar una nueva vereda. Esa noche la pasaría sin tomar agua pura y tendría que sustituirla con el líquido de alguna fruta.

Con mucho sigilo enciendo mi linterna y trato de iluminar los ojos de la

"lapa", que en la oscuridad de la noche, al reflejar el rayo de luz de la linterna, se ven como las brasas encendidas de un fogón, un rojo claro que las distingue de otros animales y por desgracia para ella, delata su presencia, facilitando al cazador la ubicación del animal, sin contar que las encandila y tienden a quedarse inmóviles. En repetidas oportunidades escudriño el monte, a mi derecha, sin lograr ubicar los ojos de la "lapa", pero esta seguía roncando, maliciosamente. De repente se overon sus pasos, que indicaban que estaba retornando por la vereda habitual. En breve tiempo, todo fue silencio. Ya no se oía el caminar de la "lapa". Esperé unos diez minutos en silencio y a oscuras, ante la posibilidad de que el animal regresara, pero al ver que no volvía decido bajarme del árbol y llamar a "Chindo", para seguir a la "lapa" por la vereda. La neblina continuaba impidiendo que la luz viajara muy lejos y ahora el frío se hacía más intenso, tanto que me hacía tiritar. En la oscuridad de la noche escucho el grito de "chindo", consultando si nos íbamos de regreso a la casa y de inmediato le respondí con otro grito, para confirmar el retorno. Él tenía los mismos problemas con la neblina y con el frío. Al llegar a la laguna me dijo: ¡Esto nos pasa por novatos, por no conocer la zona y por fiebrosos!

Inmediatamente paso a contarle lo cerca que estuvo la "lapa" de la laguna y que debe estar todavía en la ruta de la vereda y nos vamos a rastrearla. Él, con más habilidad para rastrear de noche, pronto encontró el animal en un mogote de pencas de piñas viejas, entramado en "Arañagatos y tunas de "guasábara". La oíamos roncar, pero la luz de la linterna no penetraba aquel sitio y no pudimos ver sus ojos abrasadores. Finalmente nos dimos por vencidos y emprendimos el retorno a la casa de "Francisco".

Eran, casi, las doce de la noche. Nuestro paso era lento debido a la neblina y a no conocer bien la ruta por la que debíamos regresar. Después de más de dos horas de camino llegamos a la casa y allí dice "Chindo", con una expresión no muy decente: ¡Lo que gané fue que dejé el sombrero allá, en el vigiadero!

"Francisco" y "Juvenal", ya se habían despertado y nos oyeron hablando. Al encontrarnos todos en la cocina, notamos que se reían sin disimular y uno le dijo al otro, en voz alta: <u>¡COSA DE NOVATOS!</u>

### ¡NINGÚN POLO!

Cierto día, durante la primera menguante del año 2007, decidí volver a cazar lapas en "Cumaca", cerca de "Charco Largo". Esta era la segunda vez que iba a ese sitio. Un año atrás, había logrado cazar una lapa en el piñal que mi amigo "Lencho" tiene aquí, en "Cumaca". En esta oportunidad iba acompañado por "Gumersindo" (Chindo), "Lorenzo" (Lencho) y un primo de éste llamado "Antonio" (Toño). Los tres, muy hábiles cazadores y conocedores de estas montañas, casi convertidas en sembradíos de piña.

Se da el nombre de "Cumaca" a un sector montañoso ubicado en la vía al caserío "Los Cochinos", al sureste de "Charco Largo", a unos quince kilómetros de la población de Bobare, municipio Iribarren del estado Lara.



Vista panorámica de las montañas de Cumaca, Esta imagen fue tomada desde la entrada al caserío Los Cochinos

Hace unos veinte años, este sitio era una sola montaña conformada por "Cumaca", el cerro "La Mujercita" y "La Piedra del Muerto", pero la deforestación de las tierras para sembrar piñas abrió una brecha en el terreno, que separó los tres sectores. Por respeto a los propietarios de estas tierras, sólo se puede ingresar al sitio a través de una carretera rural, bloqueada por el portón de la finca de "Lencho"

Para este lance de cacería era menester visitar temprano a "Lencho", en su casa, para obtener la llave del portón e invitarlo a él, a cazar con nosotros, con la buena suerte que aceptó la invitación y nos aseguró que tenía varias lapas cebadas con piña y mamones, las cuales bajaban todas las noches por las veredas, confiadas y hambrientas.

La lapa se caracteriza por sus hábitos de caminar siempre por la misma vereda, la cual de tanto ser pisada, adquiere un aspecto limpio y muy definido, sobresaliendo del resto del terreno, por lo que lo llamamos "Trilla". Es en esa vereda o trilla donde se le deja la "ceba", que puede ser yuca, mamones, piña, mangos, entre otras y la lapa se acostumbra a comer todas las noches, en el sitio donde se le deja la comida. Se dice, entonces, que la lapa está "cebada". Otras veces va a comer debajo de los árboles frutales que están en plena cosecha, cuyas frutas maduras se desprenden y caen al suelo, ya sea en forma espontánea o por acción de algún animal de hábitos arbóreos, como el "rabopelado" o el "puercoespín".

Cerca de las cinco de la tarde de aquel día, emprendimos el viaje hacía "Cumaca". Al llegar al portón de la finca de "Lencho", nos detuvimos a colocar el sistema de doble tracción de mi vehículo rústico y a abrir el portón. Comenzamos a subir hacía la montaña por un camino de tierra, angosto y piedroso, llegando al sitio de la cacería cuando eran ya pasadas las seis de la tarde. Inmediatamente, damos inicio a un ritual muy común entre cazadores. Primero se establece donde se va a colocar cada cazador, en concordancia con los vigiaderos que están preparados. Luego se establece a qué hora va a terminar la cacería y cuál será la señal para salir del monte y regresar al sitio donde está el carro. Una vez que estuvimos de acuerdo, procedimos a comer la cena y a vestirnos con ropa apropiada para la faena por venir.

A mi me correspondió un sitio ya conocido, donde había tirado una lapa, hacía más de un año. Esta vez, la lapa estaba comiendo debajo de unos

arbustos, al lado de la carretera que lleva del piñal de "Lencho" a la "piedra del muerto", sitio célebre por ser místico y muy tenebroso, pero yo no le iba a temer a eso. Las ganas de cazar están por encima de esas trivialidades.

A unos veinte metros, casi en línea recta con el lugar donde la lapa comía, estaban un árbol de "tiama" y otro de "Úbeda", que permitían colgar mi hamaca, a unos tres metros del suelo, logrando una visual casi perfecta del comedero y a la vez me protegían de culebras y otros posibles riesgos, como alacranes y arañas. Para estabilizarme sobre la hamaca, amarré un mecate sobre los árboles, a la altura de mis pies, con lo que podía descansar y disparar con buen tino. La verdadera odisea era subir mi equipaje y mis noventa kilogramos de peso corporal, incluida la escopeta, hasta la hamaca. Para ello me valí de las salientes y ramas de los árboles en cuestión, donde quindé el bolso, el machete y el agua, al alcance de mi mano y terciándome la escopeta a mi espalda, trepé por la "tiama" hasta quedar en posición de jinete sobre la hamaca. Lo demás fue esperar la noche y a que la lapa llegara. A veces, cuando uno ya está instalado, le dan ganas de hacer alguna necesidad fisiológica de excreción y tiene que bajar. Pero esta vez, mi cuerpo está alivianado y eso no me ocupa, sólo me dedico a esperar la noche y a meditar, mirando el hermoso cielo.

A "Chindo" le correspondió cazar en el tiro del rancho, lugar llamado así porque la lapa estaba cebada junto a un destartalado rancho, que alguna vez sirvió de casa a los agricultores de la zona. Este era un sitio oscuro y riesgoso. El cazador no tiene manera de guindar una hamaca, por lo que debe esperar la lapa, sentado en el suelo o sobre una piedra, a unos guince metros, en línea recta, del lugar del comedero o ceba. Ya una vez, me tocó a mi cazar en ese lugar y en la oscuridad de la noche pude escuchar un suave ruido, de algo que se acercaba en dirección a mi espalda. Me volteé y alumbré, sin hacer bulla, logrando observar a una "mapanare", de unos ciento cincuenta centímetros de largo, que pasaba a mi lado, como si yo no existiera. Me ignoró por completo y yo, por temor a una mordedura, no intenté machetearla. Sólo me limité a observarla y a dejar que se alejara. "Chindo" sabía lo que me había ocurrido, por lo que no estaba muy a gusto con el tiro que le asignaron. En la semana siguiente a que la culebra me saliera en el tiro del rancho, unos obreros que estaban macaneando ese sector, encontraron la "mapanare" y la mataron, informando que era barriga morada y medía ciento ochenta centímetros de largo y veinticinco centímetros de diámetro. Esto ya era un alivio para "Chindo", que aunque sabía que podía encontrar la compañera de esa culebra, estaba un poco más motivado a cazar en ese sitio. "Lencho" y "Toño" subieron la montaña de la "piedra del muerto", a unos dos kilómetros alejados de nosotros, para ubicarse en sendos sitios, con los vigiaderos previamente preparados. Sorprendentemente, ellos están adaptados a esperar durante toda la noche, subidos en un árbol, sin hamaca, recostados entre las ramas, sin que el cuerpo se les resienta o encalambre, cosa que yo sólo soporto durante una media hora, antes que se me duerman las piernas y las nalgas. De los dos, "Lencho" se quedó más cerca del sitio donde estaba el carro. Él había preparado un vigiadero sobre un árbol de mamón, que estaba en plena cosecha y las lapas comían debajo del árbol, amontonando las conchas vacías en varios lugares, muy visibles. Estaban muy cebadas y el sitio era oscuro y silencioso. Esto representaba una buena opción para la cacería de esa noche. Por su parte, "Toño" subió hasta la "piedra del muerto", ubicada a la margen derecha de un piñal viejo, ya abandonado por la edad y por su baja producción. Sin embargo, entre el rastrojo que invadía el sembradío, aun se veían las jugosas piñas que algunas de sus plantas ofrecían como agradecimiento a los animales de la zona, por las visitas dispensadas. Las veredas de las lapas eran también muy visibles, así como las marcas dejadas por estas y por los zorros, pájaros e insectos sobre las costosas frutas tropicales. Empezaban a comer una y luego, aun sin terminarla, pasaban a comer otra, sin entender que esta es una mala economía para la plantación, pero así ocurre cuando hay abundancia.

"Toño" se sentó sobre una gran piedra, de color gris claro, desde donde dominaba las veredas de las lapas y las piñas maduras, quedando él, escondido a la vista de todos, por unos arbustos de "borrachera", que se extendían por más de un kilómetro, montaña arriba. Sólo restaba esperar que la noche, con su oscuridad, se hiciera presente.

Yo estaba listo, en mi hamaca, sobre el árbol, cuando se dejaron ver las primeras estrellas en el firmamento. Pronto desaparecieron todos los vestigios de luz y se manifestó una profunda oscuridad, acompañada de un frío que calaba los huesos, por la brisa que lo empujaba hacia nosotros. Los deseos de cazar eran muy fuertes, a pesar de que algo en el oscuro ambiente que me rodeaba presagiaba un hecho extraño, un "no se qué", que pronto se manifestaría para todos nosotros.

Transcurrieron lentos los minutos y a eso de las ocho de la noche, se oyó venir un cachicamo, arrastrando su acorazado cuerpo hacia la zona donde yo estaba ubicado. Se le oía escarbar, en busca de lombrices e insectos, que se esconden bajo tierra. Pronto dio paso a dos rabopelados que, juqueteando, bajaban de un árbol cercano, dirigiéndose luego a la plantación de piña que estaba al lado izquierdo de mi posición. Súbito, comencé a oír una conversación entre dos personas, que se notaba distante de mi ubicación, pero lentamente se acercaba a mí. Lo extraño es que el sonido provenía de un denso matorral, formado por borracheras y úbedas. Allí no había caminos, sin embargo, seguían acercándose a mí. Extrañado, comencé a poner más atención para descubrir quien hablaba y que decían. Sin embargo, no pude ver a nadie y tampoco entendí lo que decían. Por si acaso, abrí una cajeta de chimó, nueva, arrojándola luego en dirección a donde se oía la conversación. Pronto los hablantes cambiaron su rumbo y pasaron a unos treinta metros de donde yo estaba, como quien cruza la carretera, pero en la oscuridad nada pude ver. Acto seguido, volvió el silencio y la tranquilidad. Muchas cosas pasaron por mi mente. Estando allí, sólo con las estrellas, recordé una historia que un tiempo atrás me había contado el "compadre Miguel", experto cazador y un hombre serio, que le había ocurrido con un amigo de él, llamado "Cupertino", a quien apodaban "Polo".

Cuenta el "compadre Miguel", que él era amigo del papá de "Cupertino", un señor llamado "Félix", quien había nacido en "Juri Jure", sector ubicado a unos treinta kilómetros de "Bobare", en la vía hacia "Agua Dulce", buscando al extremo sur. Este era un hombre muy cazador y tenía una escopeta original, marca Ideal, de fabricación francesa.

Esta escopeta tenía el cañón torneado, cual si fueran rueditas de alambre, entorchadas. Era un arma única en esa zona. El señor "Félix" nunca la quiso vender a nadie. Ya anciano, enfermó y murió. "Cupertino", su hijo mayor, la heredó, junto con la afición por la cacería, que le daba doble satisfacción: diversión y comida. Sin entender porqué, el "compadre Miguel" supo que a "Cupertino" le decían "Polo", desde que era muy joven. Casi nadie lo trataba por su nombre de pila y él atendía, gustoso, por aquel sobrenombre.

En cierta ocasión, el "compadre Miguel" se empeñó en ubicar al joven cazador para proponerle un negocio por la escopeta francesa, heredada del padre, pero no lo logró. Hizo varios viajes a "Juri Jure", hasta que le

explicaron porqué "Polo" no le iba a vender la escopeta. Le narraron lo siguiente:



Aquí vemos al autor del libro en amena tertulia con su compadre Miguel, a las márgenes del rio Portuguesa.

Una tarde, allá en "Juri Jure", "Polo" se disponía para cazar unas lapas, que estaban comiendo semillas de mamón, al pie de un árbol que estaba a un lado de la quebrada de "Juri Jure", que en algunos tramos se mostraba seca y en otros, le corría agua, no muy profunda. El árbol de mamón estaba ubicado a la margen derecha de la quebrada, colindando hacia el "este" con un zanjón pequeño, que se divisaba claramente al subirse a la troja de madera que "Polo" había hecho sobre el árbol. A eso de las cinco y media de la tarde, "Polo" se subió al árbol, con la intención de vigiar a los animales, previendo subir con seguridad porque en esa zona se oscurecía muy rápido, por lo espeso de la montaña y para tratar de ver un venado que pudiera bajar a beber en la quebrada, con el atardecer. Quiso el destino que no se presentara ningún animal de presa, pero a eso de las seis y media de la tarde, ya oscureciendo, llegó al sitio un rabopelado y se subió al mamón, donde empezó a hacer bulla, moviendo las ramas en su andar y tumbando

mamones, al tratar de comerlos. Esto preocupó a "Polo", que pensó que el rabopelado iba a alertar a las lapas y no iban a Ilegar tranquilas al vigiadero. Además, iba a delatar su presencia sobre el árbol. Así que decidió matarlo, para evitar problemas. Tomó su escopeta y con un certero disparo, tumbó al animal del árbol. Rápidamente, él se bajó y agarró al rabopelado, que aún daba señales de vida y lo lanzó hacia el zanjón que estaba a la margen "este" del árbol de mamón. Luego, con igual rapidez y sigilo volvió, "Polo", a subir al árbol. Justo cuando ya estaba oscureciendo. Pronto todo se hizo oscuridad y silencio.

Al cabo de una hora de espera, "Polo" comenzó a sentir el agotamiento por la faena del día, el frío abrasador y lo incómodo de estar sentado sobre una improvisada troja, arriba del árbol. Por ratos dormitaba y luego volvía a estar alerta, hasta que decidió acostarse sobre la estructura de madera. Por seguridad, se terció la escopeta en el pecho, con la correa por la espalda y pasó un mecate alrededor de su cuerpo, que sujetó luego a la rama más próxima. Continuó esperando y oyendo aquel silencio, lleno de grillos, sapos, ranas, murciélagos, lechuzas, ratones y otros integrantes menores del bosque. Cada vez el letargo era más profundo, hasta que sin saber se rindió al cansancio y pesadez del sueño.

Cuenta "Polo", que comenzó a despertar muy lentamente, atraída su atención por una risa suave, similar a la de dos niños, como si estos jugaran debajo del árbol de mamón, donde él estaba sentado. Por ratos, oía una conversación, de la que no distinguía ni una palabra, como si hablaran en un idioma extraño para él. Luego de un rato de escuchar y escudriñar para ver quien ó quienes eran, observó una claridad, en aumento. Era la luna, en mitad de la creciente, que hacía su entrada puntual al oscuro lugar de cacería. "Polo" comprendió que era más de media noche, porque según sus cálculos, la luna debía salir esa noche después de las doce y entendió que había dormido por más de cinco horas, sobre la troja, arriba del árbol.

Volvió a oír la risa de dos niños que jugaban y la conversación inéntendible. Sus instintos se comenzaron a alertar, por lo que estaba pasando. A la luz de la luna se hicieron visibles los sitios ubicados alrededor y debajo del árbol. Pronto pudo divisar el zanjón donde había lanzado el rabopelado y oyó, de nuevo, las voces y las risas. De ese zanjón venían los sonidos que lo estaban atormentando. Entonces pudo ver a dos pequeños

seres, con aspecto y tamaño de niño, que llevaban grandes sombreros sobre sus cabezas y se dedicaban a jugar con el rabopelado, que él había matado. Uno de ellos, tomaba el animal muerto por el rabo y se lo lanzaba al otro. Este lo recibía y de la misma manera lo devolvía a su acompañante. "Polo" comenzó a entrar en pánico, se sentó con sigilo y firmeza sobre la troja de madera y observó por un rato a los extraños niños jugar con el animalito, a la vez que se reían. El frío hacía tiritar a "Polo" y todo su cuerpo se erizaba y tenía espasmos y calambres. De repente, uno de los niños percibió el estado corporal de "polo" y a la vez que le lanzaba el rabopelado al otro, le comento: "cuidado con Polo"; como si temiera que el cazador, tan alterado ya, les fuera a disparar, como hizo con el rabopelado.

El otro ser, de aspecto más adulto y rudo, respondió a viva y entendible voz, como para que "Polo" escuchara: "Ningún Polo". Ante estos hechos, "Polo" no pudo sostener su lucidez y perdió el conocimiento, quedando tirado sobre la troja, amarrado a la rama y con la escopeta terciada por delante.

Llegó el amanecer del nuevo día y "Polo" no apareció por su casa. Su mamá, hermanos y hasta su perro, lo extrañaron, pero no fue hasta pasado el medio día que dieron la alerta a otros amigos cazadores y en grupo, lo fueron a buscar. Uno de ellos, que conocía el tiro del mamón los quió hasta ese lugar. Al llegar al árbol, vieron que "Polo" yacía sobre la troja, como muerto. Comenzaron a llamarlo y no respondía, por lo que optaron por subir a auxiliarlo, notando que estaba erizado aún, frío como cadáver y privado de cualquier relación con su entorno. Después de mucho tratar de despertarlo, decidieron bajarlo así, desmayado, al extremo que tuvieron que amarrarlo para que no se golpeara y cargado en brazos de todos, lograron llevarlo a casa y lo acostaron, en su cuarto. Con la urgencia del caso, buscaron a "Maximiano", medico práctico, experto en cuestión de espíritus y encantamientos, para que ayudara a "Polo". Justo al llegar, comenzó su faena y entre humo de tabacos, rezos, pedimentos y ofertas, logró sacarlo de aquel horrible trance. Al despertar, "Polo" dijo tener mucho frío y más miedo, sobre todo por no entender como aquellos pequeños seres del monte sabían su nombre o apodo. A cada rato juraba que no volvería a cazar ni a matar animales que no fuera a comer y que escondería su escopeta para que más nadie la usara en cacería.

"Maximiano" le explico que los animales del monte tienen dueños y en su

mundo, se ofenden por nuestro comportamiento, al matarlos por diversión o simple maldad. Le dijo, además, que ese es otro mundo, con una dimensión diferente a la del nuestro y si nos dejan entrar en el, es para castigarnos. Lentamente, se fue borrando este acontecimiento en el caserío de "Juri Jure", pero "Polo" no lo olvidó jamás y cumplió todo lo prometido. Por esa razón, mi "compadre Miguel" no logró que "Polo" le vendiera la escopeta francesa.

Mi mente estaba recordando la historia de "Polo" y pronto se traslada a lo que yo había escuchado muy cerca de mi hamaca. Me sobresalté y al rato me sentía confortado. Ya la cacería de esa noche no volvió a ser como otras. excitante, retadora, complaciente. Pasó a convertirse en algo inquietante y de mucha intriga. Al poco rato de que las voces se alejaron, con rumbo desconocido, comprendí que eran los espíritus del monte, que me habían dispensado una visita. Quizás el chimó me ayudó, o fue mi comportamiento en otras cacerías, alguna contra ó no se que otra cosa. Continué la faena de vigiar, pero ya la noche estaba muy avanzada, tal vez las doce y media, o más, en la madrugada. Las lapas no llegaban, la espera se hacía insoportable y el frío hacia el complemento. De repente, veo un rayo de luz blanca hacía el lugar donde se inicia la carretera. La luz se hizo intermitente y luego, un lacónico grito de uno de los compañeros de cacería. Era "Toño", que se había salido del monte y nos llamaba, para así finalizar la jornada. Yo recogí mis cosas con premura y descolqué la hamaca, para luego bajar en silencio por el camino de piedra y me reuní con él. A lo lejos divisamos a "Lencho", que venía por la vereda hacia nosotros, con la linterna como un candil, casi sin baterías. Luego, los tres bajamos al encuentro de "Chindo", que esperaba en el tiro del rancho. De ahí, regresamos a la curva donde estaba mi carro estacionado. Mientras preparábamos el regreso, "Toño" rompió el silencio, con una expresión que trataba de justificar el hecho de haberse salido del monte antes que saliera la luna: ¡Esos bichos no dejaban de hablar a mi lado y a veces decían algo parecido a mi nombre! Ya en casa de "Lencho", acordamos cazar en otros sitios y dejar a "Cumaca"

Ya en casa de "Lencho", acordamos cazar en otros sitios y dejar a "Cumaca" para otros cazadores. Ya nosotros estábamos colmados, no valía la pena tentar al destino y a la suerte.

## "COMANCHE Y MUCHACHO"

No siempre el mejor perro cazador es el que tiene más raza, esto es, más pureza, más pedigrí.

Considerando que he tenido perros cazadores desde hace más de veinte años, puedo afirmar, con certeza, que el mejor perro cazador se hace a base de muchos factores, entre los que destacan: cierto grado de pureza, una buena alimentación, un buen adiestramiento y mucha confianza entre el perro y el perrero. Debe tenerse en cuenta que no todos los cazadores se relacionan directamente con los perros. Cuando se está cazando, esto es, en un lance, los tiradores están ubicados en sitios estratégicos, alejados del lugar donde se soltarán los perros y es uno de los cazadores el responsable de guiar los perros a los rastros, en el monte, para luego decidir donde los dejará buscar por su cuenta. No todos los perros se llevan amarrados, sólo los mejores buscadores, los más entrenados, los que han demostrado gran habilidad para rastrear, se llevan amarrados. Los cachorros, de menos experiencia, van sueltos, libres de correr y juquetear por doquier. Su falta de experiencia los obliga a seguir al cazador que los está guiando hacia los rastros. Es muy común oír decir al perrero, que cierto perro no deja de pisarle los talones. En cambio, los mejores rastreadores, una vez sueltos, comienzan a "latir rastro", llegando a barajustarse, a toda velocidad, campaneando, cual si vieran el animal que siguen con el olfato. Van, así, llevando al animal de presa a la zona donde están escondidos los tiradores, quienes, alertados por los ladridos de los perros, se aperciben de donde viene el animal a cazar y cual es la mejor ubicación para lograr un tiro certero.

Por ejemplo, en la cacería de venados se puede usar perros de la raza "Cun Hound Terrier", ingleses de buen olfato, buen porte y mejor carrera. También se usa el "Sabueso Americano", el "Black and Tang", el "Zorrero", el "Sabueso Español", entre otros. He visto "Beagles" siguiendo el rastro de venados, pero son tan rigurosos en hacerlo, que el ciervo les saca mucha ventaja, en cambio, los perros mestizos siguen el rastro y por ratos, siguen al animal con la vista. Si son rápidos y tienen buen tamaño, pueden llegar a

alcanzar al venado y derribarlo, especialmente si va herido.

En honor a los perros mestizos les narro la siguiente historia:

Corrían los días más calurosos del mes de marzo del año 1986 y habíamos ido de visita a la finca de "Don Euclides", un experto caficultor, que alternaba sus ratos de ocio entre viajar a visitar a su familia, en Barquisimeto y cazar venados en su finca.

Esta finca está ubicada en la zona alta del estado Portuguesa. En la raya fronteriza con el estado Lara, en la vía a Chabasquén, internándose unos diez kilómetros en la montaña. Hacía el este, tiene las nacientes de la "quebrada de macana" y al norte el "río Chabasquencito", los cuales crean un ecosistema apropiado para que proliferen en esos montes, diversas formas de fauna y flora. Destacan marranos de monte y venados, además de guacharacas, pavas, palomas y picures. Todavía hoy quedan vestigios de esa diversidad, que la deforestación y el uso de agroquímicos han ido alejando hacia otros parajes. La agricultura del café tiene esa característica, se despeja la montaña para sembrar café y guamos, usando muchos abonos químicos. Al final se cambia la vegetación originaria, que es sustituida por otros vegetales, que protegen las nacientes de agua, pero la fauna se aleja en busca de comida y sitios menos poblados de humanos y sin contaminación

Habíamos decidido pasar la "semana santa" en la finca de "Don Euclides", donde pudimos compartir con él y su familia, tanto en comodidades hogareñas como en ratos de esparcimiento en la naturaleza. Como buen cazador que era, "Don Euclides" tenía un grupo de perros, todos mestizos, pero muy hábiles y conocedores de los montes donde vivían. Estaba el "Barcino", perro de color marrón, manchado de blanco y amarrillo, muy robusto y fiero. También estaba la "Violeta", perra marrón, de grandes orejas y hocico puntiagudo, descendiente de un sabueso dorado. Estaba el "King", perro negro, de mediana estatura y muy ligero para la carrera. Estaba la "Laika", perra blanca, de grandes orejas y muy rastreadora. También estaba el "Canelo", perro marrón oscuro, corpulento y con un buen aullido, sonoro y claro. Todos muy buenos cazadores.

Por esas cosas del destino, la "Laika" había tenido una camada de cinco cachorros, pero no se sabía cual de los perros era el papá.

Incluso, se pensaba que podía ser un yuso de algún vecino, por lo realenga e independiente que era la perra. Lo cierto era, que nadie estaba interesado en aquellos cachorros, tanto por su procedencia dudosa como por su aspecto poco vistoso. Quizás por ser tan novato en las lides de cacería, le pedí a "Don Euclides" uno de esos cachorros y él, con el afán de salir de aquellos guinches me ofreció un casarcito, hembra y macho, ambos de color negro y amarillo fuego, con unas orejas quebradas, puntiagudas y de poco tamaño. Uno de los cachorros, el macho, tenía el pelo corto y el rabo largo y fino, en cambio, la hembra tenía el rabo grueso y muy largo, además su pelo era largo y rizado. En seguida pensé: ¿dónde iba a criar estos perros? y luego vino a mi mente la respuesta. El mejor sitio era la casa de "Pedro Pineda", allá en Charco Largo, así que tomé mis dos perros y los llevé allí, seguro de que en casa de "Pedro" encontraría acomodo y un buen aliado, tanto para criarlos como para enseñarlos a cazar.

Con sumo cuidado trasladé los dos cachorros a charco Largo y decidí cumplir al pie de la letra, las indicaciones del veterinario que los había recetado. Desparasitaciones mensuales y dos dosis de vacuna contra la parvovirosis, con intervalo de quince días, era lo aconsejado. Recuerdo que la mamá de "Pedro", la señora "María", se reía cada vez que yo manipulaba los cachorros para vacunarlos o desparasitarlos. Me decía: "No pierda la plata en esos yusos, que los remedios son para los perros de raza". Ella, acostumbrada a criar distintos animales, sabía que los perros mestizos no ameritan muchas vacunas, ya que por su naturaleza criolla resisten mejor las diversas enfermedades que atacan a los canes.

Yo continué con mi programa, hasta que a los tres meses los vacuné contra el moquillo y las virosis que transmiten las garrapatas, momento en que se comenzaba a modelar lo que sería cada cachorro. El macho resulto ser un perro de mediana estatura, pelo corto y liso, rabo largo y muy delgado, con las orejas cortas y caídas hacía adelante, contrastando el color negro del lomo, con el amarillo fuego del hocico, ancas, patas y la barriga. Este perro era atento y obediente, muy rápido de carrera y sobre todo, de buen carácter y mucho apetito. En cambio, la hembra se tornó arisca, presentaba el rabo largo y peludo, con un pelo rizado en todo el cuerpo, que la hacía verse siempre desaliñada, de hocico corto, era casi toda negra y no demostraba mucha disposición para correr en el monte. "Pedro"

decía: "no me gustan los perros peludos para la cacería", refiriéndose a la cachorra y pronto la excluyó de los lances.



"Comanche", al lado de Pedro y mis compadres Arístides, Joseíto y Vicente.

Al cachorro lo llamábamos "Comanche" y se fue desarrollando como un buen perro de cacería. Pronto hizo pareja con la "Ceniza", una hembra de la raza Cun Hound y en otras ocasiones, emparejaba con el "Muchacho", perro mestizo, descendiente de un braco, pero la mayoría de las veces prefería andar con "Pedro", caminando y buscando el rastro de los venados. Llegó a adquirir tanta habilidad como perro venadero, que había ocasiones en que todos los perros seguían un rastro y el "Comanche" se quedaba con el perrero. Parecía estar seguro que esos no eran rastros de venado y así resultaba ser. Sólo se animaba a correr y latir cuando el rastro era de venados. Aún recuerdo un día en que estábamos cazando en la finca de M. Zavarce, en "Usera", cerca de la vía a copeyal. El lance había comenzado temprano y cargábamos al "Muchacho", la "India", la "Portuguesa", la "Milpa", la "Sombra", el "Tango" y al "Comanche". "Pedro" andaba de perrero y había dispuesto a todos los tiradores en sitios estratégicos. Aquello fue gritar, jopear, buscar, caminar y no pudimos dar con un venado. A cada rato los perros latían rastros, corrían y aullaban, pero no levantaban la presa. Entonces "Pedro" nos reunió en torno a una laguna que estaba en la zona y nos dijo: "Aquí no están los venados, porque el comanche no ha querido meterse al monte, se la ha pasado caminando junto a mí". Ya cerca del mediodía, cuando empezábamos a recoger los perros, que se habían regado en el monte, "Pedro" comienza a gritar y a atizar a los perros y a los tiradores para que volvieran a los sitios estratégicos a esperar al venado. Al principio no entendíamos porqué el cambio de planes, pero todos le hicimos caso, con tan buen resultado, que al poco rato sonaron dos tiros consecutivos. Era "Chencho", el hijo de "Pedro", que había tirado un macho de seis puntas y más de sesenta kilogramos de peso. Luego oímos a "Pedro" exclamar ¡ese venado lo sacó el "Comanche" y se lo echó a los otros perros!

La fama de "Comanche fue creciendo en toda la zona y nuestros amigos cazadores, de otras cuerdas, querían llevar el perro a cazar con ellos, pero había un problema. "Comanche sólo cazaba cuando "Pedro" era el perrero. A pesar que yo era el dueño, lo crié con mucha dedicación y siempre le llevaba la comida, el confiscado yuso sólo atendía instrucciones de su amigo y compañero "Pedro". En una ocasión, oí el comentario de "Chico Muñoz, un viejo cazador, pariente de la esposa de "Pedro", en referencia al "Comanche", quien decía: "Yo tuve un perro así, sólo que además me avisaba que bicho iba persiguiendo. Si era un venado latía como diciendo "NAO, NAO, NAO. Si era una lapa el latido era "APA, APA, APA., pero si se trataba de un picure, latía "URE, URE, URE. Y luego todos comenzaban a reír, parecía que nadie le creía, cazador al fin.

"Comanche" siguió cazando venados y su fama creció aún más. Preñó varias perras mestizas y sus hijos andan por los montes tras los venados, pero ocurre que los mejores perros de cacería, los más seguidores, se desgastan rápido y tienden a envejecer, su vida útil se reduce a la mitad por el severo esfuerzo. "Comanche" soportó cazar hasta los seis años, fue tornándose envejecido, hasta que al final quedó parapléjico y murió.

Otro perro mestizo que demostró ser de hierro fue el "Muchacho". Hijo de un perro mestizo llamado "Valiente", en una perra media oreja, hija de un braco.

"Muchacho" era un perro de buen porte, corpulento, de unos cincuenta centímetros de alzada. Tenía pezuñas, a decir de los cazadores, esto es, un dedo adicional, que crece por encima de los tarsos, a nivel del tobillo ó más arriba, en la tibia o el peroné, en las cuatro patas. Esto se conoce a nivel médico como polidactilia o dedos supernumerarios. Esta condición física no está presente en todos los perros y llama la atención que la mayoría de los perros de pezuña son excelentes cazadores. Así era el "Muchacho", un excelente cazador, especialista en venados, tanto por su rápida carrera como por su olfato. Haciendo pareja con el "Comanche", eran muy efectivos en los lances. Sin embargo, cuando no encontraban rastros frescos de venados el "Comanche" se salía, a diferencia del "Muchacho" que seguía buscando cualquier otro animal, ya que su carácter lo obligaba a estar en constante actividad. Esta actitud va contra el entrenamiento, ya que un perro venadero no debe distraerse con otros bichos.



Aquí observamos al "Muchacho", en el patio de la casa de Pedro, allá en Charco Largo.

Recuerdo un lance, en el que el "Muchacho", encuevó un picure, en el tronco, hueco, de un árbol y comenzó a ladrar, avisándonos donde se encontraba. Yo llegué antes que el resto de los cazadores y tapé el hueco del tronco con una piedra. Luego llegó "Pedro", que era el criador y dueño del "Muchacho", junto a los otros cazadores y manifestó su descontento con lo que había hecho el perro. Yo no lograba entender ese malestar y el perro tampoco. De pronto, "Pedro" sacó el picure de la cueva y con este animal, le dio una tremenda paliza al perro. Tomaba el picure por las patas traseras y se lo aventaba, con mucha fuerza, al perro, que mantenía amarrado a un árbol. El "Muchacho" lloraba y trataba de soltarse, pero no podía hacerlo. Tuvo que aquantar, con estoicismo, aquella friega. Todo por cazar un picure. Así se garantiza que no se volverá a distraer con ese animal y no perderá el rastro de los venados. Este entrenamiento se torna cruel, pero es efectivo para que un perro se especialice en seguir un tipo de animal. Paradójicamente, a veces el entrenamiento te hace perder buenas presas de cacería, por el temor que se genera en el perro. En una ocasión, hacíamos un lance en la finca de Don M. Meléndez, en Agua Dulce y el "Muchacho" encuevó un animal en la solapa de una laja. Allí se le oía ladrar y pelear con el animal de presa. Todos corrimos y llegamos casi al unísono, al sitio donde estaba el perro. Ya sabíamos lo que "Pedro" iba a hacer. Primero amarró al "Muchacho" y luego quitó el tapón de piedra que habíamos puesto en la cueva. De repente, vemos que una hermosa lapa sale de la cueva y le pasa a "Pedro" por la barriga y le salta por sobre la cabeza. Todos empezamos a reírnos y a "Pedro" se le olvidó la travesura del perro. Esta vez no le pegó

En otro lance, que hacíamos en la finca de R. Espinosa, en El Rosal, cerca de Charco Largo, el "muchacho" encuevó una lapa en la madriguera de un cachicamo. La cueva en cuestión, tenía una entrada y una salida o tapón. Al oír al perro peleando con un animal en ese sitio, corrimos hacia allá, pero estábamos lejos, quizás tardamos unos quince minutos en llegar. El compadre "Vicente y yo, llegamos antes que los demás. Cuando el "Muchacho nos vió, se retiró de la cueva, asustado y la lapa casi se sale, pero le colocamos una piedra en la entrada y comenzamos a escarbar para atraparla. Gritamos a los otros cazadores para que vinieran a ayudarnos y pronto llegaron con el resto de los perros. El "Muchacho" se mostraba temeroso y se fue a sentar junto a "Pedro". Cuando el compadre "Vicente" logró romper el techo de

la cueva, la lapa se salió y le pasó por encima, entonces, justo al caer al suelo, yo le pude disparar, logrando herirla en las patas traseras. Aun así, logró correr como cincuenta metros, cerro abajo, para luego trenzarse en pelea con la "Ceniza". La lapa pudo morder a la perra en un cachete, pero la perra, con su experiencia, la dominó, dándole un noble mordisco en la nuca. Era un enorme macho, un lapo de más de once kilogramos, después de desollar. Eso si, la carne era muy dura y ameritó varias horas de hervor. Esta vez, "Pedro" no se quejó, porque el perro, muy conciliador, se quedó a su lado. Con el paso de los años, hubo muchos otros lances y en casi todos el "Muchacho" demostró su valor y habilidad, era un perro bizarro, de cazar todo el día.

Una vez, hicimos un lance en las tierras de Daniel, en el sector de las brisas de Agua Dulce y los perros levantaron un venado caramerudo, grande, que pronto pasó en el tiro donde yo estaba. Muy emocionado, me ubiqué en el mejor lugar posible, que diera la mejor perspectiva. Aun así, el venado pasó a más de sesenta metros del lugar donde yo estaba y a gran velocidad. Por ratos corría y a ratos saltaba. Era todo un espectáculo. Aproveché el mejor momento, cuando estaba en el aire y le disparé con una "tres en boca". Pude ver un gesto en el ciervo, que se fue hacia adelante y casi se cae, pero siguió corriendo. Pronto le vi el rabo levantado y el pelaje blanco debajo de la cola. Enormes huellas dejaba en el camino, junto a unas pequeñas gotas de sangre. Iba tirado, pero cada vez se alejaba más y más. Intenté seguirlo pero era inútil.



El autor, junto a naldo, Carlos, el compadre Vicente y al fondo, Julio. Con nosotros, "Valiente", "Comanche", "India", "Muchacho" y la "Ceniza", en las tierras de Daniel.

Pronto me alcanzaron los perros, que venían haciendo el mismo recorrido que el venado. Pude atajar a la "Ceniza" y a la "Sombra", pero el "Comanche", el "Muchacho" y la "India", no se dejaron agarrar. Cada vez corrían más tras el ciervo y sus ladridos indicaban que la presa se dirigía a una zona montañosa, muy distante, quizás a dos o tres horas de camino, a pie, en línea recta, conocida como las montañas del Docore. Pronto me reuní con el resto de los cazadores, para analizar la situación. Ya eran las dos de tarde y debíamos buscar a los perros, de inmediato. En esa zona, hay leones y si llega la noche, puede que los perros no amanezcan vivos. Para agravar la situación, en la ruta que llevan los perros esta la finca de J. Mosquera, ganadero contrario a que cacen en sus tierras, pero los perros no saben de linderos.

Pronto nos subimos al Toyota, de mi compadre "Vicente" y empezamos a rodar por el ramal principal, bordeando la montaña, por lo que cada vez nos alejamos más de los perros, hasta que llegamos a la ruta que conduce al docore y pasa por la finca de los Mosquera. Luego de una hora de carretera, nos paramos en una explanada, donde se inicia la montaña y se divisa la vaquera de una finca. "Pedro", su hijo "Oscar" y yo, decidimos caminar un poco, adentrándonos en el monte, para tratar de oír los ladridos de los perros y divisar huellas. "Oscar" ubica el rastro de los animales y a la distancia se oyen los ladridos. Subiendo hacia la montaña, va una vereda que pasa al lado de la finca ganadera de los Mosguera. "Pedro" cree que es allí donde están los perros y además, cree que están peleando con un animal. De inmediato, decide ir a ese sitio, pero me exige que me quede a esperar en el carro y él comienza a subir, acompañado por "Oscar". Seguro que presiente algún riesgo para mí. Transcurrieron unos cuarenta minutos y observamos que "Pedro", "Oscar" y los perros, empiezan a bajar la empinada cima. Lentamente, se fueron acercando, hasta que después de unos guince minutos, se reunieron con nosotros, en el carro. ¿Qué pasó? preguntó el compadre "Vicente". A buen vainón echaste, me dice "Pedro", sin vacilar: "El venado se agarró con los perros, en la vaguera de los Mosquera, luego llegó el viejo, viendo que el animal estaba tan cansado, aprovechó la ocasión, le dio un toletazo y lo mató. Cuando llegamos, ya lo tenía quindado y lo estaba desollando". Luego dice "Oscar": ¡Le pegaste un guálmaro en la nuca, pero no lo dominó! Ese venado parecía un burro, de lo grande que era. El viejo Mosquera se lo cogió todo. De milagrito, nos entregó los perros. Los tenía encerrados en la cocina y dijo que el venado había llegado solo, pero papá llamó al "Muchacho" y este se alboroto, luego todos empezaron a aullar. A punta de escopeta sacamos los perros de la cocina y nos vinimos, renunciando a la carne. Otro día será".

Así era el "Muchacho", capaz de seguir una presa todo el día, llevándose en su carrera a otros perros, que le aguantaran la mecha. "Pedro" estaba orgulloso de ese animal y nosotros también. Éste perro duró unos siete años cazando y comenzó a envejecer. Sólo pude lograr un cachorro, hijo de él, en la "Ceniza" y lo bauticé como "Romano", que hasta hace poco estuvo cazando en Curairima, en la finca de V. Aranguren. La fama del "Muchacho" trascendió a Charco Largo y Agua Dulce y para todos fue una gran pérdida cuando ese animal murió, a finales del año 1992.

La tendencia mundial está generando un fuerte movimiento ambientalista, que con toda seguridad nos va a llevar a una prohibición de los permisos de cacería y portes de armas, por lo que la gente de la ciudad, especialmente, va a tener un serio impedimento para poder practicar la cacería deportiva, pero el campesino, ese hombre honesto, trabajador y sincero, que todos los días enfrenta las mayores vicisitudes y limitaciones materiales, ese que no necesita licencia del Ministerio del Ambiente para cazar, porque vive junto con los animales, y les conoce todos sus hábitos, siempre podrá acudir al monte, a hacer un lance, para divertirse o para llevar el sustento a su hogar. Y siempre podrá contar con la ayuda valiosa de sus perros mestizos.

Siempre podrá contar con "Comanche y Muchacho".

19-02-2007

## "MI PADRINO PEDRO"

Siempre he tenido curiosidad por saber el origen del nombre del caserío donde nació mi esposa. De hecho, este nombre no figura en sus documentos personales de identificación, ya que políticamente, este caserío no aparecía en los registros civiles de la época en que ella nació.

A pesar de estar ubicado en plena carretera transandina, el "caserío La Boca" era tan pequeño, en casas y habitantes, que durante el año 1957, no se le tenía como asentamiento poblacional, bien definido. Incluso, las personas que allí nacían, eran presentadas ante la autoridad civil del "caserío Anzoátegui", municipio Morán, del estado Lara. Este caserío era una unidad poblacional de envergadura tal, que contaba con un jefe civil, un juzgado de parroquia, una plaza central, una iglesia, un cementerio y diversos comercios y fincas. Teniendo, además, una importante vía carretera, que lo comunica con la carretera transandina, de la cual dista unos tres kilómetros y de allí, a cualquier lugar de Venezuela.

Así que el "caserío La Boca", se mostraba arropado por la sombra civil y política del "caserío Anzoátegui", sin embargo, su gente, noble por demás, me hablaba de lo hermoso de sus predios, de lo agradable de su clima y lo exuberante de su naturaleza.

Fue en compañía de mi padre que lo comencé a conocer, especialmente, en jornadas de atrapar aves silvestres. Él era un experto pajarero y en el "caserío La Boca" se pueden encontrar las aves silvestres más llamativas del mundo. Chulitos, chirulíes, moriches, quameros, azulejos, turpialíes, corbatines, tucusitos pata amarrilla, y especialmente, cardenalitos, del tipo trailú, revolotean por sus verdes parajes. Muchas de estas aves son migratorias, como consecuencia del excesivo frío y el escaso alimento, que se presenta en algunas épocas del año, teniéndose referencia de que se les ha visto en Canadá, México y los Estados Unidos de Norteamérica. Por su puesto, las aves que tienen su hábitat en los parajes del "caserío La Boca" responden a un comportamiento cinegético y la flora presente en la zona complementa, perfectamente, esta fauna. Así que podemos ver diversos árboles que sirven de asiento a estos pájaros, tales como, el quamo (blanco y rojo), bucare, pomarrosa, pumagas, níspero, palmas, yagrumo, entre otros. Además, se consiguen plantaciones de café, cambur, arvejas, caraotas, papas, tomates y una incipiente ganadería, que representan la base de una exigua economía, que obliga a los padres de familia a pasearse por la idea de enviar a sus hijos, especialmente los varones, a estudiar o trabajar en Barquisimeto, El Tocuyo ó Guarico. Parece ser contradictorio, pero la actividad agropecuaria de este caserío era de sustento, con algunas excepciones. Aquí, los campesinos servían de jornaleros en las pocas fincas existentes y mantenían un conuco, para el consumo familiar, pero no quedaba nada para ahorrar y poder prosperar.

Corrían los meses del año 1967 cuando hice mi primera visita al "caserío La Boca". Recuerdo que la carretera transandina presentaba un aspecto muy rústico, por su deterioro, llena de baches, en su exiguo asfalto, casi sin cunetas y tapada por el monte. Era común observar las flores de jardinera, siempre viva y arbustos como la planta de árnica, con su amarilla floración, además de hermosas orquídeas, adornando todo el trayecto. Cuando se emprende el viaje desde Barguisimeto, en el estado Lara, se debe seguir la vía que conduce a El Tocuyo, pasando luego a Guarico y de allí, por la transandina, se va encontrando una serie de caseríos muy pintorescos, a ambas márgenes de la carretera, cuyos límites son tan arbitrarios como lo establezcan los zanjones, cerros o quebradas de la zona. Así, encontramos "Guagó", al pie de una hermosa montaña, donde sólo existen tres o cuatro casas a orilla de la carretera, luego de cierto recorrido, a la margen derecha, está la entrada al "caserío Anzoátequi" y más adelante, nos topamos con "Sanarito", que quizás sea el más habitado de la zona. Siguiendo unos dos kilómetros, por la misma carretera nacional, encontramos una vieja finca de café y ganado, cuyo dueño se distinguió de los otros habitantes, por haber sembrado hermosos eucaliptos y pinos de varias especies. Hoy día, se puede decir que este es el punto referencial de inicio del "Caserío La Boca".

Luego de una curva a la derecha, en el tramo carretero, nos sorprende una escuela rural, que lleva el nombre del caserío, que en la época de mi primera visita, era una unidad concentrada, con un solo maestro y un número pequeño de alumnos, todos de la zona. En esos tiempos, la escuela la constituía un solo local, rodeado por un hermoso terreno, adornado por plantas, tales como hortensias, orquídeas, claveles multicolores, siempre viva, bella a las once y un pasto corto, sobre la superficie, que le servían de fondo y lindo contraste. Su extensión, quizás, llegaba a una hectárea, con una rudimentaria cerca perimetral, hecha de material natural, de por

allí mismo. Los alumnos eran atendidos por la "maestra Julia", que se encargaba de enseñar todos los grados, dedicando un rato a cada grupo de estudio, por nivel académico. A diferencia de hoy, en esa época había que presentar un examen final, con jurado, teniendo una evaluación parcial, a lo largo de todo el año. La aprobación del examen final, sumado a la nota parcial, permitía el avance académico del alumno. Era común decir que el alumno había pasado al grado inmediato superior.

Claro, había casos en que el alumno no progresaba académicamente y por tal razón, se decía que estaba aplazado, pero acostumbraban a suavizar la noticia, diciéndoles a los padres, a manera de juego, que "el alumno había pasado por debajo de la mesa"

Me atrevo a afirmar, que los alumnos de la escuela rural del "caserío La Boca" eran los más felices de Venezuela. Aquí no había transporte escolar, por lo que los alumnos se dirigían, desde sus casas, hasta la carretera, muy temprano en la mañana y allí se reunían, en grupos afines, para luego trasladarse, a pie, a lo largo de un trayecto de un kilómetro, conversando, jugando, riendo y planeando su futuro. Que mejor manera de dirigirse a la escuela, bajo una tenue neblina y un frío enternecedor, llevando su desayuno de arepas de maíz, con huevo, sardinas o cambures maduros. Pudiendo beber agua fresca, de sus límpidas quebradas, no contaminadas, libres de agroquímicos y materia fecal. Me parece ver a los hijos de Doña Cármen y Don Félix, junto a los de Don Pepe, los Torrelles, o los muchachos de Magdaleno y de Ruperto, acompañando a los Araújo o a los Carrasquero, alegres, felices, contentos y sanos. Que cuadro más alejado de la actual Venezuela, donde cuesta trabajo pasearse por nuestras comunidades, sin el consabido temor a la delincuencia y a la contaminación ambiental.

En cierta ocasión, de exámenes finales en la "Escuela de la Boca", la mayoría de los muchachos había promovido, exceptuando algunos, entre los que estaba "Cristóbal". Al ver llegar a sus padres a la escuela, para obtener información acerca de él y sus otros tres hermanos, que allí estudiaban, los otros estudiantes comenzaron a decirles que "Cristóbal" había pasado por debajo de la mesa, a lo que éste ripostó, con una voz fina y chillona: "Lo único que yo se, es que no he pasado por debajo de ninguna mesa". Esto causó mucha risa entre los presentes. Los padres de "Cristóbal entendieron que no todos pueden estudiar y pronto lo orientaron a las actividades agrícolas. Hoy día, por lo que se acerca de él, es un hombre serio y muy

trabajador.

El caserío "La Boca" está ubicado a unos cien kilómetros de Barquisimeto, Edo. Lara y políticamente pertenece a la parroquia Anzoátegui, municipio Morán, del estado Lara. Parte de sus residentes están ubicados a lo largo de la vía, desde el lugar donde está la "escuela La Boca" hasta el lugar donde se consigue la línea divisoria con el estado Portuguesa. En un punto intermedio, se consique una vía alterna, en forma perpendicular, que va del este al oeste, la cual lo comunica hasta la guebrada que va al "caserío Anzoátegui", por un lado y por el otro, nos lleva a las montañas de "El Regalo", y al caserío del mismo nombre. Parece ser este hecho, el que dio origen al nombre del caserío, porque al subir por ese ramal se puede acceder a "Los Barsales", "Arena Blanca" y "El Regalo", sendas montañas del tipo selva nublada, ricas en árboles maderables, piedras de amolar y una fauna muy particular, entre la que destacan especies como el paují, pavas, quacharacas, tigres, leones, cunaquaros, lapas, báquiros y picures. De modo que este caserío representa la boca de la montaña. A pesar de que esta zona es de vocación agrícola, el perfil del suelo la muestra con tierras amarillentas y de aparente pobreza en su capa vegetal, lo que debe incidir en lo escuálido de las cosechas, donde no se use fertilización orgánica o química.

En la década de los años sesenta, durante los gobiernos de Leoni y Caldera, por estos parajes se hizo manifiesto un importante movimiento insurreccional, liderado por Argimiro Gabaldón y secundado por muchos pobladores del caserío "La Boca", así como también, de "El Regalo", "Humocaro", "Guarico", "El Tocuyo" y "Villa Nueva", entre otros caseríos del estado Lara. Por supuesto, su alcance fue limitado por la acción de las fuerzas militares venezolanas, que estaban bien entrenadas y mejor apertrechadas que los guerrilleros, además de tener conocimientos de estrategia militar. Sin embargo, muchos de estos campesinos que se fueron al monte, a pelear contra la supuesta tiranía del régimen de turno, lograron demostrar valentía y arrojo, en materia de lucha social armada. Estos hechos desembocaron en que muchas familias perdieran sus tierras y sembradíos, al huir del conflicto armado y así se ubicaron en ciudades importantes, logrando progresar económicamente, pero abandonando su terruño natal, que era ya exiguo en habitantes. De esta situación no escapó el caserío "La Boca" y muchos de sus habitantes se vieron entre dos flancos. No era raro escuchar que a una casa habían llegado los guerrilleros, durante la mañana, a pedir comida o medicinas y por la tarde, cuando ya éstos habían partido hacía la montaña, llegaba el ejército, preguntando por sus enemigos y exigiendo las mejores atenciones de parte del dueño de la casa.

La presencia del gobierno nacional en esta zona, se podía manifestar también a través de los campamentos del MOP, siglas del Ministerio de Obras Públicas, hasta el año 1972. Estos campamentos representaban una de las pocas fuentes de trabajo para los jóvenes de la zona. Uno de esos jóvenes fue el señor "Euclides", que alternaba su actividad agrícola con la de obrero, en la carretera transandina. De esta forma logró amasar algún capital y junto a su esposa, decidió partir del caserío "La Boca", para instalarse, en condición de pionero, en una montaña vecina, perteneciente al estado Portuguesa, que hoy día se conoce como caserío "El Rincón". Resulta que su esposa había recibido un lote de tierras como herencia de sus padres, de modo que vieron la oportunidad de fundar una finca cafetalera en esa zona, aledaña a la quebrada de Macana y al río Chabasquencito, donde con el dinero acumulado, planeaban desarrollar la citada finca, que alternada con conucos de maíz, yuca, caraota y cambur y la cría de gallinas y bestias de carga, les permitiera subsistir y criar a sus dos hijos. Esto parecía una aventura riesgosa, pero lo deprimido de la agricultura en el caserío "La Boca" y el avance en la construcción de la carretera transandina, llevándose consigo las pocas fuentes de empleo, los obligaron a tomarla.

Me cuenta el señor "Euclides", que los primeros viajes a las montañas del actual caserío "El Rincón", los hizo a lomo de caballo, por trochas casi vírgenes, hasta que logró levantar su casa familiar, de madera de la zona, bahareque y piso de tierra. No había electricidad, ni servicios escolares o de salud y mucho menos, de seguridad ciudadana. Eso si, el agua en esta zona es una bendición de Dios.

Dado que este lugar estaba formado por montañas vírgenes, debía escoger con sumo cuidado el lugar más apropiado para la casa, el patio y beneficio del café. El creyó haber escogido el mejor lugar y allí comenzó a prosperar, pero pronto aparecieron los problemas. Se empezaron a perder gran parte de las cosechas, las bestias malparían, las gallinas no pelechaban y hasta los perros, recibían tremendas cuerizas durante la noche, sin saber quién ó porqué hacían esto. En una oportunidad, mientras buscaban el agua de uso diario en una quebrada que pasa adyacente a la parte posterior de la casa,

vieron a un hombre de baja estatura, vestido como un viejo, con un gran sombrero, que los miraba fijamente y luego se alejó de aquel lugar, sin que pudieran verlo de nuevo. En ese momento se empezaron a aclarar las cosas: ¡Aquí hay espíritus del aqua!

El señor "Euclides", un hombre de fe y muy devoto de los santos, no tuvo otra alternativa que buscar ayuda en un médico, práctico en estas cosas de espíritus y aparecidos. Pronto hizo contacto con el único vecino que tenía y cuya finca distaba más de dos kilómetros de la suya. Se conocieron, analizaron la situación y juntos viajaron hasta el "Caño Zancudo", caserío del estado Zulia, donde se recetaron con "Crisanto Páez", médico espiritista y curandero, de cierto prestigio. El viaje para hacer esa consulta les llevó tres días, dos días de ida y vuelta y un día para ser atendidos en forma individual. El pago de la consulta consistía en un litro de aguardiente claro, doce velas de a cuartillo y un velón amarillo, además de una cuenta de pan de trigo, salado.

Pronto, el señor "Euclides" planteó su caso a "Crisanto", quien, con gran seguridad, le dijo lo siguiente: La montaña donde usted organizó su finca es rica en nacientes de agua y grandes santuarios de piedra, que son habitados

por los espíritus del agua.



Aquí se observa a los hijos del autor, en el patio de café de la casa del señor "Euclides".

El sitio donde construyó su casa es el centro del camino habitual de estos espíritus, que están molestos porque usted los ha perturbado con su presencia, la de su familia y las de sus animales. Si usted les paga una ofrenda anual y les demuestra respeto, ellos lo pueden dejar trabajar y prosperar. De lo contrario, tendría que hacer la casa en otro sitio, lejos de esa zona, fuera del camino de estos compañeros.

De inmediato, el señor "Euclides" mostró interés en pagar la ofrenda y preguntó ¿cómo la hacía y como se debía dirigir a esos seres, para que la recibieran y aceptaran? A éste requerimiento, el espiritista respondió dando las siguientes instrucciones: Debe preparar una cruz de palma bendita, la cual colocará en un sitio de la finca, junto a una cuenta de pan salado, doce granos de cacao que no hayan sido cosechados en el estado Portuguesa y un litro de aguardiente claro. Este pagamento lo debe hacer a las doce de la noche del jueves santo, de cada año, en el mismo sitio donde inicie la promesa. En ese mismo instante, debe hablar con los espíritus acerca de la ofrenda que les hace y manifestar su intención al habitar en esa zona. Esto es, debe decirles por qué esta allí, que busca y qué intenciones tiene con relación a los espíritus del agua. Hecho éste trámite y visto que su vecino se había desocupado, regresaron al caserío "El Rincón", cumpliendo al pie de la letra, todo lo planteado por el médico "Crisanto Páez", a tal punto, que ambos productores agrícolas lograron prosperar, en todos los sentidos, llegando a ser los mas prominentes agricultores y criadores de ganado de la zona. Eso, sin contar, que no sabían leer ni escribir, sin embargo, hasta carros lograron adquirir.

Transcurrieron los años y el señor "Euclides", junto a su esposa y sus dos hijos, llevaban su vida de manera normal y provechosa, haciendo visitas esporádicas al caserío "La Boca", para ver a sus familiares y amigos, entre ellos, Doña Carmen y Don Félix, Agustín y María, Perucho y los Infante. Ya hasta nietos tenían, cuando pude presenciar un hecho curioso: La batea de lavar ropa quedaba detrás de la casa del señor "Euclides", a las márgenes de la "quebrada de los Pérez" y su nieta más pequeña, "Yolanda", estaba allí, lavando su ropita, cuando vio a un pequeño ser, vestido como si fuera un viejo, que la miraba y le hacía señas, para que se acercara a él. Ésta niña, de apenas nueve años, inocente ante la vida, no accedió a los pedidos del extraño individuo y comenzó a retroceder, hasta que se pudo enrumbar hacía la casa de su mamá, a quien, de forma inmediata, contó todo lo que

le estaba sucediendo. Rápidamente, salieron todos a ver de que se trataba, pero el pequeño ser ya se había ocultado. Luego de esto, vino la charla del abuelo, con la consabida explicación, a todos los habitantes de la casa, que a partir de ese momento entendieron que no eran los únicos habitantes de esa finca y si tenían cuidado, nada malo pasaría.

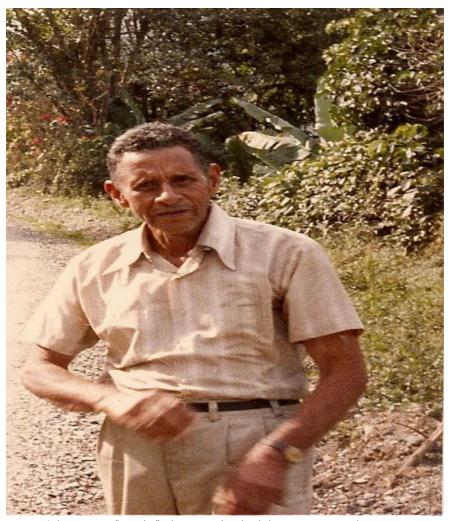
Ya muertos los fundadores de la finca, estando ésta bajo la administración de los nietos, ocurrió un hecho insólito, que dejó sorprendidos a los de la nueva generación. Resulta que "José", uno de los nietos, había contraído nupcias unos cuatro años atrás y de esa unión había nacido un varón, que sólo tenía postura de agua, más no el bautismo. En una oportunidad, cuando el niño estaba tomando el tetero cerca de la cocina, al lado de un pequeño huerto familiar, que allí existía, desapareció sin dejar rastros de su ubicación. Aquello fue horrible para "José" y su esposa, que acudieron a los vecinos para que los ayudaran en la búsqueda del niño. Este hecho ocurrió a eso de la una de la tarde y no fue sino hasta muy entrada la noche, que lograron encontrar al bebé, de dos años y medio. Estaba sentado en el suelo, rodeado por plantas de café, a unos cien metros de la cocina, al lado de la "quebrada de los Pérez", que pasa por la parte posterior de la casa. De inmediato, lo protegieron del frío y lo trasladaron a la casa. El niño no sabía explicar lo que había ocurrido, pero "Reyes", el papá de "José", creía saber lo que este hecho representaba. Buscando en su memoria, recordó la época en que estaba enamorado y pretendía a la hija del señor "Euclides", la mamá de "José", unos cuarenta y cinco años atrás. Era la etapa de la fundación de esta plantación de café y los espíritus del agua no dejaban prosperar nada. Hubo un compromiso de pagar una ofrenda anual, pero ni los hijos ni los nietos del señor "Euclides", estaban cumpliendo con el pagamento ofrecido a los espíritus. Fue necesario que "José" acudiera al médico espiritista del caserío, "Alberto Peraza", quien le orientó acerca de lo que debía hacer, de forma inmediata.

"José" se trasladó a un santuario de piedra a orillas de la "quebrada los Pérez", el mismo sitio donde se habían estado haciendo las ofrendas anteriores y prendió una lamparita de aceite por cada año incumplido con los espíritus, luego, al filo de la noche, cuando ya oscurecía en aquel sitio, presentó la ofrenda del año: Pan de trigo, cacao, cocuy de penca y un velón, acompañado de un breve discurso, dirigido a los espíritus del agua, para que conocieran la intención de los nietos del señor "Euclides" de continuar con

los pagamentos, respetando la naturaleza y a los "compadres" del agua, a fin de que les permitieran seguir adelante con sus vidas y con la finca de café y ganado, fundada en el caserío "El Rincón". Cuenta "José", que a medida que oscurecía mayor era la intensidad de la luz de las lamparitas de aceite. Hizo varios intentos para hablarle a los espíritus, pero su miedo a lo que podía suceder lo mantenían tenso, horripilado, tembloroso, incapaz de pronunciar palabra. Ya casi se hacía de noche, cuando, pensando en su pequeño hijo, logró soltar la lengua y en un breve pero conciso discurso, pudo dirigirse a los entes sobrenaturales, que el sentía que lo oían y veían, rematando con estas palabras: Yo voy a respetar el compromiso de mi abuelo. Voy a hacer el pagamento anual. Espero que ustedes me dejen trabajar y dejen tranquila a mi familia. Espero que así sea. De inmediato, envuelto en la oscuridad de la noche, recorrió a toda prisa aquel sinuoso camino hasta llegar a la casa, donde se abrazó con su esposa e hijo

Por lo que he sabido, hoy día, los nietos del señor "Euclides" viven tranquilos, allá en el caserío "El Rincón.

En ocasión de una visita mía al caserío "La Boca", tuve la oportunidad de conocer la casa donde había nacido mi esposa y allí, el señor "Euclides" me presentó algunos de sus familiares y amigos, entre ellos al padrino de mi mujer, a quien, casi todos llamaban "Perucho". A medida que iba conociendo a los familiares de mi esposa, pude notar que en su línea materna, todos tenían aspecto de gente de raza blanca, quizás del este de Europa, contrastando con su línea paterna, que tenían rasgos de un mestizaje pronunciado, donde se veía una tez oscura, mezclada con el cabello liso y rasgos faciales hindúes, crisol de razas que se presenta en Venezuela. El señor "Euclides", tío de la línea materna de mi esposa, había coincidido conmigo en una de sus visitas familiares al caserío "La Boca" y me estaba dando detalles de algunos de ellos, con lo que se me facilitaba el conocimiento de estos nuevos amigos. Algunas de esas amistades las pude cultivar por más de veinticinco años, hasta que la muerte nos separó, llevándoselos de este mundo terrenal. Quien más me llamó la atención de todo ese grupo, fue "Perucho". Un hombre de piel oscura, alto, delgado, pelo entre liso y rizado, cara larga, nariz prominente y con algún perfil, boca grande, de labios finos, con una dentadura coloreada por el hábito campesino de comer chimó y no muy conservada. Para ese momento, él contaba con unos cincuenta y cinco años de edad, regentaba una pequeña finca de café, a la margen derecha de la carretera transandina, sentido esteoeste, que alternaba con una bodega, que representaba el punto comercial,
al detal, más importante del caserío. Ésta bodega era sitio obligado de
reunión, después de la jornada laboral. Allí se podía comprar todo lo
requerido para subsistir, desde fósforos, chimó, granos, sardinas, cambures,
aguardiente, panes de todo tipo, hasta implementos de trabajo. Muchos
de estos vecinos compraban al contado, pero había otros que no tenían el
dinero disponible sino hasta el fin de semana, por lo que el bodeguero se
arriesgaba y les fiaba los productos, incluso, esperando hasta que vendieran
la cosecha de café o papas, meses después.



Aquí observamos a "Perucho" a la margen derecha de la carretera transandina, muy cerca de su casa, en el caserío "La Boca".

Era común que cada grupo familiar de éste caserío tuviera muchos hijos. Además, había casos en que el jefe de la familia, el hombre de la casa, tuviera otra mujer, con hijos, en otra casa no muy distante, ya fuera en el caserío "Anzoátegui, "El Regalo", ó a lo largo de la carretera transandina. El extremo de esta situación era que las distintas mujeres de éste hombre se conocían entre si y en la mayoría de los casos, eran amigas. Lo bonito del asunto era que los hijos de cada mujer, medios hermanos por parte de padre, se criaban como buenos hermanos y mejores amigos, con todas las

prerrogativas del caso. "Perucho" se diferenciaba de ese grupo de hombres que tenían varias mujeres. Él decía que se casaría con una buena mujer, una especial, pero esto sólo ocurriría cuando fuera lo suficientemente rico, adinerado, como para darle a ella y a su descendencia una vida digna de su linaje. Por supuesto, nunca se casó. Sin embargo, le pude conocer un hijo varón, que vivía en el mismo caserío "La Boca". Y tuve noticias de una hija, que vivía en "La Guaira", actual estado Vargas. "Perucho" era un hombre muy serio y trabajador, pero tenía ratos de jocosidad. Siempre que había algo que hacer, que él lo considerara muy difícil de lograr, lo comparaba con algo que el creía más difícil aún. Así decía "Perucho": Hacer tal o cual cosa, es más difícil que tocarle las taparas al tigre. Esto lo usaba mucho con los clientes que no pagaban, diciendo en alta voz: Cobrarle a "mano chire" es más difícil que tocarle las taparas al tigre. Lo que repetía, cambiando el nombre, por el de otros deudores. Por esas cosas del destino, en una oportunidad mataron un tigre en las montañas de "El Regalo" y los cazadores bajaron al animal, muerto, sobre el capó de un jeep, hasta el caserío "La Boca" y en medio del revuelo que causó el hecho de ver a ese temible animal, tan cerca y sin vida, llegó "Perucho" y puso las manos en las taparas de aquel tigre y luego exclamó: ¡Ya hice lo más difícil en esta vida!

En otra ocasión, en amena tertulia con varios amigos, alguien le preguntó que cuándo se casaría y él, respondió: "Lo que pasa, es que todavía no he amarrado el carreto". Mi curiosidad me llevó a solicitarle que explicara el significado de esa frase y me dijo lo siguiente: Cuando un hombre y una mujer estaban comprometidos en secreto, para evitar que los padres, de ella, les impidieran verse y luego los separaran, acostumbraban a reunirse en horas de la madrugada. Para esto, la dama se amarraba el extremo de un hilo de coser, en el dedo gordo del pie, luego lo iba desenredando y el carreto, aun con hilo, lo dejaba caer, hacía afuera, por la ventana de la habitación. Ya muy avanzada la noche, cuando todos dormían, venía el pretendiente de la dama y halaba el carreto, con lo que lograba mover el dedo del pie de su amada, que despertaba de inmediato. Ella salía de la casa y tenían su romance afuera, solos y al aire libre. Luego, ella regresaba a dormir, como si nada. Así salieron preñadas muchas jóvenes del caserío, a pesar de que las madres aseguraban que las vigilaban todo el tiempo. Luego, todos nos reíamos sin parar.

Con el paso de los años, mi amistad con "Perucho" fue en aumento, casi al mismo ritmo en que aumentaba su precariedad económica. Yo administraba una finca de café en el caserío "El Rincón, por lo que pasaba, semanalmente, por la carretera transandina, frente a la casa de "Perucho". Ya la bodega se había acabado, arruinada por los créditos y la inflación. Sólo le quedaba una pequeña casa, junto a la hectárea de tierra, donde tenía unas matas de café, cambur y aguacate, nada prometedor para sobrevivir. Mi esposa, mis dos hijos y yo, lo visitamos con cierta regularidad y contribuíamos en su alimentación y salud, pero él, necesitaba algo más que eso. Allí vivía, prácticamente, solo. A veces lo visitaba el hijo que tenía en el caserío. En medio de esa soledad, sólo contaba con la visita de los amigos de antaño, que todavía lo estimaban y admiraban por su valor para estar allí, solo, con Dios y la virgen, además de otros seres, que él desconocía.

Mi esposa y mis hijos lo llamaban "mi padrino Pedro" y le pedían la bendición, que el gustoso se las daba. Era común que durmiéramos un fin de semana en su casa y le acompañáramos durante nuestras vacaciones escolares o de navidad. Su finca no era muy grande, pero me permitía caminar a través de la plantación de café, observar las aves silvestres, encontrar aguacates maduros en el suelo y mirar las arditas, que los dañaban. Muchas veces, le ayudaba a cosechar los cambures, ya jechos, pintones o maduros y nos deleitábamos comiendo guamas pelúas, dulces y jugosas.

En cierta ocasión, de tránsito hacía mi finca, me detuve a saludarlo y lo encontré muy preocupado por algo que le estaba sucediendo. Tenía fiebre, escalofríos, dolor de cabeza y se veía más flaco, que de costumbre. Lo invité a que me acompañara, para llevarlo a un médico y pasara la semana conmigo, pero me dijo que él, necesitaba otro tipo de médico, específicamente, un espiritista. Le pregunté por qué y me contó lo siguiente:

Cada tarde, a eso de las seis, cuando comenzaba a oscurecer, veía que una mujer, vestida de blanco, con cabello largo, se paraba en la entrada de la cerca perimetral de su casa. Él la miraba por largo rato, pero la mujer ni se inmutaba. Sólo estaba allí, parada. Luego, cuando ya "Perucho" iba a dormir, veía a un hombre negro, pequeñito, con un gran sombrero, sentado en la parte superior de su escaparate. Este extraño ser, se le quedaba mirando todo el tiempo y sólo se reía. Luego, un numeroso grupo de animales, con sus crías, se le presentaban en la cocina y llegaban a la puerta del cuarto, para desaparecer, más tarde, entre las paredes de barro del corredor y la

sala. "Perucho", muy asustado, pero dominado por el sueño, no tenía más alternativa que acostarse en su cama, junto a aquellos seres. Siempre se encomendaba a Dios y la virgen, después amanecía y no le ocurría nada malo. Pasaba todo el día sin ver a aquellos desagradables acompañantes y luego, en la tardecita, volvían a aparecer. Al principio creyó que se estaba poniendo loco, pero recapacitó y analizó la situación, llegando a convencerse que le habían hecho un maleficio, una brujería.

A mitad de semana, tomó el autobús a "Chabasquén", conducido por "Alirio", para tratar de ver a "Maximiano", espiritista de reconocida experiencia, quien, después de oír la historia que acontecía a "Perucho", procedió a darle unas instrucciones, por escrito. Éstas referían que se comprara unas velas, incienso y mirra y que las colocara sobre el escaparate y en las paredes donde los animales se metían. Además, debía rezar la siguiente oración, todas las tardes:

"Ánima sola, ánima del cielo y la tierra, te ofrezco estas luces y sufragio, para que, inmediatamente, me retires todo lo malo, de aquí, de este sitio. A San Cipriano bendito y a San Marcos de León, para que me despejen este hogar y me retiren este espíritu de esta materia, Pedro Antonio Cantillo". Luego, debía rezar veintisiete padres nuestros e igual número de ave marías. El propio espiritista, le vendió los materiales requeridos y al poco, ya "Perucho" había iniciado el ritual de limpieza y protección de su cuerpo, alma y de su casa.

Cuando "Perucho" habló conmigo, ya tenía quince días en esas faenas, pero no veía mejoría. Al contrario, la mujer vestida de blanco, ahora estaba dentro del terreno, entre la cerca y la casa. Además, los animalitos y el negrito seguían apareciendo, todas las tardes. Él quería que yo lo llevara a otro médico espiritista y me dijo, en forma imperiosa, usted, como cazador que es, debe conocer un buen brujo. Yo medité un rato, para luego acordar con "Perucho" que al regresar de la finca, lo llevaría a ver un buen médico, de esos espiritistas que no son ladrones ni charlatanes. Ahí mismo, me dijo que ya le había pagado doscientos mil bolívares, al médico de Chabasquén y nada de resolver el problema. Partí hacia mi finca, muy triste y preocupado por lo que le estaba ocurriendo a mi amigo. De repente, vino a mi memoria un hecho curioso que ocurrió al finalizar un lance de cacería, allá en las montañas de "Aqua Dulce", después de Bobare, en el Edo. Lara.



Uno de los hijos del autor junto a algunos nietos de Pedro, en momentos cuando Carlos se disponía a preparar uno de los marranos que habíamos matado.

Recién llegábamos de cazar y nos reunimos en la casa de "Pedro Pineda", en "Charco Largo". Habíamos matado dos marranos de monte, y los estábamos preparando, cuando llegó, muy nerviosa y azarada, una de las nietecitas de Pedro. Ésta se dirigió, con premura, a uno de los compañeros de cacería y le dijo: "Señor Rogelio, en su camioneta hay unos señores metidos" y le repitió el mensaje, a la vez que se acercaba a él. "Rogelio", un cazador de mucha experiencia, curtido en cosas de espíritus, le respondió, que no se preocupara, que esos eran unos amigos que siempre lo acompañaban. Todos nos miramos, curiosos e intrigados por aquella respuesta, sin sentido lógico aparente. Él tiene una camioneta wagoneer 4x4 y lo vimos llegar solo, la noche anterior al lance de cacería. Continuamos preparando los marranos, hasta que, durante la comida, yo no me contuve y le pregunté ¿Quiénes eran esos amigos?, porque lo habíamos visto llegar solo.

"Rogelio" nos dijo que conocía a un médico espiritista, de El Tocuyo, quien le había dado unas contras para que le cuidaran la camioneta. En la cartera cargaba siete estampitas, de los espíritus que lo estaban protegiendo y cuando un desconocido, malintencionado, se acercaba a su wagoneer, los espíritus se hacían visibles y ahuyentaban al intruso. Nos aclaró, que la niña los vió porque es un ser inocente, pero para la gente común, eso es casi imposible que ocurra. Incluso, nos invitó para que fuéramos con

él, a El Tocuyo, para que el médico les diera protección a nuestros carros. Ninguno de nosotros estuvo muy a gusto con aquella oferta, de compañía y vigilancia, dejando la conversación hasta ese punto. Pero hoy, con el caso que está viviendo mi amigo "Perucho", valía la pena hacer una visita al médico de El Tocuyo.

Al regresar de mi finca, me llevé a "Perucho" a mi apartamento, de Barquisimeto y una vez allí, contacté a "Rogelio" para planificar la visita al señor Nelson Osal, que así se llama el médico espiritista.

"El Tocuyo" es la capital del municipio Morán, del estado Lara y el señor Nelson ejerce su oficio en la "Urbanización Francisco Suárez, calle cuatro, casa Nº 53-47, entrando por la calle que está frente al central azucarero, a la margen derecha, vía Barguisimeto- El Tocuyo.

El lunes siguiente, íbamos rumbo al consultorio espiritista, al cual llegamos a eso de las ocho y media, de la mañana. De inmediato, tomamos un número y a esperar. Teníamos ocho pacientes, por delante. Mientras esperábamos, pude establecer el costo de la consulta, el cual consistía en un litro de caña clara y un velón amarillo. Sin dinero ni otras ofrendas. Eso me tranquilizó un poco, porque "Perucho" no tenía plata y yo tenía que cubrir los gastos del caso. Ya entradas las once de la mañana, le correspondió el turno a "Perucho", pero él se empeñó en que lo acompañara, lo que consulté con el médico y éste dijo que si el paciente confiaba en mi, él no veía problema en que entráramos juntos. "Rogelio" si quedó afuera, él iba a consultar un caso, en privado, para lo que tenía el puesto número diez.

El consultorio del señor Nelson está instalado en una habitación de la casa donde reside, de unos doce metros cuadrados. Tiene una pequeña mesa, con tres sillas. Una la usa el médico y las otras dos las tomamos nosotros. La luz de la habitación es producida por cientos de velas y velones, que permanecen encendidos, por lo que es calurosa y con una atmósfera algo enrarecida. La puerta y las ventanas permanecen cerradas, para mayor privacidad. La pared que está al fondo, frente a la pequeña mesa, tiene una gruta, de un metro de alto, formada por pequeñas piedras redondas, donde están, alumbrados, María Lionza, el Negro Primero, Simón Bolívar, el Dr. José Gregorio Hernández y el cacique Guaicaipuro. A los lados, sobre unas repisas de madera, están muchas otras imágenes y estampas, que no logré identificar.

Al entrar al consultorio, nos presentamos y el doctor nos mandó a sentar,

frente a él, con la mesa de por medio. Luego, comenzó a rezar y ofreció el cocuy y el velón, a todos los espíritus que allí estaban presentes. Pidió a "Perucho" que le explicara lo que le estaba aconteciendo, pero él no quiso hablar y me correspondió a mí dar la explicación. Pronto le presente la situación de "Perucho", incluida la mujer blanca, el negrito y los animales. Además, le di la receta que había indicado el médico de Chabasquén. Solicitó el nombre completo de "Perucho" y se lo dije. Luego, soltó unos doce huesos, pequeños, sobre la mesa, los revolvió e hizo que "Perucho" los lanzara. Los miró y nos explicó lo siguiente:

A "Pedro Antonio" le montaron un trabajo de magia negra, por venganza, para que se muera y deje en herencia las propiedades que tiene. El brujo que hizo ese trabajo, fue contratado hace unos tres meses, por una sobrina del propio "Pedro Antonio", para que le montara un hechizo, el cual arrojaron al patio de café, de la casa de "Pedro Antonio", allá, en el caserío "La Boca". Luego, "Pedro Antonio" contrató al mismo brujo para que lo ayudara, quitando el maleficio, pero a petición de la sobrina, lo que ha hecho es perjudicarlo. Los animales y el duende negro que ve, todas las tardes, son espíritus burlones, no hacen maldades, pero lo ponen nervioso y pueden afectar su lucidez mental. La mujer vestida de blanco, en la puerta, representa el ánima sola y la oración que le mandaron a leer, en lugar de alejarla, la invoca e invita a pasar adelante, por lo que cada día que transcurre, estará más cerca del cuarto de "Pedro Antonio", hasta que se apodere de él y lo mate, de temor y de acoso. El ánima sola tiene poderes malignos y lo puede enloquecer, hasta hacer que él mismo se guite la vida. Luego me mandó a escribir el tratamiento que prescribió al caso de "Perucho", que debía cumplir al pie de la letra y de inmediato. La receta decía así:

"Debe hacer tres cruces, de rama de verbena, combinada con rama de brusca y rama de mastranto. Amarrarlas con un hilo, de alambre de cobre. Estas cruces se deben colocar en la casa de "Pedro Antonio", en nombre del indio Guaicaipuro y la santísima trinidad, en los siguientes lugares: una frente a la casa, otra en la esquina derecha y la otra en la parte de atrás, de la casa. Limpiar toda la casa con un manojo de Artemisa y tirar las ramas en el patio. Esto se debe hacer durante siete días consecutivos. No debe volver a leer la oración que le dio el médico de Chabasquén, ni hacerle caso a ese médico, en nada. Debe volver a consulta en quince días, a partir de hoy,

diecisiete de octubre de dos mil cinco".

En este momento, se dio por terminada la consulta y nos retiramos. Acto seguido, "Rogelio" entró para ser recetado, y allí mismo nos despedimos, porque él regresaría luego a Barquisimeto, a diferencia de "Perucho", que iba para su casa en el caserío "La Boca" y yo, para la finca de café, en el caserío "El Rincón".

Durante el viaje de retorno a nuestras casas, "Perucho" iba muy callado, taciturno, por lo que rompí el silencio, diciéndole que me sentía sorprendido por la respuesta del médico, ya que yo no sabía que tuviera alguna sobrina. Se volteó y me dijo, pues fíjese que si tengo y no una, sino cuatro. Ocurre que mi hermano mayor murió hace siete años y dejó dos hijos menores, varón y hembra, dejando también, diecinueve vacas y un toro, además de unas tierras. Fue su voluntad, que yo administrara esos bienes hasta que todos sus hijos alcanzaran la mayoría de edad. Sin embargo, dos de las vacas se perdieron y yo hice la denuncia ante el cuerpo policial del caserío "Anzoátegui", Al día siguiente del extravío de los animales, encontraron los cueros, con la marca de mi hermano y se determinó, que fue el pesador de Anzoátegui, "Ramirito", quien las benefició. Éste alegó haberlas comprado a un precio justo, a dos de mis sobrinos. Antes de consultar conmigo, la policía los detuvo y encerró en la comandancia policial de Anzoátegui. A los tres días del hecho, logré que los dejaran en libertad, pero ya los había invadido la rabia y juraron que se cobrarían aquella afrenta. Cada vez que pasan por la carretera, frente a mi casa, me insultan y se burlan, arrojan animales muertos y amenazan con matarme.

Las cosas comenzaban a aclararse, pero mis ocupaciones en la finca de café, en plena cosecha, me obligaron a quedarme por más de un mes en el caserío "El Rincón, por lo que no pude ver a "Perucho", en ese período de tiempo. Cuando volví a pasar por su casa, ya finalizando noviembre, me informó que había ido a la consulta, con su hijo y le dieron otra receta, que cumplió al pie de la letra. Ésta vez, se agregaba mostaza, en papeletas, a cada cruz. Y lo mejor de todo, era que la mujer vestida de blanco, los animales y el negrito no habían vuelto a aparecer. Se le veía recuperado, más repuesto y sereno.

Para inicios del año dos mil seis, pacté la venta de mi finca de café y le perdí la pista a "Perucho" por varios meses, ya que me había instalado en Barquisimeto y circunstancias familiares me impedían visitarlo.

El día veintitrés de abril de 2006, a eso de las cinco de la tarde, estando solo en mi apartamento, escuché un fuerte estruendo en el cuarto principal. De inmediato, fui a revisar y noté que un cuadro que estaba en una de las paredes, se había caído, haciéndose añicos. Mientras recogía los vidrios, sonó el teléfono. Era mi esposa, que me informaba una triste e impactante noticia: "Perucho" se había quitado la vida. Saltó desde lo alto de la carretera, hacia un zanjón, de más de quince metros de profundidad, cayendo sobre un lecho de piedras, que bordea la "quebrada negra", a unos cien metros de su casa, en el caserío "La Boca".

Rápidamente, me invadió la incertidumbre y pensé en aquella advertencia del señor Nelson, el espiritista de El Tocuyo, acerca del poder de la magia negra y del ánima sola. Sería que "Perucho" no había continuado con el tratamiento dado en El Tocuyo, sobreponiéndose la maldad del maleficio echado por el espiritista de Chabasquén, a pedido de las sobrinas de "Perucho".

Todo eran dudas, pero también era el fin de la vida de "Perucho". Nadie iba a tomar mis argumentos como hechos reales, para hacer justicia. Simplemente acudí a sus funerales y me resigné a perderlo.

Sólo me confortaba al recordar los momentos que pasamos juntos, mi esposa, mis hijos y yo, allá, en la casa de "Perucho", en el Caserío "La Boca".

Ya no podría olvidar sus enseñanzas, su tesón para trabajar, su sinceridad y valor ante la vida. Así quería recordar a "Perucho" o como lo llamaban mi esposa y mis hijos:

"Mi padrino Pedro" 20-08-200

## "La visita de un cazador"

Transcurrían los días del mes de Julio de 2009, cuando recibí una petición interesante de parte de mi amigo "Cruz Mario Montesinos", pariente de mi esposa y uno de mis compañeros de cacería. Ocurre que su hijo menor, Juan Carlos, joven abogado venezolano, radicado en España, dedicado en ese país a una disímil actividad de su profesión, como lo es la atención de patas y dientes de caballos, como técnico equino que es, había decidido hacer una visita a su familia, aquí, en Venezuela. Este joven estaría en nuestro país sólo unos quince días y "Cruz Mario", su papá, deseaba agasajarlo con una faena de cacería, de allí que me hiciera esa petición para que los llevara a alguno de los sitios que acostumbro visitar durante mis jornadas como cazador deportivo.

De inmediato procedí a contactar a mis amigos cazadores, allá en el campo, para ver guien estaba en disposición de organizar algún lance, donde el joven visitante pudiera recrearse en los hermosos parajes venezolanos, corriendo, junto a los perros, tras las presas de cacería. Por suerte, al llamar a "Jesús Marcano", respondió con total disposición. De hecho, para la finca donde él trabaja, ubicada en el "caserío Usera", de la parroquia Aquedo F. Alvarado, Municipio Iribarren, del Edo. Lara, estaban invitados a cazar unas lapas, otros dos buenos amigos y mejores cazadores. Ellos son "Eligio Parra" y "Teodoro Alvarado". Ambos viven en Barquisimeto, al igual que nosotros y cuentan con dos perras de muy buena raza, que recién han comprado por tres mil bolívares fuertes, cada una. "Chu", como le decimos a Jesús, está muy interesado en ver el desempeño de estas dos perras v compararlas con su perro "Ringo", un animal mestizo que compró hace dos años, por una fuerte suma y al que ya le ha matado 32 lapas, todas en cuevas, sin necesidad de usar la escopeta. Por mi parte, sólo dispongo de la "Lili", una perra Beagle de raza pura, de año y medio de edad, que todavía está aprendiendo a cazar, demostrando gran disposición y entusiasmo durante los lances en los cuales ha participado.

"Juan Carlos" llegó a Venezuela el sábado, a eso de las 3 p.m., en vuelo directo a Barquisimeto y luego de las visitas familiares de rigor, nos reunimos a planificar nuestro viaje. Acordamos hacer la cacería a partir del día martes siguiente. Ninguno de los cazadores que va desde Barquisimeto tiene compromisos laborales o académicos, ya que todos estamos gozando

del beneficio de la jubilación ó de vacaciones, por lo que decidimos viajar a eso de las 2 p.m., para pernoctar en el casa de "Chu" y luego, a eso de las 5 a.m., del miércoles, ya vamos en viaje, rumbo a la finca donde se desarrollará el lance. El reloj marca las 6 y 30 a.m., cuando comenzamos a divisar los piñales de la finca de "R. Pérez". También se divisan algunos potreros y la vaquera que allí existe, aun cuando la actividad que predomina es la agrícola.

Esta región, conocida como "USERA", está a ambos lados de la carretera que conduce de "Bobare" a "Copeyal", a un kilómetro de este último caserío y en ella se asientan unas cien familias, dedicadas a la cría y comercialización de ganado caprino y sus derivados, ganado vacuno, al cultivo de la sábila, cocuiza y mayormente, a la piña. Existen grandes extensiones de tierra, de topografía accidentada, que en tiempo atrás eran grandes montañas, plenas de una fauna y flora muy diversas, entre las que destacaban árboles de mamón, cotoperís, taque, laurel, naranjillo, apamate, vera flor amarillo, junto a grandes pastizales silvestres, donde se esconden las lapas y pacen los venados.

Como es común en Venezuela, el propietario de esta finca delega en un encargado la gestión agrícola del predio, en este caso, el cultivo de la piña y muy pocas veces hace acto de presencia durante la faena agrícola, exceptuando la cosecha y comercialización del fruto. A su vez, el encargado, que en este caso es "CHU", tiene un equipo de trabajo conformado por unos doce obreros, que se trasladan en su camioneta a los distintos cortes de piña, a realizar las diversas faenas, según la necesidad del cultivo. Esto de ser el encargado le deja tiempo libre para dedicarlo a la cacería. Se da el caso, que están haciendo alguna actividad agrícola y de repente se les espanta algún animal de presa, entonces paran el trabajo y se dedican a cazar, luego de esto, vuelven a trabajar. Así transcurren sus días en el corte.

Por eso no es raro verlos llegar a los piñales, acompañados por los perros, que pasan el día con ellos. También portan escopetas, ya sea como medida de seguridad o para cazar.



Aquí vemos a "Chu" con su perro Ringo, junto a Carlos, hijo del autor, con Princesa y Lili.

Es muy notorio, sobre todo a la distancia, la existencia de parches de monte bajo y al lado, de montaña, que se ven en los predios. Esto se debe a la siembra y cultivo de la piña, ya que esta planta necesita tierra que se debe desforestar, quitando toda la vegetación y quemándola. Por aquí a esta faena se le dice "Tumba y "Rozadura" de la vegetación. Así, lo que al inicio del tiempo eran frondosas montañas, hoy día son, en su mayoría, cortes de piña, quedando sólo algunos lotes de montaña y los pastizales de paja "Elefante" o de "Gamelote", que son silvestres. Al pasar los años, luego de unas seis cosechas, la plantación de piña deja de producir y es abandonada. No se reforesta y le crece un monte bajo, que por aquí llaman "Rastrojo". No se recupera la montaña, lo que motiva que los animales silvestres se alejen hacia otras tierras, donde existan mejores condiciones ecológicas para su desarrollo biológico. La piña no es un cultivo ecológico, claro está, por culpa

del piñicultor. He tenido la oportunidad de escuchar relatos acerca de las peripecias que tienen que hacer los campesinos de esta zona para lograr el despeje de la vegetación, en su afán por constituir los sembradíos de piña. Por supuesto, no hacen gestión alguna ante el Ministerio del ambiente, porque saben que no les otorgarán ningún permiso para deforestar la montaña, por lo que incurren en delitos ambientales graves, que muy pocas veces son del conocimiento de las autoridades competentes y cuando llegan a ser objeto de una visita de la guardia ambiental, entonces se ponen en juego oscuras prácticas, que involucran dinero, bienes y corrupción. De esta forma, el futuro de estas hermosas montañas se va diluyendo, por una oscura senda, llevando consigo la fauna y flora de la zona y con ella el futuro del campesino mismo.

Antes de las 7 a.m., llegamos al lugar donde tienen un rancho, usado para quardar equipos y químicos. Allí dejamos los vehículos y comenzamos a caminar junto a los perros. La cuerda de cazadores está formada por "Chu", "Eligio", "Teodoro", "Cruz Mario", su hijo "Juan Carlos", el autor y su hijo "Cabeto". Además, están los perros, que representan el elemento más importante de la acción de cazar. De todo el grupo, el más experimentado es "Teodoro", que a pesar de vivir en Barquisimeto, pasa más de la mitad de la semana en jornadas de cacería. Me dijo que estaba cazando desde que tenía diez años, cuando junto a su progenitor realizaban efectivas jornadas, sobre todo, cazando lapas. Es experto entrenando perros para este fin. Se lleva el perro amarrado a través del monte, hasta que se consigue una vereda de lapas. Si los rastros son muy frescos o recientes, se suelta el perro y se azuza. De lo contrario, se sigue buscando un buen rastro. En el caso de que se logre matar una lapa, primero se le da la presa a los perros más novatos, para que la muerdan, se untan con la sangre del animal muerto y luego se les da a comer un trozo de la carne. Así el perro se encarniza y se asegura que al olfatear una lapa, la seguirá hasta el final, con la esperanza de comer parte de ella. Luego se da de comer a los perros expertos y finalmente, si queda algo, comen los humanos que conforman la cuerda. Existen cazadores muy pichirres, que no les dan nada a los perros. Estos nobles animales son los que logran ubicar y capturar la lapa, así que se merecen la mejor parte.



Aquí vemos a Cruz Mario, papá de Juan Carlos, en compañía de Teodoro, junto a algunos de sus perros cazadores, de la raza Beagle.

El jefe de la cuerda de cazadores es quien se encarga de organizar todo lo relacionado al lance de cacería y el resto de los cazadores hacen, con diligencia, lo que éste señala a cada uno. Pero aquí no tenemos una "cuerda", sólo somos un grupo de amigos que desea agasajar a "Juan Carlos", por su visita a Venezuela. En este caso, corresponde a "Chu", por ser el baquiano, organizar y dirigir todo lo referente al lance. Él considera prudente que esperemos a que los perros marquen un buen rastro por lo que debemos caminar detrás de ellos. Luego recuerda que al final de la parcela, más allá de los cortes de piña, a unos veinte minutos, bajando, pasa la "quebrada del pepsicolero", donde sale un venado que se espanta a correr cada vez que se le azuzan los perros a las lapas, en la parte alta

del cerro. Se percata que porto mi escopeta morocha y cree que es muy conveniente que yo vaya, junto a mi hijo, a esperar el venado que allí sale. Pronto voy bajando, junto a "Cabeto", rumbo a la "Quebrada del Pepsicolero". El terreno es muy accidentado y a pesar que son apenas las 7 y 30 a.m., el sol y el calor son inclementes. Uno de los obreros se ofrece a guiarnos hasta la entrada, por un lado del último corte de piña. Y al llegar al lecho rocoso de la quebrada, ocurre lo inesperado: Un cambio total en el clima. Nos encontramos rodeados de una frondosa vegetación, muy diversa, bordeada por una cerca de alambre de púas y estantillos, que avanza por todo el trayecto de la quebrada y separa la finca de R. Pérez de la finca de M. Zavarce. La temperatura del ambiente es muy fresca. Quizás unos veinticinco grados centígrados, lo que hace nuestra estadía en ese sitio muy agradable. A medida que caminamos hacia la parte baja de quebrada, vamos oyendo los ladridos de los perros, que por ratos se acercan al sitio donde nosotros estamos y de pronto se devuelven. Eso me hace suponer que cargan un picure. Al cabo de un rato ya no se oye nada, sólo los habitantes menores del lecho y árboles de la quebrada. Por ratos conversamos en voz baja y a veces, "Cabeto" sube el tono, como para sentir un poco más de presencia humana entre nosotros. Más adelante, encontramos los restos de un campamento donde comían los obreros que construyeron la cerca que lindera esta quebrada. Inclusive, pudimos rescatar un posillo, plástico, de color verde, usado, de seguro, para beber café.

Transcurren más de dos horas y nada del venado que allí sale.

"Cabeto" se dedica a cazar palomas, con su flover de aire, calibre 4.5 mm., sólo que falla todos los disparos hechos. Supone que se ha desgraduado la mira, por lo que invertimos unos veinte balines de plomo en graduarla, tiro a tiro. Allí participo yo, por tener mejor pulso y pronto estamos dando en el blanco.

Luego de una hora y media, notamos que los perros ya no se oyen y decidimos subir hasta donde están los carros. Lo que tardamos veinte minutos en recorrer, hacia abajo, nos lleva más de hora y media, subiendo, bajo un sol inclemente. Perdimos la noción del tiempo, allá en la quebrada, porque el sol está muy alto. Los obreros de la cuadrilla de "Chu" están comiendo y nos alientan a seguir subiendo. Ya es mediodía. Finalmente llegamos a los vehículos. Allí encontramos a "Cruz Mario" que está un poco agotado por la faena de cacería y se vino hacia el sitio donde están los carros. Lo

encontramos al borde de la carretera, sentado sobre una gran piedra y a su lado está el dueño de la finca, "R. Pérez". Al principio creímos que había algún problema con los cazadores, pero luego entendimos que se trataba de una visita de supervisión que el dueño está haciendo a "Chu" y a su cuadrilla. Ya había pasado por algunos hilos de piña y al llegar nosotros, está comenzando otro recorrido. Rápidamente muestra su conformidad con el trabajo agrícola realizado por la cuadrilla y nosotros aprovechamos para interrogarle acerca de los trabajos evaluados por él. Pronto nos muestra algunas plantas, de unos tres meses y luego, otras, de un año. Dándonos a entender que la siembra se hace en forma paulatina, para asegurar una cosecha permanente, en diferentes cortes del predio y en diferentes épocas del año. Nos muestra los efectos del abono en el cultivo y el terrible daño que hacen las aves y las lapas sobre el fruto, así como el que hacen los venados sobre las flores de la planta de piña. Además, nos invita a degustar unas jugosas piñas, ya maduras, que agradecemos con la misma intensidad del sol del medio día, que tenemos sobre nuestras cabezas.

Transcurridos unos treinta minutos, se oyen los perros en lo alto del cerro y un fuerte grito, emitido por "Chu", que anima a los perros para que no pierdan el rastro de la lapa. "Cruz Mario" me recuerda mi función en esta jornada de cacería, por lo que "Cabeto y yo, volvemos a bajar a la quebrada del pepsicolero. A eso de la una y media de la tarde, llegamos, de nuevo, al lugar donde estábamos probando la mira del flover. Sentimos que los perros se acercan, pero pronto se devuelven. No bajan al lecho de la quebrada. Luego, vuelve el silencio. "Cabeto me dice que continuemos bajando por la quebrada, lo que hacemos por otros veinte minutos. El paso se nos hace difícil porque el lecho de la quebrada está lleno de monte y ramas de árboles caídos. Allí nos detenemos a esperar. Nada se oye.

Pronto, "Cabeto" comienza a hablar en voz baja y paulatinamente va subiendo el tono de su voz, como si ya no le importara ser discreto para las presas de cacería. A veces le respondo a su conversación y otras, le pido que guarde silencio. Continuamos al asecho, esperando en silencio. De repente, sentimos el tropel que hacen los cascos o pezuñas de un animal sobre las piedras de la quebrada. El animal corre hacia la parte alta del cerro pero no logro verlo. "Cabeto" me indica donde va el animal, pero ya es tarde. Era un venado, que nos venteó o escuchó conversando y se espantó a toda velocidad. En vano, corro unos sesenta metros, cerro arriba, pero no logro

dar con la presa, sin percatarme que he dejado a "Cabeto", un niño de doce años, solo, en el lecho de la quebrada, a merced de cualquier peligro. Él, previendo el riesgo que corre, me pega un grito de alerta y rápidamente me devuelvo, encontrándolo muy asustado. Al rato, bajó una de las perras de "Teodoro", siguiendo el rastro, lo que me confirma que se nos espantó el venado. Lo dejamos pasar. No cumplimos la misión encomendada, quizás por estar hablando más de la cuenta. Nos distrajimos. No estuvimos totalmente alertas. Después de un breve análisis, concluimos que lo mejor era no decir nada de lo que allí habíamos vivido y emprendimos el viaje de regreso al sitio donde estaban los carros. Esta vez nos tocó subir más despacio, por el cansancio y porque llevaba en mi bolso de espalda un peso adicional: seis sabrosas piñas maduras, que tomé, sin permiso, de la última plantación, vecina a la quebrada.

Al llegar al sitio donde estaban los carros encontramos a todos los cazadores y sólo faltaba la perra de "Teodoro", que siguió al venado. Conversaban en relación a la lapa que cargaban los perros en el cerro y que no pudieron encuevar. Dijo "Eligio", en forma jocosa: Esa lapa como que sabe leer y escribir. Es astuta. Debe ser un lapo macho. Menos mal que no la matamos, porque debe tener la carne y el tocino muy duros. Todos comenzaron a reír. A lo lejos, vimos que venía la perra de "Teodoro". Dimos por terminada la cacería y emprendimos el viaje de regreso a la casa de "Chu", en el caserío "Las Brujitas". Decidimos pasar la noche allí, para salir muy temprano al caserío "Peñasco Curarí", donde vive mi apreciado amigo "Chindo" y en donde podemos cazar perdices, carboneras y turcas. Después de comer, "Chu" nos acomodó las hamacas en una amplia habitación y mientras descansábamos, comenzamos a evocar los lances de cacería, cuando "Juan Carlos" apenas tenía quince años y "Cabeto" no había nacido. La cuerda de cazadores era liderada por Pedro Pineda y los mejores perros eran "Muchacho", "Comanche", "Sombra" "Tango" y la "India". "Teodoro" quería beber un café quayoyo y le pidió a la esposa de "Chu" que se lo preparara, a lo que respondió "Cruz Mario": Pero se lo trae en posillo grande, con lo que recordamos una anécdota de "Pedro". Resulta que él, trabajaba como operador de maquinaria pesada, en la zona de "El Caimito", haciendo unas lagunas para bebedero de los chivos. "Pedro" era empleado de la secretaría de obras públicas del estado Lara y le habían asignado una familia, en el caserío "El caimito, para que lo atendieran en lo relacionado a la comida y el dormitorio. El señor Amalio y la señora Petra eran los dueños de la casa, que junto a unos cien chivos, tres perros, treinta gallinas y un burro, constituían la familia que lo atenderían. Todos penaban por beber agua, en aquella deprimida región, ubicada al noroeste de "Bobare"

Durante el primer día de su llegada al caserío "El Caimito", "Pedro" junto al señor Amalio, salieron a trabajar en el terreno donde ubicarían la laguna. A la hora del almuerzo, a "Pedro" le sirvieron un plato de caraotas, tan duras que parecían paraparas, nadando en un caldo casi transparente y para colmo frías. Además, le dieron una arepa de maíz, muy grande, fría y muy dura. También le sirvieron un posillito de peltre, con una migajita de café. El toleró todo lo referente a la comida y cuando el dueño de la casa le preguntó como le había ido con el almuerzo no se quejó, excepto por el café. ¿Y qué le pasó con el café? Preguntó el señor Amalio. Pronto, "Pedro"ripostó y le dijo: Es que yo estoy acostumbrado a tomar café en posillo grande. Pues eso no es problema, respondió el señor Amalio

Al día siguiente, todo transcurrió sin contratiempos y llegó la hora del almuerzo. Esta vez, la sopa era de quinchonchos. Igual de duros que las caraotas, nadando en un caldo clarito, la arepa de maíz y por supuesto, el posillo de peltre, grande. Eso sí, con la misma migajita de café.

"Pedro" optó por trabajar menos horas al día, para dedicar un rato a la cacería. Así, pudo comer carne de venado, conejo y caldo de guacharaca.

Ya en el último día en el caserío, terminada la laguna, se dispuso a almorzar. La comida estuvo bien, pero no hubo café. La señora Petra salió del fogón y le dijo: "Yo le diera café pero no hay polvo y se lo tendría que dar simple porque no hay dulce". Rápidamente, "Pedro" le respondió: "Entonces lo que me iba a dar era agua caliente". En ese momento se despidió y juró no volver a trabajar en el caserío "El Caimito".

A nosotros nos rindió el sueño y caímos dormidos hasta las cinco a.m. del día jueves, hora en que nos despedimos de "Chu" y su familia y partimos hacia el caserío "Peñasco Curarí".

Para este viaje sólo iban: "Cruz Mario", "Juan Carlos", "Cabeto" y por supuesto, el autor. "Teodoro", "Eligio" y "Chu", tenían planeado continuar con la cacería de las lapas, pero en una hacienda en el caserío "Manzanita", municipio Peña, del estado Yaracuy.

Para nosotros fue fácil y corto el traslado a nuestro destino. Se recorre la

vía de tierra que comunica al caserío "Las Brujitas" con el caserío "Charco Largo". Luego se acorta camino por el caserío "El Buchal", a la derecha, para pasar por el caserío "Curarí" y luego, vemos el peñasco Curarí, cerro que da nombre al caserío, caracterizado por los grandes peñascos y la numerosa población de árboles de Curarí, alternados con "Mamitas" y rastrojos de "Arañagato". Este es un sitio árido, de unos 400 metros de altitud, visitado por las palomas carboneras, turcas, perdices y por chivos y ovejos de la zona. Además, se dice que los cunaguaros vienen a este cerro a cazar aves, que distraídamente, andan comiendo por el suelo, o en los árboles de mamita ó a algún chivo rezagado o recién nacido.



Vista panorámica del cerro Peñasco Curarí, en cuya base construyó Chindo su residencia.

La casa de mi amigo "Chindo" está ubicada a unos dos mil metros de la carretera de asfalto, sobre un plan que forma la base de la cara sur del cerro en cuestión, a manera de un pequeño valle, muy fértil pero carente de agua. Está poblado de tunas, buches, cardones, cujíes, curaríes, trompillos, sipororos y guasábaras, donde se desarrollan muy bien los conejos y ratones, perdices, carboneras y turcas, entre otras especies. La agricultura de la zona gira en torno a las hortalizas y el melón, siendo los agricultores, en su mayoría, isleños, de origen español, quienes poseen grandes extensiones de tierra y mejores pozos, que forman grandes espejos de agua, envidiados por los nativos de la zona y por sus ovejos y chivos. Parece mentira pero es cierto, "Chindo" y los otros campesinos de esta zona, crían animales de pastoreo y no tienen pasto para darles de comer, ni agua para darles de beber.

Son las seis de mañana, cuando divisamos la casa de mi amigo, quien ya está levantado y preparándose para soltar los animales para que vayan a rumiar el escaso pasto o a comer tunas, lefarias, datos y melones. Se oye el trinar de los turpiales entre los cardones. A medida que aclara el día, se observa una pareja de cardenales copetones y varios loros, comiendo lefarias y flores. Todo el paisaje es multicolor y bullicioso por la algarabía de las diversas bandadas que cruzan el nítido cielo.

"Chindo" nos recibe gustoso, junto a su esposa, la señora Carmen y sus hijos Yorfan, José Antonio y Juan Carlos. Luego del saludo de rigor, nos disponemos a desayunar y luego a preparar la escopeta, el flover y la fonda o "China", para cazar las presas menores. Para "Chindo y su familia este es un día de trabajo, por lo que no pueden acompañarnos durante la jornada de cacería. Sin embargo, nos envía con su hijo "Yorfan" para que nos sirva de baquiano. Este joven, de unos quince años, se va a arrear un conejo que sale detrás del corral de los chivos, entre las tunas, para lo que usa una lata vacía y un pedazo de la rama de un árbol. Golpea la lata para alertar al animal, que asustado emprende la huida. "Juan Carlos, el hijo de "Cruz Mario", lo divisa y le dispara con mi escopeta, pero falla. El conejo aprovecha la confusión y desaparece. Todos nos reímos de la impericia del cazador y "Yorfan" se queja de tan mala puntería. Nuestro baquiano continúa arreando y se espantan dos conejos, que a lo lejos se tornan color marrón grisáceo. Corren en diferentes direcciones. Es el turno de "Cabeto",

quien logra herir uno, el cual capturamos, aun vivo, para luego sacrificarlo. El otro escapa.

Con mucha destreza, "Yorfan" hace un pequeño orificio en el abdomen del animal, sobre la piel y luego, por allí, se la quita toda, cual si fuera una camisa. Lo mismo hace con la barriga, perfora la carne y lo abre, luego lo agita fuertemente en dirección al suelo y todas las vísceras del conejo salen volando en esa dirección. Ya desollado, lo lleva para la cocina y seguimos cazando.

Le corresponde a "Cruz Mario" usar la única escopeta que portamos. Se espanta un grupo de perdices y le hacen honor a su nombre, se nos perdieron en un instante. Seguimos buscando y se espanta otro conejo. "Cruz Mario" nos demuestra lo útil de la experiencia como cazador. Lo deja correr un poco y en un salto del animal, le dispara aun en el aire. Cae fulminado por los guaimaros. Todos lo felicitamos. "Cabeto" aplica la técnica del desollado y no logra prepararlo bien, por lo que "Yorfan" termina el trabajo y lo manda para la cocina.

De allí nos pasamos para la parcela de "Erly", un buen amigo que tiene una siembra de melones, donde las perdices, palomas carboneras y turcas, bajan a comer semillas de melón. Llegan en bandadas. Son muchas. Es un espectáculo impresionante. Parece un aeropuerto. Unas bajan al suelo, otras levantan vuelo rasante, para posarse en otro corte donde haya melones dañados que han dejado visibles las semillas. Las grandes bandadas despegan con tal sincronización que parecieran un sólo cuerpo. No se como no chocan entre si. "Cabeto" aprovecha y se esconde tras un cují, a esperar, a orillas de la parcela, con su flover. Yo lo acompaño, no lo guiero dejar solo. Los otros cazadores siguen caminando, a ver si logran tirar una de las bandadas al momento de levantar el vuelo. Convencen a "Yorfan" de que él haga el disparo, logrando tumbar seis carboneras con el tiro. Las recogen pero creen que algunas otras, heridas, se han dispersado en el campo. No logran encontrar más. En cambio, "Cabeto" no ha podido tumbar ninguna con los balines. Luego del disparo con la escopeta se genera una convulsión en el sitio, por lo que debemos seguir caminando para otro lugar. Esta vez nos dirigimos hacia la quebrada de Bobare, que pasa a unos doscientos metros de la casa de "Chindo", en su largo recorrido desde las montañas de "Agua dulce" hasta caer en la guebrada de Urama. Su lecho es arenoso, no hay piedras. Todavía hay rastros de humedad, que hacen el terreno muy resbaladizo. Es un barro amarillo claro, muy baboso, arcilloso, sin duda. Esta quebrada está bordeada por frondosos árboles de trompillo, cotoperís, naranjillo, rabo de ratón, tiamas, quatacaro, semeruco y un arbusto llamado amargoso. También se encuentran cujíes y los yabitos más altos que he podido ver en esta zona. Quizás de unos doce metros de alto. Aquí hav un microclima excelente, como para colgar una hamaca y así descansar de la jornada de cacería. Fuera del lecho de la guebrada el sol es inclemente, quizás haga unos 36° centígrados, notamos que el sol está en el zenit, por lo que debe ser más de medio día, así que decidimos ir a almorzar. El menú: Conejo frito esmechado, palomas fritas, arepas de maíz, huevos revueltos, jugo de melón y café. Dejamos que pase la "hora del burro" y esperamos a que refresque la tarde, para luego seguir con la cacería. "Cabeto" quiere cazar de noche, para ver si encuentra las turcas, palomas muy grandes, descendientes directas de la paloma bravía española, de un rápido vuelo y muy ariscas durante el día. Cuando se les consigue durmiendo, en un árbol, se alumbran con la linterna y se les ve el fundillo blanco, que resalta contra la oscuridad reinante. Se quedan paralizadas por el efecto de la luz, lo que aprovecha el cazador para tirarlas con el flover o la fonda.

A eso de las cinco p.m., luego de un merecido descanso, volvemos a la quebrada, a ver en que árboles están llegando a dormir las turcas. Estamos en silencio, en el lecho de la guebrada, sabiendo que estas palomas, al igual que las gallinas y el resto de las aves diurnas, duermen muy temprano, antes de las seis p.m. Nos separamos en dos grupos. Yo sigo detrás de "Cabeto", que camina, con sigilo, tras unas carboneras y yo vigilo a las turcas. Vamos muy cerca uno del otro. De repente, tomo a mi hijo por el cuello de la camisa y le doy un fuerte tirón hacia atrás. Éste se queja por la molestia que le causo y por la sorpresa que genera en él mi acción. ¿Papá, que pasa? De inmediato le hago señas hacia el suelo. El muchacho se asusta, pero ya está fuera de peligro. Una enorme serpiente va cruzando el camino. Es una belleza natural de dos metros de largo y más de seis centímetros de diámetro, con un cascabel en la cola, de por lo menos cuatro centímetros. Si "Cabeto" daba el siguiente paso la iba a pisar, con las consecuencias que todos conocemos. Él, concentrado en ubicar las carboneras no miró el suelo. Se movía sin percatarse del riesgo que corría. Ambos nos quedamos quietos, mientras la enorme serpiente atravesaba la vereda por donde caminábamos, para luego acunarse en un pequeño mogote, formado por un cardón caído. Llamo al resto de los cazadores para tratar de ubicar la culebra y tirarla con mi escopeta, pero la búsqueda fue infructuosa. El animal se volvió noche. Alerté a mi amigo "Chindo", para preveer que este peligroso ofidio fuera a morder a uno de sus chivos y me respondió: "Esos bichos las conocen y le sacan el cuerpo. Los chocolateros avisan, con su canto escandaloso donde están las culebras. Por ahí, en esos tunales, andan muchas culebras de esas, que salen a cazar cuando refresca la tarde y se acuestan cuando el frío de la noche las obliga". Todo volvió a la calma. Decidimos que ya era hora de cenar y volver a Barquisimeto. Así lo hicimos.

Durante el viaje de regreso, conversamos sobre la situación de la cacería en los países europeos. Refiere "Juan Carlos", que ya no hay predios libres para ejercer la cacería, especialmente en España. Sólo existen los llamados "Cotos de caza", donde los animales de presa son administrados como ganado. Los alimentan y contabilizan. Para cazar un jabalí, rebeco, gamo o codornices y faisanes, hay que pagar hasta diez mil euros, dependiendo de la presa de cacería. Necesitas licencia para el arma y te vigilan constantemente. Aplican sanciones mercantiles y penales a los infractores. Yo intervengo para informarle acerca de una nota que leí a través de Internet, según la cual en Inglaterra entró en vigencia la prohibición de la cacería con perros, a partir del 18-02-2005. Sólo se exceptúan los conejos y ratas. La prohibición del uso de armas de fuego para la cacería es anterior a esa fecha. Entró en vigencia durante el año 1997. Nos preguntamos: ¿Qué irá a pasar en Venezuela?

A medida que transitamos la vía que conduce de Bobare a la ciudad de Barquisimeto, percibo una conversación entre "Cruz Mario" y "Juan Carlos", acerca de la posibilidad de visitar un sitio emblemático para los pescadores y cazadores del occidente de Venezuela. Se trata de la "Quebrada El Mamón", caserío ubicado a las márgenes de la quebrada del mismo nombre y cercano al "Río Portuguesa". Durante su juventud, casado aun con la madre de "Juan Carlos", "Cruz Mario" fue propietario de una parcela y una vivienda en este caserío y allí llevaba a su hijo, muy pequeño, mientras los adultos se divertían pescando y cazando en esas aguas y tierras llaneras. De inmediato, intervengo en esa charla de padre e hijo, manifestando mi disposición para acompañarlos en esta nueva jornada y acordamos realizar el viaje el día sábado. La tardanza estriba en conseguir los aparejos de pesca necesarios, así como los de cacería. Nos dirigimos a un sitio muy versátil, ya que

permite ejercer con propiedad, la pesca y la cacería.

La "Quebrada El Mamón" es un caserío perteneciente al municipio Guanare, del estado Portuguesa. De hecho, la entrada al caserío gueda a escasos 15 kilómetros de la ciudad capital de este estado llanero. Cuenta con unas doscientas familias, dedicadas a la actividad pecuaria y a la pesca artesanal, además de la agricultura de conuco. En el pasado, no muy lejano, se decía que este pueblo, sus casas, extensiones de tierra, grandes poblaciones de árboles maderables y hasta el aire que respiraban sus pobladores, eran propiedad de un ciudadano de origen italiano, de nombre Pedro Capazzo. Toda la economía y la vida del pueblo en general, giraban en torno a los caprichos de este hombre. Cuando decidió incursionar en el mundo de la ganadería y agricultura, realizó grandes inversiones y les dio trabajo a todos en el pueblo. Sólo que las condiciones laborales siempre lo favorecían a él. Esta versión no es compartida por todos en el caserío. Hay quienes lo ven como un salvador, vestido de pionero, tratando de poner este pequeño caserío en el mapa del país. Luego incursiona en el mundo de la madera, por lo que instala modernos aserraderos en la vía que conduce a la capital del estado. Inclusive, se dice que debió reforzar toda la estructura del puente que está ubicado sobre el curso de agua, que le da el nombre al caserío, para asegurarse que por allí pudieran transitar las miles de gandolas, cargadas de inmensas rolas de Samán, Ceiba, Jabillo, pino caribe, caoba, cedro, apamate y cualquier otro árbol que pudiera contribuir a aumentar el caudal de riquezas existente en sus arcas. Aquí no hubo ningún tipo de control, por parte de las autoridades protectoras del ambiente. La flora existente en esta región llanera, no tuvo ninguna oportunidad de escapar a la depredación. Los que han tenido oportunidad de visitar esta zona del país desde hace más de treinta años, como es mi caso, pueden dar fe de lo disminuido que está el bosque, afectando consigo, a toda la fauna y a las nacientes de agua, que dan el caudal al Río Portuguesa y a la guebrada el mamón.

A la muerte de este ciudadano, sus hijos trataron de obtener la sucesión de la propiedad, pero sólo lo lograron a medias. No pudieron demostrar la legalidad de tenencia de toda la tierra, por lo que el Instituto de Tierras, INTI, procedió a otorgar parcelas, de unas treinta hectáreas, cada una, a los lugareños. Estos últimos, comenzaron a cercar sus nuevas propiedades, impidiendo, en muchos casos, el libre acceso de los pescadores deportivos al

río o a la quebrada, lo que trajo algunas consecuencias no deseadas. Parece que en la época de capazzo, había libre tránsito por aquellos montes. Lo trascendente de todo esto, es que ahora cada campesino, nativo de este lugar, tiene su parcela y debe estar viviendo mejor, aun cuando no le hayan dado ningún crédito para trabajar.

Para llegar al caserío "Quebrada El Mamón", se debe transitar por la autopista José Antonio Páez, de los llanos occidentales, hasta la entrada de la población de Ospino, luego por la carretera vieja, se conduce unos 26 kilómetros, hasta pasar el caserío Las Matas y a unos dos kilómetros de allí, se encuentra un aviso que indica la entrada al caserío "Quebrada El Mamón", a la margen izquierda, por una vía engranzonada, de unos 17 kilómetros de recorrido. Al tomar este tramo de carretera, se encuentra uno con varias fincas ganaderas, que bordean el camino y a unos tres kilómetros, existe una bifurcación de la vía. La que se dirige a la izquierda, conduce al caserío Mata de Palma. La otra, la de la derecha, nos lleva a la Quebrada El Mamón. En Venezuela la estación lluviosa comienza en el mes de mayo, por lo que la vía hacía la quebrada se encuentra un poco barrialosa y con muchos baches en camino, lo que nos dificulta el traslado. Es común que en esta época del año, no se pueda llegar con el carro hasta el río, pero si hasta el caserío y allí pasa la guebrada, que corre en el sentido oeste-noreste, hasta desembocar en el río Portuguesa.

Después de transitar unos cuarenta minutos, por la carretera engranzonada, divisamos el puente sobre la Quebrada El Mamón. Lo atravesamos con grandes expectativas y luego nos dirigimos a la primera casa que se consigue, a la mano derecha. Es la casa de Ramón Cordero, mejor conocido como "el mono". Él, junto a su esposa y sus dos hijos, han vivido en este sitio durante toda su vida. Inicialmente, la casa era una amplia habitación, construida con tablones de samán y techo de zinc. Luego anexó una choza de unos cuatro metros de alto, con techo de hojas de palma, que descansan sobre doce botalones de guayabo. Aquí están las hamacas y es en este lugar donde realiza las actividades del día a día. Entre estas destacan la preparación de anzuelos, el tejido de atarrayas y chinchorros de pesca y hasta dormir la siesta. Tuve la suerte de que me tejiera una atarraya carnadera y otra para peces más grandes. Sólo tuve que llevarle el nylon y los plomos. No quiso cobrar nada. Él dice que los días lluviosos, que son muchos, los dedica a tejer las atarrayas. La lluvia no deja otra opción. Hace unos diez años, el

gobierno local le construyó una casa de bloques de adobe, con todas las condiciones de las viviendas modernas, sin embargo, aun persisten la casa hecha con tablones de samán y la choza de techo de paja. "El Mono" constituye nuestra primera referencia para la pesca.



Aquí vemos al autor acompañado por "El Mono", en la casa de éste, junto a la quebrada El Mamón.

Él sabe donde están ajilando los peces y con qué carnada están picando. Como tarrayero es uno de los mejores, sólo que los años lo han sometido un poco. Aquí, en su casa, vi el único samuro doméstico que conozco y una tortuga muy estrafalaria, llamada caripatua. Casi siempre, las aguas de la quebrada, durante la temporada lluviosa, visitan su casa y lo ponen en serios aprietos, pero eso no lo desanima para seguir siendo el dueño de la primera casa del pueblito. En medio de la conversa, "El Mono" me pregunta si es cierto que murió mi tío, el pescador. Le respondo que si. Se trata de mi tío "Rómulo Tona, quien falleció hace unos quince días. Él logró sacar un toruno que pesaba 66 kilogramos, de las aguas de la "Quebrada El

Mamón". Esta captura ocurrió hace casi cuarenta años y fue documentada por los periódicos de la época. Además, el club de caza y pesca lo reconoció como el pez de mayor tamaño y peso sacado de las aguas de la guebrada. Nos despedimos de "El Mono" y continuamos con nuestro recorrido, parando un rato en la casa de la señora "Ramona", una buena amiga, viuda del fallecido Joel Rodríguez, "capilla", oriundo de Guarico, Edo. Lara, pero radicado, junto a su familia, en el caserío Quebrada El Mamón, por más de cincuenta años. Recuerdo su empeño en pescar en el "Río Portuguesa" y como fue víctima de tres rayas, que lo picaron, en años sucesivos, hasta que decidió abandonar la pesquería y dedicarse al comercio y a la agricultura. Es que en este río y en la quebrada habitan tantas rayas, que yo he logrado sacar varias. Una de éstas en el sitio conocido como "Gimenera", frente a la parcela del señor "Audón". Esa noche, coloque unas veinte trampas en el río, con nylon de 2 milímetros de diámetro y carnada de "chorrosco". Estaba acompañado por "Nixon", un sobrino de mi esposa y por "Toño", hijo del señor "Audón". Al amanecer, comenzamos la rutina de revisar y recoger cada una de las trampas, pero una de ellas parecía estar atascada, dentro del agua. Pronto, junto a "Nixon" y "Toño", abordamos la canoa de madera y trato de sacar el anzuelo que está pegado. Por ratos se movía y luego se volvía a atascar. "Toño" dirigió la canoa río abajo y de repente, se siente el ruido de algo muy pesado debajo de nosotros. En ese momento, "Toño" orienta la canoa hacia la orilla y yo comencé a jalar, con mucha fuerza, el nylon. Sabía que resistiría, por su diámetro. Que sorpresa nos llevamos, cuando observamos lo que salía del agua. Una enorme "raya", de más de 18 kilogramos de peso y con un radio de por lo menos 75 centímetros. Su color blanco por el abdomen, contrastaba con el color marrón verdoso, del dorso. Se había tragado un chorrosco, con todo y anzuelo, el cual se le incrustó en el estómago. Estaba bien cogida, no se podía soltar. Tuve que desollarla para poder recuperar el anzuelo. En el río se estaban bañando varios pobladores, entre ellos "Prisco", el jefe civil, quienes presurosos, salieron, asustados, hacia la orilla, por el riesgo que corrían al bañarse en esa aguas. Me dijeron que era la "manta raya" más grande que allí habían visto. Recibe ese nombre, porque a diferencia de la raya común, esta tiene doble púa, en la cola. Imagino lo que sufrió mi amigo, el difunto "Joel", al ser picado por tres "rayas" durante su etapa de pescador. Cuando regresamos de ese viaje de pesca, en casa se disponían a celebrar la víspera de la navidad, por lo que aprovechamos toda la carne de la manta raya, para hacer los pasapalos, que empanizados en harina de maíz, resultaron ser un bocado exquisito.

Terminada la visita a la señora "Ramona", nos dirigimos a la casa de "Santiaguito", hombre muy cazador, pero al que los años a cuesta ya no lo dejan ejercer ese deporte. En su lugar, sus amigos, los hijos de "Juan Manigueta", están disponibles para salir con nosotros, a primera hora del domingo. Vamos a cazar lapas, en un sector de la quebrada, hacia sus nacientes, buscando hacia la parte donde está una parcela de los capazzo. Rápidamente, atravesamos un sector de potreros, de más de un kilómetro de extensión, diagonal a la carretera principal del pueblo. Todavía es muy temprano, no ha amanecido. Apenas se ven las sombras de los chaparros y a lo lejos, algunos espejos de agua, que luego, al desbordarse, pasaran a ser esteros, sobre la tierra llanera. Se oyen los bramidos del ganado, seguidos de los cantos de los alcaravanes. Ya despuntan los primeros rayos del sol mañanero. Ingresamos a un bosque de galería. Se nota que estamos cerca de un curso de agua.

Después de una hora de caminata, rápida, comienza a aparecer la "Quebrada El Mamón". Su nivel de agua está alto. Buscamos, aguas arriba, un modo de cruzar al otro lado de la quebrada. Divisamos un árbol caído, que descansa su grueso tronco sobre las riberas de la quebrada y debido a su tamaño, se interna unos seis metros dentro del bosque. Sólo unas ramas nos obstaculizan el paso. Las quitamos con los machetes y cruzamos, junto a los perros. En este punto, nos dividimos en dos grupos. El primero irá a rastrear y arrear, con los perros. Está formado por "Cheo y Ramón", los hijos de "Juan Manigueta" y por "Ruperto, un amigo de "Cruz Mario", que vino desde Tucupido, trayendo sus perras "Chiripa" y "Marquesa".



Aquí vemos a Ruperto Mejías, acompañado por Vicente Valera, durante un lance de cacería en Mata de Palma, realizado en el mes de noviembre de 2010.

En el otro grupo están, "Cabeto", "Juan Carlos", "Cruz Mario" y el autor. Yo porto mi escopeta. Volvemos a cruzar la quebrada y comenzamos a avanzar, en el mismo sentido en el que lo hace el primer grupo. El ladrido de los perros y el jopeo de "Ruperto" nos guían. En un recodo de la guebrada encontramos rastros frescos, donde se estaban revolcando los chiquires. Las huellas son muy claras y precisas. Son varios animales, entre adultos y jóvenes. Allí me quedo esperando. Pronto se oye un alboroto del otro lado. Los perros encontraron un rastro y comienzan a ladrar y correr aguas abajo. "Ruperto" grita, para advertirnos que una lapa se tiró al agua, pero no logramos ubicarla. Seguimos buscando, pero no se sabe nada del animal de presa. Nos reunimos, separados sólo por el curso de agua. Luego de 30 minutos de búsqueda, abandonamos esa presa y seguimos rastreando. A la orilla, sobre unos troncos caídos, veo una enorme culebra, hermosa, de diamantes negros y naranja, con un fondo gris. Debe tener un diámetro de unos 15 centímetros y el rollo se presenta muy grande. Es una boa. La dejamos en paz y seguimos.

De nuevo se oye la carga de los perros y los perreros avisan que es el rastro de los chiguires. Me apresuro, por si bajan a esconderse en el agua de la quebrada, pero no logro ver ni oír nada. Los perros pierden el rastro Así transcurren tres horas más y no logramos cobrar ninguna presa de cacería. Decidimos regresar al caserío, almorzamos y volvemos al monte, a continuar la jornada de cacería.

Esta vez, vamos rumbo a la parte baja de la quebrada. Hacia "el chatero", pozo célebre por sus dimensiones y por lo abundante de sus peces. Al comenzar a rastrear, vamos en un solo grupo, pero de pronto los perros marcan el rastro de una lapa, así que todos nos dispersamos en la vegetación. Debemos estar muy atentos a las señales en el camino, a los gritos de los perreros y a los ladridos de los perros. Si uno se descuida, se puede perder fácilmente en esta zona. Es un bosque de galería que va evolucionando a bosque tropical lluvioso. Ya se notan en algunas zonas, grandes árboles de samán, ceiba, caobas y cedros, junto a palmas reales, cubarro, moriche y algunas heliconias. Son muchas las historias de gente que ha entrado por la parcela de "Querales", hacia el Chatero y han tardado hasta tres días para salir al caserío, por el lado de "Gimenera", al extremo opuesto.

No me despego de "Cabeto", ni del curso de agua. Él logra ver un paují a la orilla de la quebrada, pero para no distraer a los perros lo dejamos volar tranquilo. Pronto, los perros cargan detrás de una lapa, que se tira al agua y no la podemos ver. Todos nos reunimos donde bajó el animal, pero no la encontramos. Ya se ha esfumado.

Seguimos rastreando, aguas abajo, hasta que encontramos un paisaje único: La quebrada el mamón se une, en forma esplendorosa, al río Portuguesa. Es un espectáculo imponente. Grandes samanes la vigilan, respaldados por una bandada incontable de chenchenas, adultos, jóvenes y pichones. Todos bulliciosos, como sólo ellas saben serlo. En ese punto, nos detenemos a evaluar la jornada de cacería y recoger los perros. "Ruperto" se preocupa, porque la "Marquesa" no sale con el grupo. Continuamos el traslado, caminando por la orilla del "Río Portuguesa", con lentitud, mirando el bello paisaje. En una carama que está en medio del río, se observan tres coduas o patos zambullidores, todos negros y con las plumas extendidas, como pidiéndole al sol que las seque, para así poder seguir volando. "Cabeto" quiere probar su puntería con la escopeta y se la entrego, cargada con

una cápsula de plomo fino, una mostacilla. Las aves están a unos cuarenta metros de nuestra posición. Él se concentra en que al disparar no lo va a patear la escopeta. Apunta por unos diez segundos. Le digo que no respire y cuente hasta tres. Dispara y logra derribar un pato. Éste, sin vida, es arrastrado por la corriente del río y en ese preciso momento, nos lamentamos porque se va a perder la presa, en el agua. Presuroso, "Ramón", el hijo de Manigueta, baja la barranca del río y se introduce en el agua. Sin ningún esfuerzo, camina hacia el medio del curso de agua y espera, hasta que la corriente le entrega el pato en sus manos. La profundidad del agua lo alcanzaba en su cuello, cosa que él bien sabía. Con la misma, agilidad con que entró al agua, volvió a salir de ella, con la ropa toda empapada y le entregó la codua a "Cabeto", quien no paraba de gritar de alegría, por su habilidad, demostrada ante todos. Documentó esta captura en su celular. Luego, comenzó a desplumar la presa, para después desollarla. Esa fue la única presa, en esta jornada de cacería. El sonido del disparo alertó a la "Marguesa", que muy contenta salió del monte y se unió al grupo.

Es aun temprano, así que "Juan Carlos" propone que hagamos un lance de pesca en la quebrada. Todos están de acuerdo con esa propuesta, así que nos dirigimos al sitio donde está la camioneta. Allí están los chinchorros y las atarrayas. Los hijos de "Manigueta" colocan los chinchorros en el lecho de la guebrada, separados unos cien metros, uno del otro. El que está ubicado aguas arriba, lo fijan muy bien al fondo, para evitar que pueda ser atravesado por algún pez. El otro, aguas abajo, lo fijan sólo en la superficie y dejan el espacio libre al fondo, para que los peces pasen sin problema. Luego, todos bajamos unos mil metros por el curso de la quebrada y nos devolvemos, arreando, con hojas de palma, que se golpean contra la superficie del agua. Los peces van entrando en el cerco y se ve como chocan contra el chinchorro que esta fijo, aguas arriba. Después de una media hora cerramos el cerco, fijando el otro chichorro al fondo. Los hijos de "Manigueta" comienzan a lanzar las atarrayas y el resto actúa como maruseros. Esto es, retirar los pescados atrapados en el tejido de la atarraya, mientras los tarrayeros descansan. Es un trabajo arduo, agotador. A cada lance de la atarraya, se observa como se mueve el mecate que la sujeta, por la pelea que brindan los peces, en su intento por escaparse. Cada vez que lanzan la atarraya logran numerosas capturas. "Ramón" me pregunta ¿Dónde compré la atarraya grande? Le respondo: ¡esa la hizo

"El mono! Luego comenta, a viva voz: ¡con razón se abre también! ¡El seno es perfecto! Siguen tirando la atarraya, cada vez hay más pescados en el saco: Un bagre rayado, de seis kilogramos. Dos bagres paletos, de medio kilogramo, cada uno. Un bagre punteado, de un kilogramo y más de veinte palometas, todas grandes. Las lochitas las devolvemos al agua. Más de cincuenta bocachicos, de casi medio kilogramo, cada uno. Varios chupapiedras o cascarrones, peludos, de más de medio kilogramo y una sola sierracuca, de las verdes. Pronto se llenó la cava que cargábamos y nosotros, también, nos llenamos de satisfacción por la buena pesca lograda.

Eran las cuatro de la tarde, cuando regresamos a la casa de "Santiaguito". A medida que preparábamos los pescados, para que no se dañen, entablamos una amena conversación, en medio de la cual surgió una petición, un tanto extraña, para venir de un llanero: Nuestro amigo "Ruperto", se había comprometido con su esposa a llevarle "Bocachicos" de la "Quebrada El Mamón", por ser éstos su plato favorito. Por tal razón, nos pidió que le diéramos una buena parte de esa pesca, a lo que todos accedimos, gustosos. De inmediato intervino "Santiaguito", guien, con su sabiduría, nos explicó que el bocachico de la quebrada es muy estimado por su sabor y por la textura de su carne. Esto se debe a varias razones: En primer lugar, el río en épocas de crecidas no deja salir el agua de la guebrada y le introduce grandes cantidades de sedimento, rico en nutrientes, que es asimilado por los peces. En segundo lugar, el suelo que forma el lecho de la quebrada le proporciona otros nutrientes especiales, que no logran obtener los bocachicos de otros ríos, cuyo fondo es de lecho piedroso. Por eso, el bocachico de la "Quebrada El Mamón" se considera el mejor de Venezuela. Ninguno de los presentes guiso refutar el razonamiento de "Santiaguito". Por algo será.

Comimos pescado frito y luego regresamos a Barquisimeto, no sin antes agradecer a todos nuestros amigos del caserío por las atenciones brindadas y por las experiencias vividas este intenso domingo de julio.

A la semana siguiente, "Juan Carlos" regresó a España.

Seguro estoy que aún recuerda estos días de pesca y cacería, aquí en Venezuela.

## La Ubre del Lapito

A veces, las jornadas de pesca o de la cacería se presentan un tanto aterradoras, por el posible sufrimiento a que puede ser sometido un animal. Sin embargo, según los científicos que estudian la mente y alma, el sufrimiento viene como consecuencia de un estado de conciencia de la realidad, que filosóficamente aun no ha sido probado como componente de la vida de los animales. En estos casos priva más el concepto de instinto y se aplican mejor los postulados darwinianos, de la selección natural.

La historia que se presenta a continuación tiene mucho de ese dramatismo y terror que se vive en las distintas circunstancias de lucha por la vida, que se presentan en el monte, cuando los perros y el hombre se debaten entre cobrar la vida de una presa y tratar de salvar la de otra. Parece contradictorio, pero así se vivió y así se los cuento.

Eran ya las cuatro, en punto, de la madrugada, hora acordada para iniciar el viaje a cazar lapas en la hacienda de Denny, ubicada en la vía que conduce a Mata de Palma, municipio Guanare, del estado Portuguesa. "Cruz" y el compadre "Vicente" habían fijado esa hora a fin de garantizar que estuviéramos en el sitio del lance antes de las siete de la mañana, para así encontrar aún frescos los rastros de las lapas. Para este viaje también está invitado "Antonio", un buen amigo de "Cruz" y uno de los cazadores más reconocidos de Sabaneta de Barinas, especialmente por sus perros Black and Tang, entrenados para seguir, solamente, las lapas. Lo acompaña "José", un joven de unos veinte años, vividos casi todos en el campo, trabajando y cazando, muy hábil para rastrear y rápido para buscar en las cuevas y cobrar las presas de cacería.

El viaje se inicia en Barquisimeto, Edo. Lara, luego de la coordinación telefónica con los compañeros del llano, especialmente con el dueño de la finca. Éste es un familiar cercano de "Cruz", quien nos garantiza una excelente zona de rastreo, además de la seguridad que tenemos en esta propiedad privada. Vamos a bordo de mi vehículo, una Toyota Pick Up 4x4, acondicionada para estas jornadas de cacería con equipos que permiten el badeo de cursos de agua, radio de banda corta y una confortable carpa, para dormir. Demás está decir, que este es un transporte seguro, rápido y con gran maniobrabilidad en terrenos barrialosos, cerros y campo, en

general. En el cajón de mi 4x4, viajan los perros del compadre "Vicente", el "Tango" y la "Sombra", los cuales formaran equipo con los perros de "Antonio".

En la finca, allá en Mata de Palma, no está el dueño, pero éste ha girado instrucciones a su encargado, Moisés Antonio Montilla, para que nos atienda apropiadamente. Dado que "Antonio" y "José" no conocen la ubicación de la finca donde vamos a cazar, decidimos esperarlos en la autopista de los llanos, José Antonio Páez, a la altura del distribuidor Avispero. A ese sitio llegamos a las seis de la mañana y nos disponemos a esperar, sin saber que ellos han tenido contratiempos en Barinas y no llegarán sino hasta pasadas las nueve de la mañana. La autopista se hace aburrida, pero no queda otra opción. Las horas de espera se hacen interminables, ayudadas por el inclemente sol. Cada vehículo que se acerca parece ser el de los cazadores que estamos esperando. De pronto, al lado de mi camioneta se estaciona una Chevrolet, Pick Up, verde, muy vieja y deteriorada. Se oye un grito de cazador. Son ellos. Y ahora las preguntas ¿ Qué pasó? ¿ Por qué tardaron? Al final nos enteramos que la camioneta de "Antonio" no quiso encender, por lo que se trajo la de un amigo. Nos dice que él y su amigo "José" vienen muertos de hambre, por lo que van a comprar arepas rellenas, en un puesto ambulante, al lado de la vía. Consumen la primera arepa rellena, con carne de res y piden la segunda. De repente, "Antonio" se gueja de algo que da vueltas en su boca. Es un pelo de mamífero, de unas dos pulgadas de largo y muy duro. Su color es característico. De inmediato se queja con la marchante, a guien le objeta que esa carne no es de res sino de Osoburro. La vendedora reconoce que la carne es de Oso Hormiguero y le dice que esa es una carne aseada, buena y comestible. Le pagan lo consumido y partimos hacia Mata de Palma, donde Moisés Antonio nos espera ansioso por cazar.

En unos quince minutos hacemos el recorrido entre el distribuidor Avispero y la entrada a la Quebrada El Mamón y de allí a la bifurcación de la vía que lleva a Mata de Palma sólo hay tres kilómetros. Al llegar a ese sitio, nos detenemos a contemplar un raro acontecimiento: Un trabajador del campo conduce un tractor y con este vehículo arrastra un tráiler, que tiene una plataforma de madera. Sobre esa plataforma yace, sin vida, un enorme animal. Es un Oso Hormiguero, de cola de palma, también llamado Osoburro u Oso Palmero. Bajamos de los vehículos y vamos a contemplar aquel

raro ejemplar de la fauna de América. Luego entablamos una amena conversación con el chofer del tractor, quien nos refiere como fue la muerte de ese oso hormiguero. El tractorista fue contratado por el dueño de la finca Manirota, para despejar un lote de tierra, con el tractor. A medida que va cumpliendo esa faena, nota que un raro animal trata de atacar la pesada máquina y luego se abalanza sobre la cabina, para intentar agredir al chofer. Éste, en un movimiento netamente defensivo, viró el volante del vehículo, con tal fuerza, que una de las ruedas golpeó rudamente al animal, que cayó, aturdido. Luego, en el suelo, viendo que éste estaba gravemente herido y sangrante, lo remató. Cuando nosotros llegamos, procedía a llevarlo para su casa, para desollarlo y aprovechar la carne, que por estos lados es muy apetecible. Al principio, el chofer no entendía porque lo atacó esa bestia, de garras grandes y peligrosas, hasta que vio que del monte salía otro Osoburro, al que catalogó como hembra, porque se levantó sobre sus patas traseras y se hizo visible un avanzado estado de gestación. Seguramente, estos animales tenían su nido en estos predios y el despeje de la vegetación lo destruyó o se sintieron amenazados por la máquina. El macho salió en defensa de su casa y de su pareja e hijo. Tuvo mala suerte.

Después de este raro acontecimiento, regresamos a los carros y seguimos a nuestro destino. Ya no está muy lejos, quizás unos diez minutos más y ya estamos en la finca de Denny. El "Negro", como cariñosamente llaman al encargado de la finca, nos espera en la puerta, extrañado por nuestra tardanza. Luego de las presentaciones de cortesía, le contamos lo que aconteció a "Antonio", en Sabaneta y a nosotros, con el Osoburro. Ya eran más de las diez de la mañana, por lo que consideró prudente dejar el lance de cacería para las horas de la tarde y planteó la posibilidad de hacer picas en el monte, para arrear con los perros, durante la noche. A ver si se logra cazar una lapa que es muy viva y se encueva debajo de un matapalo, a la orilla del cañito, que recorre un sector de la finca llamado "gabanera". Nosotros aceptamos todas sus propuestas y nos

disponemos a preparar nuestros equipos y a comer.

La hacienda donde estamos se llama "María José", y está dedicada a la ceba de ganado vacuno. Tiene más de doscientas hectáreas, divididas en unos veinte potreros, separados con cerca eléctrica. Además, cuenta con una vivienda principal, la casa del encargado, que en este caso es el "Negro" y una vivienda para los obreros. También cuenta con un galpón, una vaquera y una piscina. Cada casa tiene su sala de baño y los más llamativo, son los veinte árboles de mango, cargados hasta más no poder, que además de la sombra que nos brindan, dejan caer sus exquisitos frutos, pintones y maduros, que nos sirven de avío y nos deleitan, mientras esperamos el almuerzo. Denny, el dueño, tuvo la previsión de reservar unas cuarenta hectáreas de tierra, con frondosos árboles, grandes matorrales y pasto natural, además de dos nacientes de aqua, que dan vida y belleza a la finca. A esa zona, distante unos tres kilómetros, es que nos vamos a dirigir para los lances de cacería. En esta finca estamos muy cómodos y la esposa del "Negro", Yolibel Cassiani, se ofrece para prepararnos la comida, de modo que solo debemos preocuparnos por los perros y por los lances. El terreno es plano y la orientación sólo se dificulta por lo intrincado de la vegetación, que es muy, exuberante y engañosa. Similar a la vegetación de la quebrada el mamón.

Después del almuerzo, reposamos un rato y a caminar. Atravesamos varios potreros, con la intención de ahorrar en distancia. Preguntamos si el ganado es bravo y el "Negro" responde que de lo que si hay que tener cuidado es de las mapanares y de las abejas africanas. A ese peligro ya estamos habituados y lo manejamos con suma cautela. Después de una hora de caminata, entramos en una zona de bosque de galería. Nos detenemos sobre un puente de hierro, ubicado sobre el cañito. Éste da acceso a los potreros recién adquiridos por Denny. Aquí trazamos la primera estrategia para la cacería. "Antonio" decide soltar sus perros, acción que imita el compadre "Vicente". Extrañamente, los perros no se alejan del puente y comienzan a esculcar un tronco viejo y podrido, que está a la margen izquierda del cañito. Parece que allí hay un animal durmiendo. Es una lapa. Se sale del tronco y comienza a correr entre nosotros, Nadie puede atajarla y ésta se va con los perros. Pronto se interna en el bosque. Todos salimos corriendo a ver donde la van a encuevar. Se tira al agua. No la podemos encontrar, porque en esa zona el cañito está profundo. Tiene más de un metro de hondo. Pasa más de media hora. En la confusión, no nos percatamos que el clima está cambiando. La tarde se vuelve brumosa. El cielo se oscurece y comienza a caer una lluvia cernidita. Todos coinciden en que así es más agradable el clima y seguimos cazando.

"José" recoge todos los perros, los amarra y se los lleva para un monte donde existen unas torres de alta tensión. Comienza a rastrear y los perros cargan con un animal. Se internan en el monte. El compadre "Vicente" lo acompaña, junto a mi. Nos distanciamos del grupo unos dos kilómetros. Ellos esperan una señal nuestra para acudir a acompañarnos. Entramos a una zona intrincada, que sólo deja claros donde hay palmas, sobre todo de cubarro y moriche. Los perros, con su carga y con sus ladridos alborotan a los monos araguatos. Una familia de más de veinte individuos está sobre nuestras cabezas. El ruido es ensordecedor. Las crías de los monos se aferran a sus madres, temiendo que los perros las alcancen. Aumenta un poco la intensidad de la lluvia. La "sombra" y el "tango" se separan del resto de los perros y se les oye latiendo en una cueva. El compadre "Vicente" me acompaña a ese sitio.

Mientras tanto, "José" atiende los perros de "Antonio" que llevan otro animal. Encontramos al "tango" sobre un bachaquero, de tierra amarilla rojiza. Parece que la "Sombra" está dentro de la cueva. Creemos que se trata de una lapa y comenzamos a excavar para ayudar a los perros. Uno acostumbra a cargar la chícora, junto con el agua y el avío y donde es necesario, le prepara un cabo, de madera del lugar. Así se carga menos peso y se garantiza una eficiente labor de excavación para sacar las lapas de las cuevas. Pronto sacamos la perra y la apartamos para que nos deje trabajar. Los perros Black and Tang, de "Antonio", llegan a este sitio y los ponemos a olfatear la cueva. A la distancia se oyen los gritos de "José", que se reunió con el resto de los cazadores y se dirigen hacia donde estamos nosotros. La lluvia arrecia y nos impide excavar con rapidez. Los perros de "Antonio" pierden interés en la cueva. Cuando llega el grupo de cazadores nos encuentran tratando de ubicar el techo de la cueva."Cruz" acerca su oreja a la tierra y dice que se oye cuando un animal excava. Los otros aseguran que se trata de un cachicamo, porque esta cavando, cada vez más profundo y porque los perros negros no están interesados. Ellos sólo van a la cueva cuando es una lapa. La "Sombra y el "Tango" siguen al pie de la cueva. "Vicente tampoco me abandona. El resto corre a refugiarse en otros sitios, donde la vegetación da mayor protección contra el aguacero. Por ratos excavamos y por otros momentos nos escondemos bajo las hojas de palma, para no empaparnos con la lluvia. Los perros, mojados y llenos de barro se alejan de la cueva, para guarecerse bajo un árbol de cedro. En ese instante vemos, perplejos, como un gran cachicamo, quizás de unos ocho kilogramos, se sale de esa cueva. Con la mayor tranquilidad posible, nos mira y se aleja, sin que podamos hacer nada. La lluvia y los perros negros estaban de su lado. Ese día no le tocaba. Nos reunimos con el resto de los cazadores y les contamos lo que pasó con el cachicamo. "Antonio" y "José", seguros de sus perros, se sonríen y nos dicen: Estos perros han llevado mucho palo para venir a equivocarse con un cachicamo. Les damos la razón. Esperamos a que baje la intensidad de la lluvia y salimos a buscar nuevos rastros.



El "negro", junto al cañito, cerca del matapalo.

Pasamos por el matapalo donde dice el "Negro" que se encueva la lapa, junto al cañito. Planeamos la cacería de la noche y empezamos a hacer las picas, par poder correr, de noche, en el monte, con la luz de la luna, como compañía. Ya está atardeciendo, quizás sean las seis de la tarde. Regresamos a la casa, a esperar la oscuridad y a que las lapas salgan a recorrer sus veredas habituales.

Al llegar a la casa de la finca, encontramos a los hijos y la esposa del "Negro" muy emocionados por un acontecimiento, que también a nosotros nos estremeció. Resulta que "Pancho", un sobrino de la señora Yolibel, la esposa del "Negro", había estado cazando picures por el área conocida como la chaconera, a unos dos kilómetros de la casa de la finca. Sólo contaba con sus dos guinches y una vieja, pero efectiva, escopeta de pitón. Ya había matado un picure, cuando oyó el grito de uno de sus perritos. Presuroso, se dirigió al sitio donde estaba el perro y lo encontró peleando con un enorme animal.

Era un Osoburro, que se levantaba en sus patas traseras y lo atacaba. Usaba las patas delanteras como si fueran brazos y con sus filosas garras, de más de diez centímetros, trataba de asirlo, para luego aniguilarlo en ese abrazo mortal. El guinche, muy ágil, no se dejaba atrapar. Se movía rápido y ladraba. A veces, asustado por la carga del oso hormiguero, retrocedía y lloraba. "Pancho", al ver que su perro corría peligro, disparó y mató al Osoburro. Luego vino a la casa, a buscar un tractor para poder trasladar al pesado animal hasta el galpón de la finca, donde iba a comenzar a desollarlo cuando nosotros llegamos de nuestro lance de cacería. Lo llevó a la romana y pesó treinta y dos kilogramos. Y al medirlo, tenía más de un metro y medio de largo. La cola medía cuarenta y seis centímetros y hubo pelos que llegaron a medir hasta treinta y tres centímetros de largo. El hocico y su lengua midieron sesenta centímetros. "Pancho" nos dijo que lo que más lo impresionó de este animal fue la forma en que se le movía la barriga, cuando se estaba muriendo. Era una hembra y estaba preñada. Posiblemente, ya estaba por parir, porque tenía el abdomen recrecido.

Nosotros nos sorprendimos mucho por aquel suceso. Pensamos que esta hembra podía ser la pareja del oso hormiguero que mató el tractorista, mientras trabajaba en la finca Manirota, vecina a esta hacienda ganadera. Eso es perfectamente posible, ya que el sitio donde lo cazó está a escasos tres kilómetros de la carretera y esa distancia la recorre un Osoburro en un breve lapso de tiempo. Ya era tarde para esta familia de osos hormigueros. En medio de la convulsión que generó este suceso, nos ofrecemos a ayudar a desollar el animal y lo trasladamos al patio de la casa del "Negro", que está mejor iluminado. Comenzamos por el abdomen y pronto sacamos al cachorro del Osoburro Era un macho, idéntico al adulto que lo engendró y que posiblemente, era el que llevaba el tractorista. Ya estaba

completamente formado, sólo le restaban pocos días para nacer. Luego retiramos todo el cuero del animal. Es imponente, sobre todo por los largos y coloridos pelos. Nos detenemos un rato en la cabeza, por lo complicado del diseño. No logramos despellejarla bien. Simplemente la cortamos. Ahora, solamente queda la carne y los huesos. Comenzamos a separarlos. "Pancho" trae una bolsa grande. Acumula en ella, todo lo comestible y luego la pesa. Son más de dieciséis kilogramos, sin los huesos. Le preguntamos que va a hacer con esa carne y de inmediato nos la ofrece, para que nosotros la comamos. Le decimos que la pregunta la hacemos por simple curiosidad y le sugerimos que se la lleve toda. Ya resolvió la proteína de esta semana para su familia.

A pesar de que nosotros estamos acostumbrados a cazar y hemos desollado muchos animales a través del tiempo ejerciendo la cacería, no nos deja de estremecer la mala suerte de esta familia de osos hormigueros y de cómo el campesino esta adquiriendo el buen gusto por su carne. Quien sabe que ocurrirá con esta especie, que tiene una sola cría por año y no le teme a los cazadores. En algunos casos los enfrenta, muchas veces los ignora, pero siempre ataca a los perros. En estas cosas se diferencia de las lapas, que son muy huidizas y a nivel de crías son muy prolíficas. La mayoría de las veces ellas ganan el lance.

Son las siete y treinta de la noche, cuando nos llaman a comer. Hemos despachado la presa de "Pancho" y nos disponemos a cenar. El "Negro" nos dice: No coman tanto, para que puedan cazar y correr, raudos, esta noche. Claro, ya lo habíamos olvidado, hay un lance de cacería esta noche. Pocas veces he visto cacerías nocturnas, con perros. Normalmente, en un lance de cacería nocturna, uno se dispone a vigear el animal, que está cebado, con comida, en una vereda, bajo un árbol frutal, o que esta bebiendo en un pozo. Otras veces, lo sique por el monte, alumbrando por todas partes, esto es, lampareando, buscando un golpe de suerte que lo lleve con un animal, que encandilado, permita que el cazador le haga un disparo a la distancia. Sólo pude presenciar esta técnica de cacería nocturna, con perros, a través de veredas hechas previamente en el corte, en una oportunidad que salí con los hermanos Morán, allá, en la hacienda Las Yaguas, propiedad del señor Perdigón, hoy expropiada por el gobierno. Los cazadores durante el día ubican las veredas de las lapas y adyacentes a éstas, preparan unos vigeaderos, que acomodan también, que uno puede esperar sentado, hasta que la lapa esté a tiro, por supuesto, arreada por los perros. Simplemente, el perrero hace lo mismo que en el día, pero ahora es en la oscuridad de la noche. Necesariamente, para ver la presa hay que alumbrarla.

La cacería de esta noche va a ser un tanto distinta. Las veredas de las lapas no se pudieron encontrar, así que no sabemos por donde correrán. Lo que si sabemos es que las lapas se acunan en el matapalo que está al borde del cañito, así que me dispongo a esperarlas ahí, con mi escopeta lista para cualquier eventualidad. El compadre "Vicente" también quiere verlas cuando se metan en las cuevas que están bajo este palo. Quiere ver como se marguyen y nadan bajo el agua. El resto de los cazadores actuará como arreadores, junto a los perros.

Los animales que dormían se despiertan, por nuestra presencia en el bosque. El ladrido de los perros se oye como si fuera una gran manifestación que convulsiona los más alejados rincones del monte. El jopeo de los cazadores hace el resto. Ya nadie puede dormir en paz. Los animales de hábitos nocturnos se alertan y corren a esconderse. Esto no es normal. Pronto, el "Tango" comienza a latir en un solo sitio. El compadre "Vicente" quiere ir a ese lugar a atenderlo. Al poco tiempo sale corriendo en esa dirección y sin más opción, quedo solo en el tiro del matapalo. Cuando el compadre "Vicente" va acercándose al lugar donde cree que está su perro, se apaga su linterna y no enciende más. Queda en tinieblas. Sólo oye el alboroto del perro. Todo es tan confuso y oscuro, que no se atreve a meterse al monte. La gran mayoría de los animales silvestres, de hábitos nocturnos, pueden ver bien de noche. Incluso los perros, tienen excelente visión nocturna. Pero los humanos dependemos de la luna o la linterna. En condiciones de oscuridad total somos seres indefensos. Con mucho esfuerzo, el compadre consigue una de las picas y logra salir a la carretera. Se orienta hacia donde está el carro y al cabo de unos diez minutos llega hasta él. En ese momento decide abandonar la cacería y se queda allí, a comerse los mangos que cargamos en el cajón del vehículo, para una emergencia. Seguro que no le gustó mucho este sistema de cazar.

Por más de media hora, el "Tango" insiste en ladrar frente a la cueva. Incluso, se aventuró a entrar en ésta, a tal extremo, que cuando "José" llegó al sitio me dice que deje el tiro del matapalo y corra a ayudarlo a sacar el perro de la cueva. Con dificultad logro llegar al lugar donde están. Es un sitio oscuro y muy entramado de mogotes, pero la tierra es suave y

fácil de remover. El perro está muy adentro, en la cueva, lo que unido a su corpulencia, hace más difícil la tarea. Logramos sacarlo y lo amarra a un lado, para luego comenzar a excavar. No está seguro de que sea una lapa, porque los perros de "Antonio" no muestran ningún interés. Alumbramos el interior de la cueva y lo que se ve es la cola de un cachicamo. Se oye claramente que continúa escarbando, por lo que me apresuro a destapar el techo de la cueva y con un moviendo rápido y seguro, apuñaleo al animal. Está distrayendo a los perros. Lo sacamos de la cueva y vemos que es una hembra y está preñada. Ya no hay nada que hacer por ella. La subo a la rama de un árbol que está en el camino a la carretera y seguimos cazando. Transcurre una hora. No tenemos éxito con otra presa. Decidimos recoger los perros y nos salimos del bosque. Regresamos a la finca con la cachicama. La señora Yolibel la guinda en lo alto del fogón, para que con el calor y el humo vaya botando el almizcle y largando la concha. Es casi media noche. Mejor es ir a dormir un rato.

Dentro del letargo que da el sueño profundo, comienza a colarse un aroma agradable a café, lo acompaña un olor más fuerte, a carne aliñada. Era aún de madrugada, pero ya la señora Yolibel se había levantado a cocinar. Es una mujer hacendosa, madrugadora. Al amanecer nos llama a desayunar: Cachicamo esmechado, revuelto con huevos de gallina, arepa y café. Es domingo, nuestro último día de cacería en la hacienda de Denny.

El amanecer en el llano es muy acogedor. Un inmenso sol enciende sus baterías muy temprano. El cielo se muestra totalmente limpio, de un azul claro muy hermoso. Inspira a caminar. Todavía hay una brisa fría, suave, que te da ánimos para lo que está por venir, con el transcurrir del día. Ya preparados, con avío y equipos, partimos hacia una finca vecina, el hato Los Manires. Allá, aledaño al caño que dio nombre a esa finca, hay un bosque donde habitan muchas lapas, atraídas por los frutos de árbol de taparón y de jobo, que son muy abundantes en esta zona. Allí nos dirigimos. La distancia es larga, así que vamos en carro, tanto los perros como los cazadores. Después de una media hora de camino, dejamos el vehículo y comenzamos a caminar, a través de veredas hechas por el ganado. Pronto nos vemos rodeados de grandes cedros y caobas, samanes, taparos, jobos, ceibas y jabillos. También se observan los troncos de grandes palmas, ya muertas, sin ramas, que presentan numerosos agujeros, cual si fueran condominios de apartamentos, habitadas por loros de cabeza amarilla y

guacamayas. Lo que más nos interesa de toda la vegetación es el matorral que esta por todo el suelo, entremezclado con un pasto natural, silvestre, que sirve de cama a las lapas y de alimento a los venados, chigüires y otras especies de interés para los cazadores. Los perros van amarrados. Los llevan "José" y el compadre "Vicente". Ellos se internan en el bosque, en dirección al matorral. El resto de los cazadores espera la señal de ellos, para incorporarse al lance. Nosotros llevamos las chícoras, el palín, el avío y el agua. Así los perreros pueden moverse con más libertad. A lo lejos se oyen los ladridos de los perros. Están marcando un rastro. No sabemos de qué animal se trata. Si los perros de "Antonio" se animan puede ser una lapa. Ahora se oye la carga de los perros y el jopeo de los perreros. Luego de unos quince minutos, se les oye campaneando en un solo sitio. Parece que están encuevados. Los perreros gritan para que vayamos a ayudarlos. Eso hacemos. Todos corremos para llegar lo antes posible. Están cerca del caño Manires. Parece que la lapa no pudo entrar al agua. Si eso ocurre la perdemos. Cuando llegamos donde están los perros y los perreros, notamos que uno de los perros de "Antonio" está metido en la cueva. Tiene que ser una lapa o estos perros son pura fama. "Antonio" habla con "José" y este le confirma que es una lapa. Él la vio antes de que se encuevara. Ahora es nuestro turno. Debemos excavar con rapidez. El compadre "Vicente" ubica el tapón de la cueva. Lo bloquea con una gran piedra. Seguimos excavando. Pronto le vemos las patas traseras al animal. "José" destapa el techo de la cueva y con mucho tino logra amarrar la lapa por una de las patas. La tiene bien sujeta. Rompe más el techo y la cueva se derrumba. Saca la lapa viva, aún amarrada y me dice que es un macho. Se la entrega a los perros. Estos la muerden y tratan de jugar con ella. De repente, la "Sombra" la toma por el cuello y con un noble mordisco la mata. Si no hubiera estado amarrada, la historia sería otra. Amarramos los perros y emprendemos el camino de regreso a la finca de Denny". "Antonio" brinda esta lapa al "Negro" y a su familia. Le sugiere, además, que le de un pedazo a Denny. La señora Yolibel ya tiene nuestro almuerzo preparado

Después del almuerzo nos vamos, caminando, hacia una zona de potreros que está al lado del cañito, en la finca de Denny. De ahí, pasamos a una zona conocida como "la Gabanera" que es un bosque tropical, de unas veinte hectáreas. Tiene grandes árboles de Samán, cedro, apamate, mango y palma real. Se observan grandes cortes de heliconias y muchas bromelias,

sobre los árboles. Aquí hay un microclima excelente. Diferente al de los potreros. Se notan vestigios de antiguas carreteras, por donde circulaban las máquinas y camiones que cargaban las rolas y cuartones, de la explotación maderera, que hubo en estos lugares. El "Negro" nos dice que estas vías comunicaban a Mata de Palma con el caserío de la Quebrada El Mamón. Actualmente, esas carreteras están dentro de parcelas privadas, por lo que no es posible circular a través de ellas y comunicar ambos caseríos.

Los perros, aún amarrados, se notan alterados. Parece que perciben un rastro. Los soltamos y empiezan a correr y a marcar el rastro de un animal. Todos los cazadores vamos, juntos, tras los perros. Con el paso del tiempo, éstos se internan más en el bosque. Nos han sacado mucha ventaja. Parecen oírse más allá del bosque, hacia la base de una pequeña loma, donde comienza una finca vecina. De repente, se oye que pelean con un animal y de nuevo inician la carrera. Todavía no logramos alcanzarlos. El compadre "Vicente y "José" se separan del grupo de cazadores. Los sigo, a pesar de que ellos imprimen gran velocidad a su paso. Pronto dejamos al resto de los cazadores muy atrás. Los perros se oyen cerca. Están latiendo en un solo sitio. Al fin los vemos. La "sombra" está dentro de la cueva. "José" la toma por las patas traseras y logra sacarla. Amarramos todos los perros. Notamos que la cueva no tiene tapón. Es un aquiero ancho y muy largo. El compadre "Vicente corta una varita de un arbusto, de unos dos metros de largo, para tantear el recorrido interior de la cueva. Desaparece toda la vara y se nota que vira a la izquierda. Comenzamos a excavar en esa dirección. Después de unos minutos de trabajo, "José" vuelve a tantear con la varita y siente el cuerpo del animal que está encuevado. Calcula donde puede guedar el techo y allí comienza a romper el suelo. Al poco rato, se le ve el lomo al animal. Es una lapa. El compadre "Vicente" saca un puñal rémington, que nunca le abandona y puñalea la lapa en una nalga, lo que aprovecha "José", para amarrarla, con una cabuya, por esa misma pata. Ya está dominada. Terminamos de romper el techo de la cueva y la levanto por la cabuya, para que "José" le de con un tolete por la cabeza. Así lo hace, pero todos quedamos sorprendidos al ver que la lapa, ahora moribunda, tiene fuertes contracciones en la barriga. "José" advierte que está preñada. Toma el puñal y le abre el abdomen. Pronto brota la bolsa amniótica, con una lapita adentro. Mientras él la sostiene, me dice que le amarre el cordón umbilical, con un hilo, lo más cerca posible de la barriga

de la lapita. Corta el cordón que lo unía a la madre, para luego sacarla de la bolsa. Toma al animalito y cual pediatra, le succiona, con la boca, el líquido y la flema presentes en la nariz, para despejar las vías respiratorias. El animalito da un fuerte soplido y comienza a respirar. Aún está vivo. Lo limpio un poco, lo envuelvo en un pañuelo y lo introduzco en un pequeño saco, de sisal, que a manera de murrial, siempre cargo terciado, durante las jornadas de cacería. Es un macho. Aun sigue con vida, pero la madre no tuvo la misma suerte. "Antonio" me dice que no lo guarde todavía. Lo saca del murrial y se lo pega a una de las tetas de la madre. De inmediato se hace presente el instinto de succión. Las ubres de la lapa, ya muerta, aún surten de leche al hambriento recién traído al mundo. Son más de las cuatro de la tarde. Regresamos a la finca, con los perros, la lapa y el lapito. Todos van alegres por el éxito de la jornada del día. Salgo a una finca vecina, que tiene cabras lecheras y compro un litro de leche de cabra. Me dicen que esta es tan nutritiva como la de la lapa. Comienzo a alimentar al lapito, con un pequeño biberón, ya viejo, que perteneció a uno de los hijos del "Negro". Los compañeros de cacería me permitieron conservar al animalito, siempre que asuma con responsabilidad, el rol de su madre. Yo acepto gustoso.

Comenzamos a hacer los preparativos para el retorno a Barquisimeto. El cajón de la camioneta no sólo lleva las maletas, sino también cinco sacos de mangos, todos pintones, que nos regalaron, para degustar y hacer jalea. Nosotros íbamos encantados, porque, además, traíamos la carne de la segunda lapa que matamos. "Antonio" y "José" no quisieron llevar carne para sus casas. Eso si, llevaban cuatro sacos de mangos, en el cajón de la vieja Chevrolet.

Luego de la euforia, por las vivencias del viaje de cacería, comienzo a reflexionar, en torno a la crianza del lapito. No tenía ni la menor idea del compromiso que esto representaba ni de la inversión en tiempo y dinero que se debería hacer para culminar con éxito este compromiso.

Al llegar a mi apartamento, en Barquisimeto, comenzaron los comentarios de la familia. Que eso daba lástima. Porque someter a ese animalito a ese sufrimiento. Que se iba a morir de hambre. No lo van a poder criar por falta de tiempo y muchas más. Todos esos comentarios los oí, con mucha atención, pero nunca pensé abandonar al lapito. Mi hijo Carlos, pronto se encariño con el animalito y lo llamó "Inocencio", por creer que el lapito, no sabía todo lo que estaba pasando en su vida. Aprendió a darle de beber con



Aquí vemos a "Inocencio" cuando tenía tres meses. Junto a él, su vecino, el conejo "Tom", allá en Palmira.

Su casa la construimos con madera de la montaña, especialmente vera y guayabito. Además, usamos tela de gallinero. El techo se hizo de carrizo y luego se le vació una placa, muy delgada, de concreto. Arriba de esto se colocaron doscientas tejas. Bajo el techo se hicieron dos divisiones. En una se colocó un tubo de concreto, de los que se usan para canalizar las aguas servidas. Esa representa su cueva. En la otra división se le coloca el alimento.

La tela de gallinero se fijó al suelo con una pequeña base de concreto, que corre a todo lo largo de la casa de "Inocencio". En el centro se excavó una pequeña pileta de agua, para que se bañe y retoce en ella, cuando tenga calor. El suelo tiene una parte de concreto, donde está el techo, otra parte de grama y el resto es de tierra. Aquí el clima es agradable y no le falta la comida, que se balancea entre frutas como el mango, mamones y lechosas, hasta raíces como la yuca. También le gusta la comida casera." Inocencio" ha ido creciendo hasta formarse como un animal hermoso. Por momentos, durante la noche, emprende cortas carreras y se le puede observar caminando y roncando. Dispone de unos cien metros cuadrados para su desplazamiento. Hemos estado tentados a dejarlo salir a caminar por todo el espacio de nuestra casa, que está totalmente cercada con alfajol, pero allí también tenemos algunas perros de cacería., que vagan libremente por todo el terreno. No sabemos que pueda pasar. Se corre el riesgo de que se entable una amistad entre estos animales y luego, en el monte, los perros no quieran seguir a las lapas, por asociación con "Inocencio". También, se pueden lesionar mutuamente, por que las lapas son muy agresivas y sus incisivos ya miden más de cuatro centímetros. Estoy en la búsqueda de una hembra para hacerle la vida más grata. Creo yo.

Lo que sí está claro para nosotros, es que nos convertimos en la ubre del lapito

30-09-2009

## EL CAÑIZO DE NIEVES

Una de las actividades más desestresantes que he descubierto a lo largo de mi vida es la de preparar, reparar y limpiar los equipos de pesca. A tal punto que imagino el tipo de río donde voy a pescar y elaboro un aparejo adaptado a esas condiciones. Muchos pescadores elaboran sus equipos de pesca cuando ya están en el sitio donde pescarán, para asegurarse de no errar en el tamaño y tipo de sedal, plomo ó anzuelo más conveniente. Otros prefieren ir preparados, sobre todo cuando los viajes son cortos y no se quiere perder tiempo en la confección de los mismos. Esto de anticiparse trae ventajas, sobretodo cuando son varios los compañeros que usarán los equipos y cuando los ríos cambian su estructura por crecidas inesperadas. El pescador deportivo siempre tiene la esperanza de atrapar uno o varios ejemplares, en un período de tiempo muy breve, que se diluye mayormente en el traslado al pesquero, adaptación al sitio, la faena de pesca, propiamente dicha y el retorno al hogar. Por supuesto, esto cuenta para el pescador citadino y no para quien vive en la zona adyacente al río, represa o mar. De modo que se puede afirmar que el pescador citadito pasa muy poco tiempo en la faena de pesca y mucho organizándose para ejercerla. Por eso no es raro ver que lleguen a los pueblos llaneros venezolanos, vehículos cargados de gente y de maletas contentivas de ropa, comida y bebida, muy abundante y hasta excesiva, para el rato que se invertirá en la faena de pesca. La mayoría de las veces estos equipos y maletas se convierten en estorbos, molestosos, que sólo atajan y dificultan nuestro andar en la zona. A diferencia de esto, el pescador que vive en la zona llanera y que ejerce esta actividad como fuente de sustento familiar, se traslada al río con muy poco equipaje. A lo sumo, con uno o dos anzuelos y la carnada. Impresiona verlos entrar al agua a recuperar el plomo y el gancho que se les guedan atascados en una carama, arriesgando la vida por algo que tiene un precio muy bajo, pero a su vez, un gran valor de uso. El hombre de la ciudad prefiere, simplemente, romper el sedal, buscar otro plomo y otro gancho y seguir pescando, seco y seguro.

Para ejercer la pesca deportiva en Venezuela se deben cumplir ciertas condiciones formales y otras no formales. Entre las formales destacan el permiso de pesca, el cual lo otorga el Instituto Socialista de la Pesca y la Acuicultura, ente adscrito al Ministerio del poder popular para Agricultura

y Tierras, cuyo costo es de 1.5 unidades tributarias. Así como someterse a las normas referentes a las zonas de pesca permitidas, especies no vedadas y artes de pesca aprobadas para ejercer la pesca deportiva. En caso de poseer un bote, debe obtenerse la respectiva licencia, además de la licencia del capitán del bote y el permiso de movilización del mismo, en caso de no estar anclado en una marina o puerto fluvial. No se debe olvidar que en la hielera o cava sólo se puede llevar un número limitado de pescados de cada especie permitida. El pescador deportivo debe estar conciente del respeto a la naturaleza, hecho que no se puede controlar de manera directa o formal. Por supuesto, debe contar con los aparejos de pesca, un vehículo para trasladarse a los pesqueros y los medios económicos que le permitan ejercer esta noble actividad, de efecto recreativo y deportivo. En cuanto a los riesgos, estos son obvios e inherentes a cualquier actividad que se realice al aire libre.

En Venezuela se ejercen varios tipos de pesca deportiva, variando en función de la zona donde se ejerza y del pescador mismo, así como de la temporada anual y especie a capturar. Es con la intención de exaltar algunos de estos tipos de pesca, especialmente en agua dulce, que les narro los eventos del siguiente relato:

Ya estaba bien entrada la temporada lluviosa en Venezuela y no teníamos planes de asistir a ninguna jornada de pesca, sobre todo por lo anegado y barrialosos que se tornan los caminos hacia los ríos llaneros de los estados Portuguesa y Barinas, donde acostumbramos ir, mis hijos y yo, cuando de manera fortuita, tuve un encuentro con un buen amigo, llanero de nacimiento pero criado en la zona alta del estado Portuguesa y dedicado enteramente a la actividad cafetalera. Al ver a "Rafael Yánez" presentí la posibilidad de hacer una visita a su familia, en el llano, allá por el pueblo de San Nicolás, en el estado Portuguesa, zona agrícola y pesquera de tradición y fama en todo el país. Mi intuición no falló. "Rafa", como le decimos sus amigos, pronto exaltó este casual encuentro y me refirió las noticias que de sus hermanos tenía, en relación a una ribazón de bagres y cachamas que estaba pasando en el sitio de Peña de Arauguita, a escasos treinta minutos de San Nicolás. La noticia me emociona y llena de expectativas pero le digo que "Julio" es un mes muy lluvioso y en el llano las vías anegadas y la plaga de zancudos y jejenes no deben dejar a nadie pescar en forma segura. A esto él alega, que la vía está toda engranzonada y soporta bien los carros. Además, el Caño Colorado que pasa por la finca de su hermano "Nieves" está botando mucho pescado y el cañizo ya está listo y colocado atravesando todo el curso de agua. Esta es la oportunidad de ver a los pescadores chuceando bagres desde el cañizo. Quedo pensativo y luego le respondo: Está bien. Vamos a ver como nos va con el invierno.

Esto fue suficiente para organizar el viaje a pescar, allá en San Nicolás. Como era viernes, le propuse que fuéramos el sábado para así poder llevar a mis hijos, que ese día terminaban el año escolar. "Rafa" terminó de hacer sus compras en Barquisimeto y regresó a su casa del caserío Peña Blanca, donde nos esperaría a la mañana del día siguiente, para emprender el viaje de pesca.

El estado Portuguesa, en el occidente de Venezuela, está surcado por numerosos ríos, de extensiones y caudales variables, ricos en especies de peces que van desde la palambra, mije, tusa, bocachico, curvinata, palometa, cachamas y sardinas, todos de escama, hasta los bagres negros, punteado o maiguaní, rayado o tumame, cajaro cola roja, toruno, blanco, lebranche o mapurite come carnada, roaco bagre sapo o tungo, rayas y mantarrayas, así como caribes capa burro, piraña blanca, babas y caimanes. Todas estas especies tienen interés deportivo y algunas sobresalen por su aceptación comercial. Además, su comportamiento biológico y en especial el reproductivo dependen de los cambios que se presentan en los cursos de agua, en función de la temporada anual en que se encuentran, moviéndose en ribazones, río arriba o río abajo, según sea la estación seca o la estación lluviosa, para desovar o para el desarrollo de las crías.

El caserío San Nicolás pertenece al estado Portuguesa y está ubicado a unos 250 kilómetros de Barquisimeto, adyacente a la carretera vieja que une a Guanare con Sipororo. Forma parte de la región que se denomina Llanos Occidentales y tipifica perfectamente el bioma de sabanas, caracterizado por inmensos pastizales, chaparrales y morichales de grandes extensiones, bosques de galería bordeando los ríos y una fauna y flora típica de la zona que incluye venados, lapas, picures, chiguires, aves de todo tipo, osos hormigueros, tigres, leones americanos o pumas, linces, rabopelados, cachicamos, muchos tipos de serpientes, quelonios, báquiros y ardillas, entre otros, protegidos por pastizales naturales de gamelote, elefante y otros sembrados por el hombre, bajo la sombra de grandes samanes, ceibas, cedros, apamates, caobas, taparos, palmeras, bucares, etc. Todo esto

lo comparten con el ganado vacuno y la cría de búfalos, que representan la actividad pecuaria de mayor interés comercial en toda la región. Es de hacer notar que durante la estación lluviosa las grandes sabanas llaneras se saturan con el agua de los ríos que se desbordan y junto al aporte del agua de las lluvias, terminan formando vastos esteros y lagunas donde se quedan atrapados los peces, adultos, juveniles y alevines, creándose estuarios muy importantes, por su papel de guardería, de difícil acceso para los pescadores y depredadores, con abundancia de oxígeno y nutrientes orgánicos, que aseguran el mantenimiento del número de individuos de las diferentes poblaciones piscícolas.

Ya en casa, nos preparamos para emprender el viaje a pescar, comenzando por los equipos de pesca. En nuestro caso, tenemos todos los aparejos organizados en dos maletines. Uno contiene unas 40 trampas, de nylon muy grueso, que va de 1.5 mm a 2 mm de diámetro, una buena plomada, que asegure fijar la carnada al fondo del río y ganchos o anzuelos de hasta 4 pulgadas de largo por unos 5 mm de diámetro. En el otro maletín hay unos 30 carretes de mano, que tienen nylon de 0.20 a 0.90 milímetros de diámetro, con pequeños plomos, convenientes para ríos de poco caudal y baja profundidad. En su mayoría, los ganchos o anzuelos son pequeños, del tipo "uña de gavilán" o de "pata larga", según sea el pez que estemos buscando. Además, en ese maletín está una caja plástica que contiene los plomos y anzuelos de repuesto, en caso que se dañe algún aparejo durante la jornada de pesca. También se consigue allí la carnada, que puede ser de maíz seco, harina de maíz y algunas cucharas con gancho, junto a tres sacos de polietileno, de hueguitos, usados para retener los pescados, aun vivos, dentro del agua. A estos maletines se unen tres más, que contienen las hamacas, mecates, mosquiteros y cobijas para cada uno de nosotros. Luego están tres maletines con la ropa personal para un viaje de tres días, cava grande, con capacidad de 500 litros, una cava mediana, con capacidad de 40 litros y otra cava pequeña, para unos 28 litros. Las últimas dos cavas van llenas de hielo y colocadas dentro de la cava grande, a fin de garantizar que el mismo no se derrita tan rápido. Finalmente, un saco con la comida y bebida que requerimos para esos días, una malla circular, atada a una vara de dos metros que permite sacar los peces grandes que hemos logrado llevar a la orilla del río, para evitar que rompan el nylon, linternas, botas de goma, gorras y algunos regalos para la familia de "Rafa". Como ven, un gran equipaje, imprescindible para nosotros.

Una vez cargada la camioneta con todas las maletas emprendemos el viaje. Son las 4 A.m. del día sábado. Partimos desde Barquisimeto hacia el caserío Peña Blanca, lugar donde vive "Rafael Yánez". Este caserío dista unos cien kilómetros de nuestra casa, en la vía Guarico-Chabasquén. Pertenece a la zona alta del estado Portuguesa, dedicada a la caficultura y producción de cambur guineo. Es rica en manantiales de agua y tiene una exuberante vegetación. La carretera se torna sinuosa y llena de pasos de quebradas y baches, lo que hace que tardemos casi tres horas en el recorrido. Faltan pocos minutos para las siete de la mañana, cuando comenzamos a subir la vía hacia la casa de "Rafa", un tramo de unos mil metros, a la izquierda, dejando la vía principal, donde es menester colocar la doble tracción en el vehículo. Pronto se divisa su casa y se nota el movimiento típico de alguien que se dispone a viajar. Ya está en la puerta de su casa, junto a su hijo menor "Leodánny", quien también va a pescar. Lo sorprendente es que sólo llevan un pequeño bolso de mano, donde a lo sumo caben: la toalla, una muda de ropa interior y el cepillo dental. No hay arrebiates que les estorben, como en nuestro caso.

En breve estamos de regreso en la vía principal, que nos lleva a Chabasquén y de allí, a través el municipio Sucre, pasamos por Biscucuy y seguimos hasta el sitio conocido como desembocadero, donde confluyen todas las aguas que bajan de las montañas adyacentes y que dan origen al inmenso río Guanare. Luego tomamos rumbo a Mesa de cavaca y al llegar al monumento a Páez y su corcel, tomamos la vía a la margen derecha para atravesar el puente sobre el río Guanare, que se presenta majestuoso sobre un cauce grande, de aguas verde amarillentas, que le dan vida a esta ciudad llanera. Esta es la ruta de la carretera vieja, para diferenciarla de la vía que corre por la autopista de los llanos "José Antonio Páez. Ya casi nadie circula por la antigua vía, a pesar de que su carpeta de rodamiento está en muy buen estado. La mayoría prefiere usar la moderna autopista, que entre otras cosas, ha generado muchos pueblos fantasmas. Transcurren unos treinta minutos y observamos una intersección a la izquierda de la vía. Un puesto permanente de las fuerzas policiales del estado Portuguesa nos recibe y los agentes allí destacados, proceden a revisar el vehículo en el cual viajamos. Luego de unos minutos nos dejan continuar hacia San Nicolás, a través de un tramo carretero en muy buen estado. A ambos lados del camino, se observan grandes extensiones de sabanas, con pasto y ganado. Al fin divisamos el pueblo. En la primera entrada a la derecha, está la vía a Sunsún. Luego, en la segunda entrada, está la vía al poblado de San Nicolás y si continuamos en línea recta, se llega a una zona de viviendas rurales y parcelas que acompañan la vía hacia Las Ánimas, Arauguita y San Miquel. Es a estas viviendas rurales a donde nos dirigimos. En una de ellas vive "Trino", junto a su esposa "Olegaria", sus hijos y nietos. Son las 9:30 AM y ellos nos estaban esperando, porque ya "Rafa" les había avisado de nuestra visita. Luego del saludo de rigor y las presentaciones, nos invitan a desayunar, para después comenzar a planificar la jornada de pesca. "Trino, hermano menor de "Rafa", se muestra como un hombre curtido por el sol llanero. Su tez morena y su altura de casi 1.90 metros, lo hacen notar en cualquier grupo. Es muy elocuente y conversador. Muchos lo conocen como el "tetero", porque dedicó muchos años de su juventud al oficio de vender helados en bolsitas plásticas, que por aquí llaman "tétas", por el parecido con la anatomía femenina. Luego de enviudar, conoció a "Olegaria", quien también era viuda y se casaron. Parece ser contemporáneo conmigo, quizás unos 54 años, pero no me atrevo a preguntar. Todos los integrantes de este grupo familiar practican la religión evangélica cristiana y junto al resto de los miembros de esta iglesia, se reúnen una vez a la semana en esta humilde casa, donde "Trino" se desempeña como pastor. A pesar de ser un reconocido pescador, prefiere trabajar como mototaxista, dejando la pesquería para los fines de semana o para cuando haya grandes ribazones. Nos confirma que están pasando los bagres y cachamas y cree que la ribazón va por un sector del río Guanare conocido como "el toro", donde no todo el mundo tiene acceso porque a ese lugar sólo se puede llegar en lancha o a través de la hacienda del "Capitán Márquez", cuyos portones de entrada permanecen cerrados al público. Nos dice que "Olegaria" fue la cocinera de esa hacienda durante muchos años y a ella la dejan pasar cuantas veces guiera, por lo que le propone que viaje con nosotros a pescar. Ella acepta gustosa y extiende la invitación a su hija "Betzaida", para que la ayude a cocinar a las orillas del río, mientras nosotros pescamos. Eso de que nos acompañen mujeres no estaba en nuestros planes de pesca. Siempre acostumbramos a hacer el campamento a orillas del río y allí permanecemos hasta el final de la jornada de pesca, que a veces dura varios días. No nos preocupa tanto la comida, ya que para eso cargamos enlatados, queso, pan y refrescos. Sin embargo, no hay otra opción.

Son las 12 del mediodía cuando tomamos rumbo a "el toro", en busca de los peces. Al principio el camino es bueno, con asfalto y todo, pero esta comodidad dura poco. Al pasar un caserío llamado "La Coromoto" comienza la carretera engranzonada, que está toda llena de aquas de lluvia y muchos baches, pero totalmente transitable. Luego de unos 25 minutos de viaje llegamos a la hacienda del capitán. Uno de sus dos portones nos ataja. Pronto, "Olegaria" se baja y habla con el vigilante, que funge de portero. Logra el permiso para que entremos, siempre que regresemos antes de las 6 y 30 de la tarde. Aceptamos complacidos y seguimos adelante. Nos adentramos a través de una parcela de frijoles que ya están terminando de cosechar. Parecen ser más de cincuenta hectáreas de tierra. Luego nos topamos con un segundo portón. Allí no hay problema, sólo la advertencia de que debemos retornar a más tardar, a las 6 y 30 pm. Continuamos la travesía por un camino que bordea una parcela que están preparando para sembrar arroz. Aquí fue necesario colocar la doble tracción de la camioneta Hi Lux, para garantizar un manejo más seguro y estable. Ahora avanzamos más lento y luego de unos 15 minutos vemos, a la margen derecha, dentro de un hermoso bosque de galería, el impetuoso río Guanare, con su cauce casi lleno, por las continuas lluvias del mes de Julio. El camino está un poco anegado pero el vehículo marcha con firmeza. De vez en cuando, se oye el bramar del agua en su andar eterno hacia el río Apure. Pronto llegamos al pesquero. Ya han pasado unos veinte minutos luego de la una de la tarde, por lo que disponemos de unas cinco horas para pescar y así poder regresar a tiempo, antes que los portones sean cerrados. Sino hay que pernoctar allí y esperar hasta la mañana del día siguiente, cuando los vuelven a abrir a un público muy selecto, formado por amigos y trabajadores del capitán.

Para nosotros es común hacer el campamento a orillas del río donde estamos pescando y así desearíamos que fuera esta vez, pero "Trino" tiene dos argumentos de mucha valía y nos persuade para organizar el regreso cuando hayan transcurrido las horas de la tarde. Con marcada preocupación en su rostro, nos refiere que esta es una zona casi virgen y se sabe, por las huellas y rugidos, que hay una pareja de tigres mariposos viviendo en la espesura del monte, adyacente al bosque de galería que bordea el río. Hace menos de un mes, vinieron a pescar unos familiares del capitán Márquez y prepararon el campamento aquí, en "el toro". Transcurría la segunda noche de esa

jornada de pesca y luego de unos tragos, la cena y el ajetreo del día, todos se rindieron en un sueño profundo. Sobre la compuerta de la camioneta pick up en que viajaban, dejaron la reguera de corotos con los cuales prepararon la comida, incluidas ollas con sus tapas, frascos de salsas y jugos, posillos de peltre, vasos y platos, además de latas vacías de atún y sardinas. Todos, muy agotados por el cansancio, se acostaron en sus respectivas hamacas y dejaron que los mosquiteros los protegieran de la plaga. Ya pasada la media noche, la fogata se había extinguido y la luna daba una tenue luz. "Carlos", primo del capitán y jefe de familia del grupo de pesca, despertó alertado por un intenso olor en el ambiente, que venía acompañado por un ruido extraño, parecido a una fuerte acción de respirar. Sin moverse, pudo ver a través del mosquitero como dos enormes tigres trasteaban los corotos sobre la compuerta de la pick up y luego, uno de aquellos animales pasó a inspeccionar la hamaca de su hijo mayor, olfateando el mosquitero, sin llegar a romperlo. De pronto se oye un estruendo de latas, frascos y ollas. El otro tigre en su afán de encontrar comida entre los trastes, que despedían un agradable olor, para él, los había tirado todos al suelo. Ambos animales se asustaron por el alboroto y se alejaron velozmente del campamento. Nadie más se enteró de aquella terrible escena. De inmediato, el padre avivó la candela y justo al amanecer organizó el viaje de retorno a su casa, junto a sus hijos, sanos y salvos. A este evento reciente, se une otro muy particular. Algunos pescadores de la zona tienen el hábito de arrojar a la orilla del río aquellos pescados que no son de su interés económico o culinario, lo que atrae muchas serpientes, casi todas venenosas, que usan estos pescados como su alimento, especialmente en las horas cuando se pone el sol. Este hecho ha traído como consecuencia que hayan aparecido varios picados de culebra y los han tenido que llevar a Guanare o Barquisimeto, en busca del suero antiofídico. Después de oír estos argumentos, contundentes por demás, decidimos apoyar la idea de regresar antes de que sean las seis de la tarde de ese día sábado.

Damos comienzo a la faena de pesca. Se vacía el maletín que contiene los carretes de pesca, ya elaborados. "Trino" recomienda usar nylon de 60 milímetros y dos plomos, además de un anzuelo pata larga, con guaya, para los bagres. Sólo hay dos carretes que reúnen esas condiciones, por lo que nos disponemos a elaborar otros más. También recomienda que se use carnada viva, que pueden ser sardinitas o lombrices enteras. Así lo hacemos

y al poco rato comienzan los éxitos. "Elí José", mi hijo mayor, ajila un bagre rayado, de los cabezones, que llaman "tumame". Le calcula un peso de un kilogramo, por lo que pregunta si lo devuelve al agua, por lo pequeño y "Trino" le responde que ese ya es comestible. Así que lo mete en un saco de hueguitos y luego, al agua. "Cabeto", mi otro hijo, está usando un nylon de 40 milímetros, con un plomo pequeño y no logra pescar nada, lo que demuestra que para ríos profundos y de mucho caudal se deben usar dos plomos grandes, eso si, corredizos y una guaya o entorchado, antes del anzuelo. Acepta cambiar de carrete y pronto ve los resultados. Logra una captura impresionante. Una sierracuca de unos tres kilogramos, de las que tienen la boca como una ventosa, orientada hacia abajo, con largos bigotes. Su color predominante es el marrón, que contrasta con su vientre blanquecino y una coraza, de color anaranjado, formada por placas de origen ectodérmico, que le dan protección contra los depredadores. De repente, "Trino" decide entrar al agua para pescar cerca de una chorrera que genera la corriente cuando choca con una carama que está a unos veinte metros de la orilla. Él camina con mucho cuidado y se detiene a unos tres metros de la orilla, donde el agua le llega al pecho. Luego comienza a lanzar su carnada hacia la chorrera. El caudal del río tiene tal fuerza que juega con el anzuelo y en menos de un minuto lo envía hacia un remanso que está a la izquierda de "Trino", cerca de una pequeña playa de arena. Recoge el nylon y lo vuelve a lanzar, repitiendo esta acción una y otra vez. Se nota que no está usando plomo, sólo el anzuelo y la carnada, que es un camarón muerto. Su intención es pescar a flor de agua, a ver si logra atrapar alguna de las cachamas que van en la ribazón. Por experiencia sabe que los peces de escama cazan, mayormente, a flor de agua y a favor de la corriente. A esta técnica, él la llama "Bolineado". Se ve que es agotadora, por la cantidad de lances que hace y por que tiene que estar dentro del agua, pero asegura que así es más efectivo el lance. En una de esas, logra enganchar un pez. Comienza la lucha. Por ratos le da sedal y luego se lo quita. Camina río abajo, sin alejarse de la orilla. Logra recoger casi todo el sedal, presumiendo que está ganando la pelea, pero no es así. De pronto, el animal salta en el agua, dejando ver su hermoso cuerpo, con destellos iridiscentes. Es una gran cachama, del tipo morocoto. Debe tener más de cuatro kilogramos. Aun la tiene al final del sedal. El animal comienza a dar señales de cansancio. Por momentos se deja llevar por la corriente y luego reacciona, tirando con fuerza rió arriba. Así transcurren unos minutos, hasta que es llevada hacia la orilla. Ya no tiene fuerzas para pelear. "Cabeto" le entrega la malla circular y "Trino" logra sostener la cachama dentro de ésta. Luego se dirige a la orilla y le recibimos la malla con el pescado en su interior. "Elí José" exalta la habilidad y arrojo de "Trino", a lo que éste responde que recibió gran ayuda del nylon. Es un Perlone blanco, de 50 milímetros. Este es un nylon responsable. En ese momento pasan a la orilla del río tres pescadores que andan buscando un buen pesquero, entre quienes va un compadre de "trino" apodado "el gringo". Éste le refiere que río arriba habían pescado unas palometas grandes y que cree que el resto del cardumen ya debe ir bajando hacia donde nosotros estamos ubicados. Rápidamente, "Trino" cambia de anzuelo. Ahora usa un nylon Perlone, de 30 milímetros, un pequeño anzuelo, del tipo pata larga y sin ningún plomo. Como carnada está usando bolitas de masa cruda, hechas de harina de maíz. Este es el tipo de pesca que más le agrada. Comienzan a ajilar las palometas y en breve tiempo tiene más de 10 animales capturados. "Olegaria" y "Betzaida" se ponen a trabajar. Ya tienen un fogón encendido y en la olla, el agua hirviendo, junto con las verduras. Quitan las escamas y las vísceras a las palometas con gran habilidad. Luego las relajan, para cortar las numerosas espinas. Verifican que el agua tenga buen aliño y la verdura esté blandita. Luego introducen seis palometas enteras en el recipiente. Después de unos diez minutos, ya está lista la comida. Es una exquisitez: Sopa de Palometa. Es una novedad para nosotros.

A medida que disfrutábamos de aquella sabrosa comida al aire libre, observamos unas veinte botellas plásticas, de refrescos, de unos dos litros, que flotaban en el río llevadas por la corriente. Contienen un poco de agua y la tapa colocada en su sitio. A medida que bajan por el río, son seguidas, a unos cien metros de distancia, por dos pescadores que viajan en un bote de hule, de color anaranjado. El referido bote tiene un motor fuera de borda, que llevan apagado y la corriente los arrastra como si persiguieran las botellas. De repente, una de las botellas de refresco se hunde bajo el agua y al momento reaparece en la superficie. El lanchero enciende el motor, la alcanza y la saca del agua. Quedamos impresionados al ver una cachama grande, que pende de un pedazo de nylon, de unos 150 centímetros. Arroja el pescado al bote y le da el golpe de gracia, luego coloca una nueva carnada al anzuelo, lanza la botella al aqua y se regresa unos cien metros,

río arriba, para después apagar el motor. La corriente continúa con su afán de llevarlos detrás de las botellas. "Trino" nos explica que este tipo de pesca sólo se puede hacer cuando el río está muy alto y caudaloso. Son las tres de la tarde y debemos seguir pescando. La jornada transcurre de manera muy satisfactoria y provechosa para todos. La cava mediana está casi llena. Debemos emprender el regreso a la hora acordada y así lo hacemos. Ya en casa de "Trino" enyelamos el pescado y evaluamos la faena de la tarde. En amena conversación mientras degustábamos la cena, recordamos que "Trino" y su familia tienen compromisos religiosos durante el día domingo, por lo que no pueden acompañarnos a pescar. Ante esta eventualidad, nos proponen que dispensemos una visita a su hermano "Nieves" para ver si quiere acompañarnos a pescar, durante la mañana siguiente. Aceptamos su propuesta y al concluir la cena, partimos con todo nuestro equipaje hacia la finca de "Nieves", que dista unos tres kilómetros de la casa de "Trino", en dirección al Caño Colorado.

"Nieves" es un hombre de unos 57 años, alto, delgado, de tez blanca pero curtido por el ardiente sol llanero. Tiene fama de jugador de bolas criollas, dados, gallos y cualquier otro juego que le permita libar unas frías cervezas, para apaciquar el inclemente calor. Su finca tiene unas sesenta hectáreas, la cual heredó de su padre y en ella cultiva maíz, cambur, plátano, frijol, algodón, tabaco y yuca, entre otros, dependiendo de la estación del año y de su disponibilidad económica. La casa de la finca es una antigua estructura que combina techos de zinc, pisos de cemento y paredes hechas con tablones de samán. Anexo a ésta, existe un caney de palma, donde está la cocina, además de las hamacas, usadas para descansar durante el día. En los alrededores están los corrales de las gallinas y los marranos. A unos cincuenta metros de la casa está ubicada una perforación en la tierra, que le surte de agua potable. El preciado líquido es succionado por una bomba manual. En esta zona, el nivel freático es de unos seis metros y la bomba achica hasta dos pulgadas de agua, en forma continua. Las primeras tres hectáreas de la finca, cercanas a la casa, están sembradas con cambur manzano y plátanos, acompañadas por algún conuco de yuca, auyama, cilantro, cebolla de rama y caraotas. El resto de las tierras de la finca, están sembradas con maíz, que ellos llaman de invierno. Luego de esta parcela, está un bosque de galería, que bordea el cauce del caño colorado. Ese es nuestro objetivo.

Cuando llegamos a la casa de "Nieves", estaban terminando de comer, él, su esposa "Eulogia" y sus dos hijos. Al vernos llegar se sorprenden gratamente. Luego de los saludos y presentaciones, nos refieren que esa misma noche van a pescar al caño colorado y nos invitan a que los acompañemos y luego, a pernoctar en su casa de la finca. Ese era nuestro plan, por lo que aceptamos gustosos. El grupo familiar y los vecinos de "Nieves" dedican gran parte de los meses de mayo y junio para construir una estructura que denominan "Cañizo", conformada por varas de caña brava, conseguidas en las riberas del río o en el caño, las cuales amarran, muy juntas, tejiendo con ello una especie de alfombra, de unos 50 metros de largo, por unos 4 metros de ancho. Una vez confeccionado éste, lo colocan a todo lo ancho del caño colorado, a manera de una pared, que sirve para atajar a los peces y también para sentarse sobre él, a esperar, cuando están pescando con anzuelo o arpón. Ya bien entrada la estación lluviosa, el caño colorado crece, aumentando su caudal y nivel de agua, por lo que los peces adultos se dirigen a las cabeceras del caño a desovar o para escapar de las torrentosas aguas de los ríos Guanare y Boconó, situación que aprovechan los pescadores de la zona, para colocar el "Cañizo" y atajarlos. Los peces, en su afán de subir o bajar por el cauce del caño, chocan contra la estructura de caña brava, generando un golpeteo, que alerta a los pescadores, guienes con mucha habilidad los atrapan con el arpón, quiados por el ruido y el aquaje. Este arpón es una especie de lanza de mano, atada a una cuerda, que el pescador fija a un sitio firme y resistente. La punta termina en un trinchete de hierro, bien afilado, que atraviesa con facilidad la carne del pez. También amarran trampas con carnada viva, para atrapar peces cuando el sueño, el cansancio o la lluvia ya no permiten pescar, en forma segura o cómoda. Cada trampa consiste en un pedazo de madera, con los extremos moldeados en forma de "U", para que facilite enrollar unos diez metros de nylon muy grueso, entre 1.5 y 2 milímetros de diámetro, al cual se le colocan uno o dos bolas de plomo, muy grandes, de 50 a 100 gramos y un gancho o anzuelo de unas 4 pulgadas de largo por 5 milímetros de diámetro. Utilizan carnadas muy variadas, en función de las condiciones del río y el pez a capturar. Entre estas destacan los trozos de Anguilla, bocachico o tusas. También se pueden usar camarones, chupapiedras, chorroscos y cuchillas vivas.

"Francisco", uno de los hijos de "Nieves", quiere ver los anzuelos que

usaremos durante la jornada de pesca. Pronto, "Cabeto" vacía el maletín que contiene las trampas y todos comienzan a inspeccionarlos. Separan los que tiene nylon de 1 milímetro o más y nos recomiendan usar éstos, ya que el caño está botando peces grandes. Este comentario nos emociona y a la vez nos preocupa, porque la noche está muy oscura y no conocemos la zona. Quiera "Dios", que no haya contratiempos durante la jornada de pesca. Luego de seleccionados los aparejos de pesca, "Nieves" nos muestra los arpones que usarán, él y sus hijos, allá en el "Cañizo. Además, trae un balde con la carnada viva, que se colocarán como sebo en las trampas y que también usaremos en nuestros anzuelos de mano. Son cuchillas, las cuales trajo de Guanarito, donde las pescó hace más de un mes. Las conserva vivas dentro de una pipa, de 200 litros de capacidad. A veces vende estas carnadas a otros pescadores de la zona. Antes de partir rumbo al caño, nos recomiendan llevar ropa que nos proteja de la plaga, un repelente de insectos y botas de goma. Lo extraño es que ellos van vestidos sólo con un pantalón corto y en chancletas. Transcurren unos quince minutos mientras caminamos rumbo hacia el caño. La luna no ha salido aún. Son más de las diez de la noche. Las linternas rompen la oscuridad. A pesar de estar cansados por la actividad del día, la emoción que genera esta visita al caño colorado, nos estimula a seguir, con ánimo, al ritmo rápido que llevan nuestros compañeros. En el aire se siente el olor a agua y a pescados. Lo podemos sentir pero no lo vemos bien. Sólo se ve nuestro entorno cercano y lo que la luz artificial, en su recto viaje, nos ilumina. Debemos pisar con mucha seguridad. Nos dan instrucciones para que nos ubiquemos a lo largo de la orilla el caño. "Elí José" saca las carnadas, aún vivas, del balde y las sujeta a los anzuelos de las trampas. Para ello, introduce el gancho, por debajo de la aleta dorsal del animal, atraviesa la carne y así logra que el pescado se mantenga unido al anzuelo con firmeza. "Cabeto" coloca las cuchillas ya enganchadas en el agua del caño, para que no se mueran y deja el resto del nylon, aún enrollado en el trozo de madera, sobre la tierra firme. Ya hemos preparado unas diez trampas, con sus carnadas, cuando se oye un fuerte chapotear muy cerca de nosotros. Dos de las maderas de las trampas que estaban en tierra firme, cayeron al caño y a la luz de las linternas se nota que flotan en el aqua, llevadas por la corriente. De repente, cambian de rumbo y se mueven aguas arriba. Con una vara larga logro alcanzar las trampas, las arrimo hacia la orilla y los muchachos, tirados en la tierra,

logran asirlas, cuidando de no caer ellos al agua. De inmediato se nota la tensión en el nylon de ambas trampas y luego, el alboroto en el agua, como cuando los peces entablan una pelea con el pescador. Ajilaron dos peces, uno en cada trampa, sin siguiera terminar de acomodarlas. "Leodánny" sostiene una y "Elí José" la otra, mientras los alumbro con la linterna. Son peces medianos. Al llevarlos a la orilla, se observan que son dos buenas quabinas, de unos dos kilogramos, cada una. Todos coincidimos en echarlas al saco y seguir acomodando las trampas. Al cabo de una media hora ya las hemos tendido todas en el caño y asegurado el nylon, amarrándolos en troncos de árboles que están a lo largo de la orilla. Al amanecer vendremos a revisarlas. Ahora queda pendiente la pesca en el "Cañizo". Éste se parece a una gran tapiza, que está tirada a todo lo ancho del caño, afincada en el fondo del lecho acuático y sostenida arriba por varas individuales, cual si fueran "Pie de Amigos". "Nieves" ya está sentado sobre el "Cañizo" y uno de sus hijos pasó a la otra orilla del caño, para ver si puede pescar desde allí. El otro joven está comenzando a subir por el elaborado tapiz. Todos llevan sus arpones y una linterna de frente. Nos piden apagar las luces y hacer silencio. No vemos nada, pero se puede oír el golpeteo del agua, atravesando los espacios que guedan entre las cañas tejidas. De vez en cuando, se oye un golpe fuerte, que ha de ser de algún pez que trata de pasar de un lado a otro del "Cañizo". Y de inmediato se oye el ruido del arpón que entra al aqua. Luego lo recogen y se preparan de nuevo, para atacar al próximo animal que anuncie su presencia en esa parte del caño. Nosotros nos dedicamos a pescar con carretes de mano, usando nylon de 1 milímetro y plomo grande. Probamos con camarones muertos y sólo ajilan chorroscos, pero de buen tamaño y más de medio kilogramo de peso. Así transcurren más de tres horas. Ya es de madrugada. El cansancio gana la pelea por lo que decidimos retornar a la casa de "Nieves". Antes de partir, revisamos las trampas y comprobamos que todas tienen la carnada intacta y aún viva. "Nieves" y sus hijos terminaron la pesca sobre el "Cañizo". Nos impresionó gratamente ver las capturas que hicieron: Tres bagres rayados, de buen tamaño Un bagre negro de unos tres kilogramos y una sierracuca de más de cuatro kilogramos. Representan más de 26 kilogramos de pescado, de cuero. A esto se suman los chorroscos y quabinas que traemos en el saco. Otros nueve kilogramos de pescado. Valió la pena el esfuerzo hecho en esta iornada de pesca. Los perros que están en la casa de "Nieves" rompen el silencio, cuando oyen llegar al grupo. "Deibis", hermano de "Francisco", quien trabaja de matarife en Sabaneta de Barinas, se encarga de componer todo el pescado. Acordamos un precio por los animales que ellos capturaron y todo se acomoda en la cava grande. Luego nos dedicamos a guindar las hamacas y sin bañarnos, intentamos dormir unas pocas horas. Pronto va a amanecer.



Esta es la camioneta Hi Lux que nos sirve de medio de transporte. También sirvió para colgar las hamacas en la casa de la finca de "Nieves"

Una claridad creciente nos va despertando, sin mucho apuro. Parece que se nos ha olvidado que hay que revisar las trampas que están tendidas en el caño colorado. Hay una brisa fría que nos invita a seguir durmiendo, pero la casa está inmersa en una algarabía. Chivos, perros, puercos, loros, pájaros multicolores y hasta nuestro amigo "Nieves", contribuyen a que despertemos. Son las seis de la mañana y en el caño hay mucho "mapurite comecarnada". También las babas, acostumbran a atacar a los peces que caen en trampas, si no se recogen temprano, en la mañana. Sin siquiera asearnos ni recoger las hamacas, partimos hacia el caño. La luz del sol nos permite ver bien el camino y ahora si podemos apreciar el pesquero, en toda su extensión. Lo que más destaca es el bosque de galería, que nos indica la presencia de un curso de agua. A todo lo largo de este bosque se encuentra una cerca de alambre de púas y estantillos de concreto. Su presencia allí garantiza que el ganado vacuno no ingrese a los cultivos aledaños, además de marcar el lindero entre fincas vecinas. Luego está el caño, cuyas aguas son

de color amarillento, por la gran cantidad de sedimentos y nutrientes que arrastra. Se percibe un fuerte olor a pescado y a vegetales descompuestos. Dentro del caño existe un gran número de árboles, vivos y muertos, lo que nos recuerda la capacidad que tiene el agua de recuperar su cauce original. El caño tiene una profundidad variable, desde la orilla hasta el centro, que va desde uno hasta tres metros. Actualmente el caudal es muy fuerte, pero cuando llega el verano la corriente es casi imperceptible. La orilla no tiene playas y en toda la extensión predominan las barrancas, de talud brusco. Aquí juega un papel fundamental el "Cañizo", que al ser colocado a todo lo ancho del caño permite a los pescadores atravesar de orilla a orilla y sentarse a esperar a que los peces anuncien su presencia. Es necesario recordar donde están ubicadas las trampas que se tendieron la noche anterior. Comienza la búsqueda y revisión de cada una. "Elí José" revisa las tres primeras y no tienen nada, ni siguiera la carnada. Luego, procede a recogerlas y las guarda en el maletín. "Cabeto" revisa la cuarta trampa y nota que el nylon está tenso. En cuanto trata de jalarlo se oye un fuerte estruendo en el agua y el material es llevado contra la corriente. ¡Aquí hay un pez enganchado! grita con mucha fuerza. Él no logra controlar al animal, pero sostiene la trampa, con firmeza. "Nieves" acude a ayudarlo, le guita el pedazo de madera donde está arroyado el nylon y tranquiliza al muchacho, diciéndole que no se preocupe. Este es un nylon responsable, ya el peje está cogido. "Cabeto" prepara la malla circular para asegurar la captura, pero "Nieves" no le da oportunidad. En cuanto el pez asoma la cabeza a la orilla de la barranca, le propina un noble toletazo, que lo deja aturdido e inmóvil, convirtiéndolo en un pescado. La cabeza es enorme, quizás de unos treinta centímetros y los colores del animal son extravagantes. Es un cajaro cola roja. Debe tener más de ocho kilogramos. Una vez asegurada la captura de este pez, lo metimos al saco y seguimos con la revisión de las trampas restantes. No se logró capturar ningún otro pez, así que recogimos las trampas y nos regresamos.

Por todo el camino, desde el caño hasta la casa de la finca, "Cabeto" no paraba de hablar, desbordado de alegría, recordando y ponderando el templón que le dio el cajaro al nylon y nos hizo esta pregunta:

¿Si después de tanto tiempo de enganchado aún tenía fuerzas para jalar, como fue el primer templón cuando recién agarraba la carnada? ¡De seguro me tira para el caño!

Luego, vinieron las fotos, antes de que "Deibis" lo destripara y después a la cava



Aquí observamos a "Cabeto" cuando se disponía a cortar en ruedas el cajaro que logró pescar en el caño colorado, con la ayuda de "Nieves" y del "Cañizo". La cena estuvo exquisita.

Comenzó el proceso de recoger nuestros enseres y preparamos el retorno al caserío Peña Blanca a dejar a "Rafa" y a su hijo "Leodánny". Luego volvimos a Barquisimeto, para contar esta experiencia, que será inolvidable, sobre todo por lo que vivimos en el Caño Colorado, allá junto al "Cañizo" de "Nieves".

05-07-2010

## LA MUJERCITA

Pocos destellos quedaban ya del amor que por más de veinte años había unido a la pareja formada por Wilfredo y Amanda. Ellos no entendían lo que estaba sucediendo, pero su triste realidad les dejaba en claro esa situación. La única forma de entender lo que les acontecía era retrotraer toda su vida, desde el momento mismo en que llegaron a este mundo. Muchas veces los agravios acaban con la llama del amor entre parejas. A veces ocurre que uno de sus miembros es capaz de perdonar y no recordar lo que le han hecho. En cambio, el otro vive rencoroso, recordando siempre la afrenta sufrida, no perdona y destruye con su odio todo lo que tiene cerca. No tienen en cuenta que lo que digan, hagan o dejen de hacer, los afectará en forma directa y decisiva.

Amanda era una joven como muchas otras. Llegó a este mundo en medio de una sociedad con patrones de conducta muy precisos. Su arraigo en la vida del campo no le daba muchas opciones. Sus padres, de origen campesino, muy humildes y trabajadores, habían convivido en unión concubinaria durante más de treinta años. De esa unión llegaron al mundo tres niñas, que eran la adoración de la señora Dorila, su mamá. Y a pesar de que el señor Andrés también las quería mucho, se la pasaba en constante reclamo a su consorte por no darle un hijo varón. Su ignorancia del hecho biológico de la fecundación le impedía comprender que era él y no ella, el responsable del sexo de cada una de sus hijas, a tal punto que nunca engendraría un hijo varón.

Las tres niñas fueron creciendo fuertes y sanas. Amanda, la segunda de ellas, no era muy agraciada físicamente, pero despuntaba como la más hacendosa de todas. Esto quizás le venía de su madre, que supo unir muy bien éste atributo con la sumisión, que caracteriza a la mujer campesina venezolana. En cambio, sus otras dos hermanas, antes de los doce años de edad, ya se mostraban con hermosas dotes físicas, dejando ver, a las claras, que serían mujeres de una envidiable belleza.

Las amistades del círculo familiar eran muy escasas. Viviendo en Cumaca era muy difícil tener esos ansiados amigos, porque ni siquiera tenían vecinos y los familiares de papá y mamá ya habían emigrado a otros lares, más poblados y cercanos a la civilización. Así que Andrés, Dorila, Amanda y sus dos hermanas vivían prácticamente en soledad, en aquella enorme montaña,

de terreno fértil, clima muy frío y carente de fuentes de agua, con la sola excepción de la guebrada de Cumaca, que durante casi todo el año poseía un límpido pero muy débil hilo de agua. Para ellos la civilización comenzaba a unos cinco kilómetros, montaña abajo, en el caserío Los Cochinos o en Bobare y de allí, a toda Venezuela. Impresiona ver la tenacidad de algunas personas para afianzarse y de la nada, hacen su vida y logran levantar una familia. Este era el caso de Andrés, a quien la suerte no le había deparado grandes cosas. Sus padres no pudieron darle una educación formal que le sirviera para subsistir. Sólo le enseñaron el oficio de cultivador de Cocuiza o sisal, junto al de criador de ovejas y chivos. Quiso el destino que su mamá muriera cuando él sólo tenía 11 años, llenando de tristeza su, ya difícil, infancia, dedicada más de las veces al oficio agrícola que a los juegos de niños. Así se fue curtiendo junto a su padre, que lo consideraba más como obrero que como su hijo. La tragedia no estaba muy lejos para él. En una ocasión, dedicados ambos a la tarea agrícola, una víbora de cascabel clavó sus colmillos en la pierna del papá de Andrés, truncando con eso todas las aspiraciones y sueños de aquel joven que con escasos 17 años, quedaba solo en el mundo, huérfano de padre y madre y para colmar aún más su existencia, con deudas que lo obligaron a vender su humilde casa y los veinte chivos que tenía, para así honrar la palabra empeñada por su progenitor. Pronto quedó a la deriva, sin un sitio fijo para sobrevivir. Fue junto a un camionero de los que trasladan la cocuiza, que pudo ver alguna luz de lo que era ese otro mundo, que para él había estado vedado hasta entonces. Dedicaban más de tres días de la semana en recoger la cocuiza, tanto en forma de sacos, mecates o pacas de la fibra textil y cuando ya el camión estaba cargado, se iban a Barquisimeto, que representaba la zona más cercana donde se podían conseguir compradores para ese producto, a un precio razonable. Venezuela estaba inmersa en la cola de la recesión que trajo la segunda guerra mundial. Eran los últimos años de la década de los cuarenta y la pobreza y el atraso del país eran notorios. La plata era muy cara y difícil de ganar. Ser ayudante de aquel chofer y recolector de cocuiza, a bordo de su camión Ford F100 4x4, sólo le asegura la subsistencia básica, comida y un sitio para dormir. Cada semana, después de la venta del textil, el camionero le daba dos bolívares, de plata buena, como salario. Así fue transcurriendo la juventud de Andrés. En cierta ocasión, mientras recogían pacas y sacos en el caserío Los Cochinos, entabló una conversación con

otros caleteros, quienes ponderaban lo fértil de la montaña de Cumaca, especialmente para café y conucos y lo sano que era esa zona para criar chivos y ovejos.

Uno de ellos le decía: ---Esa montaña virgen espera por alguien valiente, que sea capaz de dominarla y convertirla en fuente de rigueza---.

Otro de ellos también comentaba: ---No tiene dueños, excepto por los espíritus y los animales del monte.

Esto era suficiente para atajar a cualquiera, pero no a Andrés, quien comenzó a ver en su mente la idea de ser pionero en esa montaña y así dar al traste con su mala suerte, que lo había acompañado desde niño. Esta situación le daba más ánimo para seguir de ayudante del camionero, con lo cual aseguraba el sustento y si no malgastaba los dos bolívares semanales, podría conseguir algún ahorro que le diera la base para emprender su ubicación en Cumaca. Andrés tenía veinticinco años cuando decidió subir a la montaña, tan sólo con un machete bien amolado, una liviana hamaca de hilo, una fonda, un paquete de sal, fósforos, un anafre pequeño y una ollita de barro, dentro de su murrial. Era muy temprano, en la mañana. La neblina del cerro aún no comenzaba a disiparse. No existía un camino definido, pero si los senderos que van haciendo los animales que habitan en la zona baja, en su empeño por rumiar estos montes. Lento pero seguro, fue subiendo por esos senderos, marcando cada vericueto del camino con su machete, para así poder encontrar la ruta de retorno. En el primer viaje, de reconocimiento, permaneció durante dos semanas en la zona, comiendo frutos de cotoperís, paují, mamón, semerucos, datos, lefarias y comojones, entre otros. Además, pudo cazar y comer palomas tijúas, turcas, carboneras, ponchas y también conejos. No fue fácil ese tiempo. Sólo pudo limpiar un terreno de unos trescientos metros cuadrados, donde pensaba construir su casa. Éste quedaba cerca del cauce de la quebrada de Cumaca, que le proporcionaría el vital líquido para los quehaceres diarios y apaciquar su sed.



Así se observa actualmente el lecho de la quebrada de Cumaca, en plena estación seca.

Había comenzado a acumular madera para la estructura de la casa. Cuando regresó a Los Cochinos todos lo notaron jipato y flacuchento. Pronto se enteraron de su plan y algunos lo alentaron a seguir adelante pero la mayoría lo desanimaba, alegando que era un peligro para su vida---te va a tragar la montaña---le decían. Pero Andrés ya estaba decidido. Nada podía ser peor a lo que ya estaba viviendo en su vida real.

Para inicios de la década de 1950 las manadas de burros silvestres recorrían las playas de Charco Largo, lo difícil era atrapar unos buenos ejemplares y domesticarlos. Andrés vio esta circunstancia como una opción para resolver, en parte, el problema del transporte de materiales y enseres a la montaña. Pidió ayuda a su amigo Ricardo Pineda, quien era diestro en el manejo de arreos de mulas y burros, quien lo asesoró gustosamente. Pronto logró atrapar dos buenos ejemplares, hembra y macho, de color gris claro, con una gran franja marrón, que les atravesaba el lomo. Comenzó la faena de domarlos y luego los fue adiestrando, hasta acostumbrarlos a llevar la jamuga y el tereque. En cierta ocasión, visitó la finca de Arístides Lugo, dueño del camión donde servía de ayudante, allá en la montaña de Agua Dulce y pudo apreciar lo bello de las plantaciones de café. Se animó a comprar unos dos kilogramos del aromático grano, sin despulpar, para

preparar un semillero y así hacer una prueba de siembra del cafeto, en las tierras altas de Cumaca.

Ya habían transcurrido seis meses del año 1951, cuando subió de nuevo a la montaña, esta vez con más pertrechos y mejor equipado, con la ayuda de sus dos flamantes burros. Durante el primer mes logró levantar un rancho de dos habitaciones, que serían su vivienda base, desde donde emprendería la exploración total de la zona. Con la asesoría de Francisco Camacaro, un amigo del caserío Uvedal, había confeccionado tres chopos, de unos treinta centímetros, que colocados apropiadamente, le permitirían cazar lapas, venados y báquiros, sin necesidad de estar presente en el sitio, ya que estos dispositivos se arman como trampas, unidos a la ceba que se le deja al animal en el monte. La carga usada era de pólvora, plomo y taco, que bien apretados en la pequeña recámara, eran mortales para las presas. Dedicaba varias horas de cada día a hacer una perforación de metro y medio de ancho, en la tierra, profundizando cada vez más, para tratar de encontrar una vena de agua, que le sirviera de pozo artesanal. Cuando ya había escavado unos diez metros, dio con el ojo de agua, la cual fluyó con rapidez, bañando con ello sus deseos de subsistir en aquel solitario lugar. La juventud y las habilidades naturales de Andrés, unidas a su desesperación por superar su mala racha infantil y adolescente, ya estaban dando resultados. Logró plantar conucos de maíz, caraota, auyama, yuca y el semillero de café ya estaba germinando. Cuando el almácigo ya tenía dos cruces de hojas, fue pasando el semillero "pata lisa" de los canteros a la tierra, la cual había hoyado más de tres mil veces. Él no tenía horario de trabajo. Esa era su distracción. De vez en cuando se oía el disparo de uno de los chopos, lo que le traía más satisfacción. Enormes venados y apetitosas lapas y báquiros desfilaban por su mesa. Lo que no consumía era conservado en salazón. Al principio, la lluvia era un fastidio, que se agudizaba con el inclemente frío, pero supo soportarla y darle el mejor uso. Hizo pequeños canales de riego, tanto en sus conucos como en la plantación de café. Los resultados fueron óptimos. Parecía tener el favor de Dios o de sus vecinos, los espíritus del monte. Abajo, en lo que se consideraba la civilización, no extrañaban mucho a Andrés. Sabían que había emprendido una aventura y que pronto bajaría, más jipato y flacuchento. Con las tablas en la cabeza. Pero él tenía otros planes.

En cierta ocasión, cuando bajaba de la montaña pudo observar que en la

parte más baja de la zona, se había instalado una familia. Era una pareja de adultos y dos jóvenes, que eran sus hijos. Del hijo varón no tuvo muchas referencias, porque era muy arisco, pero con la muchacha si pudo hablar, de pasadita solamente. Su nombre era Dorila y se mostraba franca y muy diligente. Le ofreció agua, que aceptó con gusto. Extrañados, los padres de Dorila le preguntaron:

\_\_\_\_ ¿De dónde viene por ahí?

----- Estoy fundando una plantación en lo alto de la montaña de Cumaca. Ya tengo más de un año trabajando por esos montes, les dijo.

\_\_\_\_ ¿Y anda solo por esas montañas?

----Así es, claro, con mis burros, con Dios y con Santa María. Luego les pregunto:

¿Cuándo construyeron este rancho?

\_\_\_\_Ya tenemos unos tres meses en este sitio, probando suerte.



Así se ve hoy el rancho de Dorila, en la zona baja de Cumaca. Solitario y abandonado.

Andrés se despidió y siguió su rumbo hacia el caserío Los Cochinos. A lo lejos, pudo observar que había más de un camión aparcado en el recogedero de sacos y pacas de cocuiza. Ya no sólo era el camión de estacas de Arístides Lugo, donde trabajó como ayudante, sino también un camión de casillas, de colores muy vivos. Se preguntó: ¿Quién será el dueño de ese raro camión? Los coletazos del progreso habían traído al caserío Charco Largo un camión Ford, año 1950, adaptado a transporte de personas y mercaderías. Su piso era de madera pulida y tenía dos grandes banquetas a los lados, donde se sentaba la gente. El techo y toda la carrocería eran de tubo, forrado en lona. Los marcos de las ventanas eran de madera. Toda una novedad por aquí. Además de las personas, viajaban puercos, gallinas, chivos y ovejos, junto a las pacas y sacos de cocuiza, que eran trasladados a Barquisimeto, no sin antes recorrer todos los caseríos desde Bobare hasta Los Cochinos. El pasaje costaba un bolívar, sin distinguir si era una persona, animal o paca de cocuiza. Este raro camión era de Alfonso Figueroa, hacendado de la zona, a quien la fortuna le sonreía. Andrés rememoró la época cuando fue ayudante, a bordo del camión de Lugo y se tornaba melancólico, pero algo en su interior le decía que su futuro estaba en Cumaca. Sobre el lomo de sus burros, traía algunos de los productos que había logrado cosechar, con la intención de venderlos. Pronto hizo negocios con Adelmiro, el bodeguero y le dejó toda la mercancía. El precio total por aquellas lechosas, mazorcas de maíz y carne seca de venado y báquiro, fue de 80 bolívares. Para él, esto era una fortuna y su primera cosecha en la vida. Compró algunos pertrechos como sal, fósforos, café en polvo, azúcar, clavos, otro machete, manteca, una olla de aluminio y una pimpina grande para almacenar el agua. Emprendió su viaje a la montaña durante las primeras horas de la tarde, para asegurarse que no lo agarrara la noche en el camino. Por esas cosas del destino, cuando comenzaba a subir el cerro se desprendió un palo de agua, con tormentas eléctricas, a tal punto, que le costaba caminar y uno de sus burros se barajustó y tumbó la carga. El confiscado animal se paró a escampar bajo un gran cotoperís que estaba frente al rancho de Dorila. Hasta allí llegó Andrés todo mojado y con la carga recogida y montada sobre la burra. Los padres de la joven lo vieron y salieron a ayudarlo. Después de algún tiempo de bregar con la carga y los burros, todo estuvo arreglado, pero a pesar de

haber escampado, ya estaba oscureciendo. Los viejos le ofrecieron posada y Andrés aceptó aquella hospitalidad. Al día siguiente, muy temprano, el joven partía hacia Cumaca, sin saber que atrás había dejado un corazón roto y la que sería su base de operaciones de mercadeo de sus productos, con la civilización. Esta vez también lo acompañaba un cachorro de unos seis meses. Era un perro barcino, hijo de "Valiente", afamado perro cazador, de la cuerda de los Pineda, del caserío Charco Largo. Aún no era el medio día cuando llegaron a la casa de la montaña. Todo estaba igual a como lo había dejado. La novedad eran los pertrechos y el perro. Andrés comenzó su rutina diaria de hacer su comida y luego salir al corte a trabajar. Esta vez se sentía más motivado, pero no sabía la razón. Ya finalizando la tarde, decidió regresar a su rancho. Al llegar a éste, notó algo muy raro cerca del pozo de agua. La tapa de zinc que lo protegía estaba corrida, como si alguien lo hubiera estado inspeccionando. Dejó pasar aquel evento y a la luz de su lámpara de kerosén, se dispuso a acomodar las provisiones y materiales que había comprado en el caserío. Los burros estaban inquietos, dentro del corral que les había construido. Pronto llegó la noche y el cansancio hizo el resto. Andrés dormía plácidamente en su catre, cuando lo despertó el alboroto de los burros. Se asomó y pudo ver el cortejo nupcial de estos animales. El macho, con su enorme miembro viril, se daba golpes de pecho. Luego rebuznaba y saltaba sobre la hembra, que atajada por su encierro dentro del corral, lo recibía, no muy gustosa, dándole patadas y mordiscos, para tolerarlo, finalmente, en una cópula brusca y rápida. Andrés, que nunca había dedicado tiempo para pensar en mujeres, ahora evocaba a Dorila, por culpa de esos burros mojinos. Trató de dormir, pero no era fácil dejar la mente en blanco. Tendría que trabajar más duro, para que el cansancio extremo le permitiera conciliar el sueño. Así lo hizo y en los días sucesivos pudo dormir bien. Transcurrieron unos tres meses y logró recolectar una cosecha de caraotas y acumuló carne seca de venado y báquiro, por lo decidió bajar a venderlas. Cuando ya finalizaba su travesía por la montaña, divisó el rancho de Dorila y observó que el viejo Pino salía a recibirlo. Le extrañó esa actitud del padre de la joven mujer, sobre todo, porque él no llevaba intenciones de detenerse en ese sitio. Quería bajar directamente al caserío Los Cochinos, para negociar sus productos, comprar otros y regresar temprano a Cumaca. Sin embargo, se detuvo frente al humilde rancho y saludó con amabilidad:

- Buenos días, buen hombre, le dijo a Pino.
- \_ Éste, muy risueño y atento, le respondió proponiéndole que entrara a tomarse un quayoyo.

Así lo hizo Andrés, amarrando sus burros en un horcón que estaba al extremo derecho del rancho. El cachorro no quiso quedarse afuera.

- \_Bienvenido, le dijo Dorila, quien pronto le sirvió el café. Cruzaron rápidas miradas y luego entablaron una breve conversación. Ésta no duró mucho, porque el viejo Pino intervino para hacerle una propuesta:
- \_Amigo Andrés, me gustaría facilitar la venta de sus productos y garantizarle más dinero por ellos.
- Y ¿cómo podría usted hacer eso?, preguntó Andrés.

\_ Vendiéndolos al detal o guardándolos hasta que tengan mejor precio. La primera vez tiene que confiar en mí, para iniciar el negocio. Una vez que esto arranque, gana usted en tiempo y en dinero. Y algo nos quedará a nosotros por intermediar en las ventas. Pero es necesaria su confianza. Tengo facilidad de palabra y conozco a todos los bodegueros y vecinos. Sólo me falta capital, respondió Pino.

Andrés sonrió y se tornó un poco nervioso, pero luego entendió que la propuesta del viejo Pino no era tan mala:

- Me serviría de intermediario mientras yo trabajo en la montaña y no tendría que vender tan barato por el apuro de regresar a Cumaca. Además, sería una buena forma de estar más acompañado. Pensó en su soledad y en Dorila.

Luego le pidió a Pino que le explicara más detalles de su propuesta. En medio de esa conversa llegó la hora de almorzar y sugirió que prepararan un poco de carne de báquiro, de la que traía en su carga. La señora Petra ya había cocinado las caraotas y un poco de pasta, arepas de maíz y jugo de parchita. Andrés elogió la sazón de la comida hecha por la mamá de Dorila y en son de broma preguntó si la hija cocinaba también como la madre. Ambos padres se desvivieron en alabanzas para la hija. Luego hubo risas. Terminado el almuerzo, comenzaron a almacenar las mercaderías en una de las habitaciones del rancho, cuidando los detalles para evitar su deterioro. Luego, Andrés y Pino se trasladaron hasta el caserío Los Cochinos y dieron inicio a un evento que se repetiría muchas veces en el

futuro cercano. Averiguar los precios, ofertar los productos, trasladarlos a los lugares, captar nuevos compradores y vender, al detal, en el rancho. En poco tiempo, Andrés comenzó a ver la mejoría en sus negocios y con él, la familia de Dorila. Unido a esto se había iniciado una relación muy cercana entre ambos jóvenes, que en breve tiempo se transformaría en una unión concubinaria.

Luego de unos seis meses de relación comercial y amistosa entre Andrés y la familia de Dorila, ocurrió la primera visita de éstos a Cumaca, para conocer los sitios donde el futuro yerno producía sus mercaderías y el lugar donde vivía. Él ya había construido el corral de los chivos y los ovejos, en un terreno adyacente a la casa, el cual tenía una pendiente de unos 45 grados, muy conveniente para que el excremento de los animales, tanto heces como orina, corriera hacia abajo, manteniendo limpia el área donde duermen, a la vez que se va acumulando todo ese material en una especie de pudridero, que luego sería utilizado como abono. En el otro corral, el de los burros, ahora había también un hermoso pollino. Al momento de nacer este animalito, Andrés lo levantó y ofrendó a la naturaleza y a los espíritus del monte, por haber sido el primer animal que en sus predios le nacía. Además, prometió que éste nunca bajaría de la montaña y no lo dedicaría al trabajo.

En los meses sucesivos se acrecentó la unión entre el joven agricultor y la familia de Dorila. Ya Andrés tenía 29 años y estaba terminando lo que él creía que sería su casa familiar. Ésta consistía en dos habitaciones nuevas, que le había anexado al rancho inicial, junto a otro espacio destinado a la cocina, que era un fogón sobre un cimiento, con capacidad para tres ollas, la parrillera y abajo, sobre el piso de tierra, el espacio para almacenar la leña. Casi todo el techo era de hacho, de cardón y hojas de palma, exceptuando la cocina, cuyo techo era de láminas de zinc, las cuales había llevado con mucha dificultad sobre sus burros, a tal punto, que esa fue la única carga que pudo trasladar en esa ocasión. Este techo le permitía recoger "agua de lluvia", la cual corría por el zinc y caía en una pipa que había colocado a más de un metro, sobre el nivel del suelo, afianzada sobre una estructura de madera. La fuerza de gravedad le permitía llevar el agua contenida en la pipa, a través de una manguera plástica, hasta la cocina, para facilitar las labores de fregado y preparación de los alimentos. Su cama estaba hecha con madera de vera, que cruzó y ajustó con muecas muy precisas en los cortes, que al juntarse le daban firmeza al colchón. Éste último lo pudo subir a su casa, gracias a la pericia de sus burros, que lo fueron arrastrando, montado sobre un catre de palos y bejucos. Ahora sólo faltaba vencer el temor que el joven ermitaño tenía hacia las mujeres. Su virginidad era más que evidente. Su nerviosismo al acercarse a Dorila dejaba en claro que le costaría mucho pedirle que se fuera a vivir con él, allá en Cumaca.

Corrían los años finales de la década del 1950 y aun el progreso era esquivo para los distintos caseríos del campo venezolano. Mientras en las grandes ciudades del mundo se vivían acontecimientos de trascendencia para la humanidad, tales como el establecimiento de la molécula del ADN como unidad fundamental de herencia, o la férrea competencia entre los nuevos automóviles Ford y las motocicletas Harley Davison, o el encumbramiento de cantantes que dejarían huellas tales como Elvis Presley o Carlos Gardel, en los caseríos del estado Lara y en todo el campo venezolano se seguía viviendo inmersos en un terrible e ignominioso atraso. Es un hecho común ver a nuestros campesinos morir aun muy jóvenes, por falta de una apropiada alimentación o atención médica. Y más común aún, verlos vivir en una terrible miseria que desestima su dignidad humana y los entierra en lo más bajo del escalafón de calidad de vida. Pareciera que el campesino se animalizó, en lugar de humanizarse. Hasta en las cosas más simples se observa esa triste realidad. De hecho, es común que defeguen y orinen en el monte, privándose de la higiene y seguridad que brindan el agua y las salas sanitarias, para sólo resaltar un aspecto. Andrés no era muy versado en las comodidades de la buena vida, pero si tuvo la oportunidad de ver algunas salas de baño, durante sus viajes a Barquisimeto. Esto lo motivó a buscar ayuda en su amigo Samuel, uno de los primeros albañiles de Charco Largo. Lo convenció para que subiera con él a Cumaca y allí permaneció un tiempo, mientras le construía un pozo séptico, a manera de consumidero, que rellenaron con grandes piedras y luego lo taparon en la superficie con un emparrillado de hierro, vaciado en una mezcla de arcilla, arena y agua. Esto formó una tapa eficiente, que podía ser removida a voluntad. Además, diseñó unos sedimentadores, previos al consumidero, que se comunicaban entre sí y con un cuarto que destinó para el baño. Allí podían ducharse y dar uso a una rudimentaria poceta, hecha de arcilla, moldeada en el sitio exacto donde se usaría, cuya resistencia venía dada por haberle agregado almidón y algo de cemento, traído desde Barquisimeto. Como tuberías de desagüe usaron grandes gualfas, que crecen en la zona, cuyo tallo hueco es apropiado a tal fin, además de muy resistente.

Así transcurrían los días en Cumaca, rudos por el trabajo agotador y apacibles por el esplendor de toda esa mágica naturaleza que los rodeaba. En ocasión de recolectar su primera cosecha de café, Andrés tuvo la sensación de que algo o alguien los observaba, mientras trabajaban, pero no lograba divisar a su observador. Al llegar al rancho, notó que habían destapado de nuevo el pozo artesanal y el pollino no estaba en el corral. De inmediato procedió a buscar al animalito por todas las áreas adyacentes a la casa, pero no pudo encontrarlo. La oscuridad de la noche lo obligó a regresar a su casa y después de comer se acostó, agotado por la faena del día. Muy temprano, en la mañana del día siguiente, emprendió la búsqueda del pollino. Tomó un sendero muy usado por los burros, en su diario deambular y pronto vio las huellas del animal. Andrés pensó que éste podía estar cerca y comenzó a silbarle, tal como lo tenía acostumbrado. No muy lejos de allí oyó a su perro Cartucho, que latía en forma insistente. Él pensó que el perro, de buen olfato, había encontrado el rastro del burrito, por lo que se dirigió a ese sitio. En efecto, el perro latía pegando el hocico sobre la huella del pollino, pero en lugar de avanzar hacía movimientos para retroceder. Andrés no entendía lo que estaba pasando, hasta que vio otras huellas al lado de las del pollino. Unos pequeños pies descalzos, como los de un niñito, estaban marcados al lado de las otras huellas. Las pudo seguir hasta el cauce de la quebrada de Cumaca. A partir de allí, ya no las pudo ver más y el Cartucho tampoco conseguía el rastro. En los días siguientes puso todo su empeño por encontrar al pollino, hasta que pasó por su mente el momento cuando lo levantó en sus brazos y lo ofrendó a la naturaleza y a los espíritus, prometiendo que nunca lo bajaría de la montaña. Andrés era un hombre recio y muy valiente. Decía que los muertos sólo asustan a quien se deja asustar, pero no a él. Sólo que esta vez no parecía tratarse del espíritu de un muerto sino de los espíritus del monte. Abandonó la búsqueda y regresó a su rancho, un poco triste pero resignado, por el inesperado destino del pollino. Como recurso final decidió preparar una cruz de palma, la colocó cerca del corral de los burros y allí hizo un pagamento a los espíritus del monte, usando como ofrenda una cajeta de chimo. Sólo les pedía que le devolvieran el animalito. Pasaron los días y no vio resultado alguno, por lo que se dijo para sus adentros: ¡Me cobraron la estadía en la montaña!

Entre el rudo trabajo y las visitas a la familia de Dorila o al caserío, se fue diluyendo este raro acontecimiento, que no se borraría de la mente de Andrés y para su disgusto, se repetiría varias veces en su vida futura.

Transcurrían los últimos meses del año 1958 cuando Andrés consideró necesario bajar al caserío a llevar sus cosechas y a resolver un asunto, que ya lo tenía muy obsesionado. Era la hora de traerse a Dorila. En la eterna pelea con su yo interior, se decía que si fuera mujer se sentiría a gusto con todas las comodidades que había en Cumaca. Las habitaciones, la cocina, el baño, los sembradíos, los chivos y ovejos eran suficientes para vivir a plenitud. Él no entendía que Dorila, acostumbrada a las limitaciones, sólo quería estar a su lado. No le preocupaban las cosas materiales. Ella era muy espiritual y él, muy materialista.

Se preparó muy temprano y se dispuso a viajar junto a sus burros cargados, algunos chivos que llevaba apersogados y el perro Cartucho. Esta vez cuidó un poco más su apariencia. Se bañó y rasuró. Llevaba ropa nueva. Sólo le faltó el pachulí. A medida que bajaba de la montaña se sentía más emocionado. No se podía explicar lo que le ocurría. De repente comenzó a analizar de manera más organizada su situación y sus expectativas:

- ¿y si Dorila no me acepta?
- -¿Será conveniente contarle lo del pollino?
- -¿Cómo reaccionarán el viejo Pino y la Sra. Petra cuando me traiga a Dorila?

En medio de su confusión se dijo: Lo mejor es llegar allá calladito y resolver lo de las cosechas. Después hablo con Dorila y luego con los viejos. ¡Y que sea lo que Dios quiera! Así pasó.

Llegó al rancho y saludó amablemente. Descargó los burros y los amarró junto con los chivos. Les puso agua y comida a todos. Luego pasó a negociar con Pino, quien le canceló las últimas ventas. Le entregó más de 500 bolívares y a la familia le quedaron casi 60. Luego pasaron a inventariar las nuevas mercaderías. Ya desocupados de esta faena, se apartó del viejo Pino y trató de ubicar a su pretendida, quien estaba en la cocina. Era difícil reunirse a solas como novios. Dorila, ansiosa por ver a su enamorado comprendió que Andrés le quería decir algo grave. Ella logró que su mamá continuara cocinando y ambos jóvenes se apartaron a un rincón. Pronto supo lo que el hombre quería. No ofrecía matrimonio, sólo la opción de vivir juntos, allá en

la montaña. Ella, enamorada y desesperada por los 28 años a cuesta, no lo pensó mucho. Le dijo que sí. Sólo que no quería irse a escondidas. Hablaron con los padres de ella y con su hermano José. Todos estuvieron de acuerdo y consideraron prudente alguna celebración, a pesar de no haber matrimonio. Pino no dejaba de buscar una justificación que le permitiera entender ¿por qué su hija no se casaría? Claro, en este campo los matrimonios no son muy frecuentes. De hecho, Petra y él no se habían casado. Luego, resignado se dijo: ¡Seguro que después se casan, al tener hijos o mejorar su situación! Ya no quería pensar más pero seguía dándole vueltas en la mente a aquel caso. Lo mejor será no presionarlos, para poder continuar con los negocios de las cosechas y mercaderías de Andrés. Así lo hizo.

Pronto todo fue alegría y sonrisas. Dorila le dijo a su mamá que se irían a la mañana siguiente para la montaña. Ante esta noticia la Sra. Petra se sintió triste pero confortada. Su hija no se quedaría para vestir santos. La celebración se dio con un excelente almuerzo: Carne seca de venado, ensalada de hortalizas crudas, yuca salcochada y jugo de piñas. Dorila, previendo que se presentara este momento, había acumulado alguna ropa nueva, comprada con las ganancias que dejaba el mercadeo de las cosechas de Andrés. Todo estaba listo para iniciar su nueva vida en la montaña de Cumaca. Sus padres le propusieron acompañarlos, pero la nueva pareja consideró riesgoso dejar la casa sola, sobre todo por las mercaderías que estaban almacenadas y los animales que estaban en el corral. Así que no hubo otra opción. Los novios se dispusieron a subir a la montaña. Dorila, que era muy católica llevaba en su maleta algunos santos y velas. Y en su cuello, colgaban dos escapularios.

Andrés y Dorila se habían entregado el uno al otro con gran amor y pasión. Pronto, ella se adaptó a la vida en su nueva casa. Todo fue fácil porque era muy conforme, hacendosa y sobretodo, muy sumisa. A tal punto, que permanecía casi todo el día en silencio, junto a Andrés. No quería estar sola, así que lo acompañaba al corte y en improvisados fogones le hacía la comida o la llevaba hecha, de la noche anterior. Por ratos le ayudaba en las tareas agrícolas. Esto funcionó hasta que empezó a sentirse mal, por un presunto embarazo. Después de tres meses de atraso en su período menstrual y su abdomen recrecido, no había dudas. Estaba preñada. Iba a tener un hijo de Andrés. Ambos esperaban que el primogénito fuera un varón, pero no fue así. Faltando pocos días para el alumbramiento, la Sra.

Petra subió a la montaña, equipada con todo lo necesario para partear a Dorila. Fue el 20 de Diciembre de 1959 cuando su primer retoño vino al mundo. Dorila, parada dentro de un hueco hecho en la tierra, que le llegaba hasta las rodillas, se sujetaba con las manos a una estructura hecha con palos de guayaba, de forma rectangular. La comadrona le ayudaba a bajar la barriga, con su preciado contenido, hasta que un grito desgarrador rompió el silencio que reinaba en aquella mística montaña. Era una hermosa niña, sana y fuerte como sus padres. Petra la aseó con rapidez, le cortó el cordón umbilical y la envolvió en una sábana limpia. Se la entregó a Andrés, quien la presentó a la naturaleza, levantándola en sus brazos. Pero esta vez no hizo ninguna oferta verbal. Luego se la entregó a Dorila, guien entre risas y besos la arrulló en sus pechos. La llamaron Marina del Carmen y en una ocasión, cuando todos bajaron a llevar una cosecha a la casa de Pino, le pusieron agua. Petra, José y Pino fueron los padrinos de agua, de plato y de vela. Todo en sus vidas transcurría en forma normal hasta que hubo otro embarazo para Dorila. Esta vez si va a ser un varón, pensaba Andrés. Pero no ocurrió así. Nació otra hermosa niña, a quien llamó Amanda Rosa. Su fecha de nacimiento fue el 30 de Enero de 1961. Siguió corriendo el reloj y tuvieron otro embarazo. El día 23 de Febrero de 1962 nació su tercera hija, su nombre era Petra María. Ya Andrés había perdido la esperanza de tener un hijo varón. Esto se convirtió en motivo de discordia, pero lo bello de las niñas y lo sumisa de Dorila hicieron que todo se apaciguara. La vida del grupo familiar transcurría entre burros, chivos, ovejos, gallinas, pavos, quacharacas caseras, puercos y hasta una pequeña lapa, que Andrés había encontrado en el monte. Las plantaciones de café, piña y los conucos estaban en plena producción. Los esporádicos viajes a la civilización para mercadear, estaban rindiendo beneficios. Pasaban los años y las niñas y sus padres vivían sin desengaños, pero también, sin escuela y sin medicinas. Por suerte eran muy ágiles, inteligentes y muy sanas. Las únicas letras que conocían, venían del esfuerzo de Dorila, quien con una cartilla conocida como "Abajo Cadenas", las fue guiando hasta que aprendieron a leer, de forma muy rudimentaria. En cuanto a la escritura hay que decir que su deficiencia era notoria, apenas sabían colocar su nombre y apellido. Cuando Marina del Carmen, cumplió trece años, ya se mostraba como una hermosa mujer, precoz y muy poco afanada por los oficios de hogar. Gustaba más de andar con su padre. En estas lides, la acompañaba, permanentemente, su hermana menor Petra María. Por el contrario, Amanda Rosa era muy formal y responsable. Servía de gran ayuda a su madre en los oficios del hogar. En eso se diferenciaba de sus hermanas y también en que, a esa edad, era poco agraciada físicamente, lo que compensaba con su dulce carácter, buen juicio e incansable laboriosidad.

Era común, que algún miembro de la familia supervisara cada día el estado del agua en el pozo artesanal, pero casi siempre era Amanda quien iba a ese sitio. En cierta ocasión, cuando iba a correr la tapa que cubría el pozo, vio a un pequeño hombre, de aspecto extraño que se le acercó y ofreció ayudarla. Amanda retrocedió con rapidez y se fue corriendo a la cocina, a contarle a su madre lo que le había acontecido. Al principio Dorila no entendía lo que pasaba, pero Andrés les aclaró a todas las mujeres de su casa lo que podía estar ocurriendo. Les contó de las veces que sintió que lo observaban, de la pérdida del pollino y de lo floreciente que eran sus siembras. Él creía que eran los espíritus del agua, duendes o sátiros, que habitan la espesura de la montaña y que raras veces se dejan ver por nosotros. Amanda estaba horrorizada y no quería salir de la cocina o su cuarto. Se preguntaba:

- -¿ Por qué a mí?
- -; Por qué me está ocurriendo ésto?

Andrés y Dorila temían que ocurriera lo peor. Si el sátiro se enamoró de Amanda hay que protegerla a toda costa. La primera reacción de Dorila fue bajar, con las niñas, a la casa de sus padres y permanecer allí por un tiempo prudencial. En esa época, Pino tenía nuevos vecinos y las niñas pronto hicieron amigos entre los jóvenes de la zona. El campesino venezolano, de manera muy jocosa, considera que una mujer está acta para el noviazgo o matrimonio cuando ésta ya puede hacer oficios del hogar. Sin entender cómo actúan las hormonas, las ven como flores de auyama, diciendo que después de una brisa, ya son auyamas maduras, listas para comer. Otros son menos expresivos y se limitan a decir: ¡Esa linda niña ya puede con un balde de agua! ¡Ya puede con todo! Así veían los nuevos amigos a las tres hijas de Dorila.

Transcurrieron unos tres meses de aquel evento en el pozo de agua y Andrés bajó con una carga en sus burros y de regreso, llevó a su familia, de nuevo, a la montaña. Pasaban los días y todos estaban bien, excepto Amanda, quien sentía molestias de todo tipo. De noche, al dormir, le hacían cosquillas

en los pies y ella les reclamaba a sus hermanas por esa acción. Otras veces le guitaban la sábana, le robaban la ropa interior, le ensuciaban la comida o le botaban el agua de jabón. Sus padres notaron lo que le sucedía y se dispusieron a buscar ayuda. Contrataron al hijo de uno de los vecinos de Pino, para que cuidara la finca en Cumaca. Rodrigo, un joven de 18 años, acostumbrado a la vida del campo, no tuvo inconvenientes en aceptar el encargo. Claro está, él desconocía lo que pasaba con Amanda. Sólo pensaba en lo cerca que podía estar de Marina, a quien, incluso, ya había palabreado abajo en los ranchos. El viaje a consultar al médico práctico era largo. Todos se trasladaron hasta el rancho de Pino. Luego de contar a los suegros lo que ocurría, Andrés siguió el viaje con Dorila y Amanda, dejando a las otras dos jóvenes al cuidado de los abuelos. El camino hasta la ciudad de El Tocuyo no era muy grato. Debían tomar el camión de casillas hasta Barquisimeto y de allí, otro más pequeño, que los llevaría hasta la casa del señor Nelson. Fue necesario esperar a que repartieran todos los pasajeros, para llegar hasta la parada de los carros que viajan hasta El Tocuyo. Se apearon en la propia carretera trasandina y luego de caminar varias cuadras, preguntando a cada persona que veían por el consultorio espiritista, lograron llegar al ansiado destino. Fue necesario esperar una hora para que les tocara el turno. Los tres pasaron a la consulta, no sin antes preguntar el precio. Un litro de cocuy, un velón y semillas de cacao, o en su defecto, el equivalente para adquirir estas ofrendas para el altar. La cuenta no llegaba a diez bolívares. Pronto le estaban contando al señor Nelson lo acontecido con Amanda. Éste, muy atento a la historia, tomó a la joven de la mano y luego de meditar un rato le dijo lo siguiente:

La montaña donde ustedes habitan tiene dueños. A pesar de ser respetuosos, ustedes no han pactado ninguna ofrenda con los espíritus del monte. Estos seres quieren cobrar sus derechos y así lo han estado haciendo. Ya se han llevado varios animales y ustedes piensan que son los tigres o los pumas. El príncipe de los duendes quiere una ofrenda de más envergadura. De todas sus hijas, para ellos, Amanda es la mejor, la más seria, juiciosa y hacendosa. La quieren a ella. El duende que la sigue es el "príncipe Remberto". Es casi un anciano, muy delicado y quisquilloso. Sólo quiere lo mejor para él. Lo más aseado y pulcro. Por eso quiere a Amanda.

Nelson hizo un breve silencio, mientras Amanda, en prueba de miedo y

sumisión, dejaba escapar sus lágrimas, sin hacer el menor gesto. Al final de la consulta les dio estas recomendaciones:

- La joven y sus hermanas se deben colocar un hilo, rojo, de algodón, en la muñeca derecha y otro en el tobillo izquierdo.
- No deben salir solas al monte ni a las nacientes de agua o pozos artesanales.
- Cada vez que Amanda vaya a defecar, lo hará en el monte, a la vez que come una arepa o pan, que más nadie haya probado. Luego se dirigirá a su casa, sin limpiarse, hasta que llegue a su baño.
- Deberán colocar una cruz de palma en cada pozo o fuente de agua, donde dejarán una ofrenda de dos granos de cacao, seco de agua y sin trillar. Vuelvan a la consulta dentro de dos meses.

Luego de esto se despidieron y comenzaron el retorno a su montaña, en Cumaca. Pasaron por casa de Pino y recogieron a sus hijas y de allí, comenzaron el ascenso a la finca. Al verlos llegar, Rodrigo se adelantó a recibirlos y les preguntó cómo había sido el viaje. Andrés no tenía planes de intimar con este joven y no le dio muchos detalles de lo ocurrido en El Tocuyo. Pero más tarde, cuando Marina pudo hablar con él, le contó, con lujo de detalles, lo que ocurría a Amanda. Su reacción fue de asombro y comentó: ¡Esta finca está encantada!

Luego de cobrar lo acordado por sus servicios, Rodrigo se despidió y se fue a su rancho, vecino al de Pino. Por el camino, mientras bajaba de la montaña, no dejaba de pensar en Marina y en el riesgo que corría, por vivir en Cumaca. Los duendes se podían enamorar de ella y tendrían muchos problemas para estar juntos. Luego pensó en Amanda y en el problema que tenía encima. Al pasar frente a la casa de Pino, lo encontró en la entrada. Se saludaron y Rodrigo le comentó el caso de Amanda, a ver que le sacaba. Pino, con su facilidad de palabra, no se contuvo y pronto lo puso al tanto de todos los detalles, acerca del encantamiento.

El joven, admirado por todo lo que estaba conociendo, le dijo:

¡Esa mujercita no debe seguir en Cumaca!

A lo que el viejo le respondió con firmeza:

¡Esa es su finca y su casa! No pueden abandonar lo que con tanto esfuerzo han logrado ¡Seguro que el brujo que visitaron les resuelve el problema y los duendes dejan de molestar a Amanda!

Allá en la finca, Andrés y Dorila se disponían a hablar con sus hijas acerca de las instrucciones dadas por el señor Nelson, en El Tocuyo. Marina y Petra María protestaron por las restricciones y por el hilo rojo que tenían que portar. Sin mucho agrado, asintieron a cumplir las instrucciones del espiritista. En cambio, Amanda, ahora más sumisa, se entregaba a todas las recomendaciones del médico práctico. No había perdido las esperanzas de volver a hacer su vida normal. Sin embargo, no había tenido ganas de nada, ni siquiera de orinar o defecar. Pero Dorila insistía en que lo hiciera. Ya tenía un pan de maíz, que nadie había probado, listo para llevarlo al monte ante cualquier necesidad. Además, se ofreció a acompañarla, a la distancia, a fin de cuidarla sin perturbar sus procesos biológicos. Para Amanda, todo aquello era asqueroso y poco digno, sobre todo, venirse del monte sin asearse. Ante esta actitud de la joven, su mamá le dijo:

-Esa es la idea. Que el duende sienta que eres despreciable. Así te dejará tranquila.

Al día siguiente, Amanda ya no pudo aplazar más sus necesidades de excreción. Se fue al monte, seguida de lejos por Dorila y comenzó el protocolo dado por el señor Nelson. Aquello era más que asqueroso para ella. Mientras defecaba y orinaba, en el monte, con su vestido largo tapando su cuerpo, mordió el pan de maíz. De inmediato se oyó un estruendo por los alrededores del lugar. Los gritos del "Príncipe Remberto" le paraban los pelos a cualquiera. Los arbustos se movían en todas direcciones y la bulla hacía que todos los animales se desperdigaran. Amanda estaba aterrada. La piloerección se hizo presente en todo su cuerpo. Más arriba, Dorila lloraba por el temor que sentía. Sabía que el duende estaba muy cerca de su hija. La seguía a todos lados y el tratamiento del espiritista había delatado la presencia del ente maléfico. Al término de hacer sus necesidades fisiológicas, Amanda se levantó y aun sin limpiarse, se fue caminando lentamente, al encuentro de su madre y luego ambas apuraron el paso para llegar al baño, donde la joven se aseó debidamente. Lloraba a más no poder, por haber comprobado que el duende estaba tan cerca de ella y a la vez sentía cierta satisfacción por saber que el tratamiento estaba dando buenos resultados. Durante los siguientes seis meses no se presentaron incidentes con el duende y todos creían que era algo superado, hasta que vivieron una experiencia muy desagradable con las bestias y el perro. Eran más de las tres de la mañana y todos dormían, cuando oyeron un alboroto en el corral de los burros. El "Cartucho" latía sin parar frente al corral y por ratos se le oía llorar. Todos salieron con las linternas y una lámpara de querosén, pero no pudieron ver nada sobrenatural. Al revisar los animales, observaron que presentaban cortes en la piel, como consecuencia de la cueriza que les habían dado. De inmediato, Andrés comenzó a proferir rezos, que los demás contestaban y se trajeron al perro para la casa. Ya nadie pudo dormir. Pronto amaneció y a medida que meditaban acerca de este evento, recordaron que no habían vuelto a la consulta con el espiritista. Amanda sabía que para ella era vital esa consulta, por lo que propuso que fueran el lunes de la semana siguiente. En eso intervino Dorila, para recordarles que ese día era la víspera del cumpleaños número 15 de Marina del Carmen, pero Amanda protestó, alegando que esto era de vida o muerte. Ya no era tan sumisa. Todos coincidieron en hacer el viaje. Marina no estaba muy preocupada por su cumpleaños. Ella tenía otros planes.

Llegó el día del viaje a El Tocuyo. La familia inició la travesía de la montaña, muy temprano, en la mañana. De nuevo, Marina del Carmen y Petra María se quedaron en casa de los abuelos maternos. El joven Rodrigo no estaba disponible para cuidar la finca de Cumaca, por lo que fue necesario contratar a un hermano de éste, de nombre Luis, quien no quería estar solo en la referida finca, por lo que fue menester que lo acompañara el viejo Pino. Al parecer, la noticia del encantamiento de Amanda, ya era conocida hasta en el caserío Charco Largo. De hecho, ya se referían a la montaña de Cumaca como el ¡Cerro de la Mujercita Encantada! Luis era un joven de unos veinte años y su juventud le permitía arriesgar un poco en pro de ganar algún dinero y averiguar en forma directa, que era lo que pasaba en esa montaña con los espíritus y las hijas de Andrés. Su real objetivo era llevarse a Petra María, a quien le había puesto el ojo y esta joven parecía corresponderle. Ya eran las dos de la tarde, del día lunes, cuando Andrés, Dorila y Amanda pasaron a la consulta del señor Nelson. Éste les recordó que no era un juego a lo que se estaban enfrentando, recriminándoles el no haber asistido a la consulta, dos meses después del primer tratamiento. No hubo réplicas. Amanda ya no lloraba. Su mente se concentraba en lo que debía hacer para liberarse de los espíritus que la acosaban. A sus casi 14 años, ya se comportaba como toda una mujer. Luego de oír lo que le narraron acerca del primer tratamiento y la segunda incursión de los espíritus, el señor Nelson les dijo lo siguiente:

- Esta vez los espíritus se están comportando en forma agresiva. Ya no buscan sólo a Amanda. Ahora quieren reclamar sus derechos sobre la finca de la montaña.
- Andrés debe seguir con las ofrendas en las fuentes de agua y hablar con ellos para pactar los pagamentos, que se deben hacer el primer lunes, de cada mes.
- Antes de cumplir los 15 años, Amanda debe casarse. De no ser así, debe mudarse de la montaña. Sólo así, la dejarán tranquila. Con el resto de las personas no hay nada que temer.
- Mientras esté soltera, Amanda debe tener cuidados especiales, tales como no ir sola a las fuentes de agua. Seguir defecando en el monte y a la vez, comer pan o arepa. No asearse en el monte, sino en su baño. Seguir usando los hilos rojos de algodón y al tener un hijo, colocarle los hilos rojos, en los mismos lugares del cuerpo.
- Ahora vayan tranquilos a su montaña. Tomen esta artemisa y esta mostaza. Con las ramas barran el patio y todos los pisos. Luego esparzan los granos, al voleo, por toda la posesión. Dicho esto, se retiraron de la consulta y retornaron a su hogar

El regreso a casa fue dificultoso. Llegaron a Barquisimeto casi anocheciendo, por lo que optaron por pernoctar en casa de un familiar de Dorila. Al amanecer, ya iban rumbo al puesto de camiones para viajar a Bobare y de allí al caserío Los Cochinos. Luego el viaje continuó a pie, hasta llegar al rancho de los abuelos. Soberana sorpresa la que les esperaba. Marina, con apenas 15 años, se había escapado con Rodrigo. Aquella noticia desoló a Dorila y a Andrés lo llenó de coraje. Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa, con tal de recuperar a su hija y cobrar la afrenta hecha por Rodrigo. Era el 20 de Diciembre de 1974, día del cumpleaños número 15 de Marina del Carmen, fecha que nunca olvidarían. Esta vez subieron a la montaña con Petra María y Amanda. Al llegar al sitio, Andrés despidió a Luis en forma inmediata. Le pagó y sin ninguna explicación le pidió que se retirara. En este joven veía reflejado a su hermano Rodrigo. Pasó el resto del día pensando en qué había fallado. Se atormentaba, sin hallar una respuesta satisfactoria. El cansancio lo dominó y se fue a dormir. A todas estas, Dorila estaba pendiente de cuidar a Amanda del ataque de los espíritus. No había tenido tiempo de sufrir por Marina, sólo sabía que ese era el destino de la mayoría de las mujeres del campo venezolano. Así pasó con ella, sólo que con más edad y con la aprobación de sus padres.

A medida que pasaban los meses, todo se iba desarrollando como lo había dispuesto el señor Nelson. Aún no tenían noticias de Marina. Sus hijas habían cumplido años, sin ninguna celebración. Ahora su mente se ocupaba en cómo resolver el caso de su segunda hija. Se debatían entre enviarla a vivir con la familia de Dorila, en Barquisimeto o casarla formalmente. ¿Pero con quién? Ella no daba señales de enamoramiento. El trabajo de la finca continuaba sin descanso. Tuvieron que contratar varios obreros para lograr cumplir con las diferentes tareas agrícolas, entre quienes estaban: Luis, hermano de Rodrigo, Mauricio, Wilfredo y José. Estos últimos tres, eran hermanos y vivían cerca del rancho de Pino. Era el tiempo de la cosecha de café, trabajo que les llevaría varios meses. Durante este tiempo Dorila y Amanda se encargaron de la comida de los hombres y de lavarles la ropa. Como era su costumbre, los oficios los hacían con gran dedicación, hecho que llamó la atención de los obreros. Wilfredo le tenía el ojo puesto a Amanda, quien de vez en cuando, intercambiaba profundas miradas con él, brindándole siempre las mejores atenciones. Pronto se encendió entre ellos la pasión y la lujuria juvenil, que los llevó en poco tiempo a un enamoramiento que era visto con buenos ojos por los padres de la adolescente. A todas estas, Luis, que conocía la historia del encantamiento y no quería durar mucho tiempo en esta montaña, tuvo la audacia de sonsacar a Petra María y la hizo su mujer, convenciéndola de fugarse con él, una vez que le hubieran cancelado la faena de cosecha del café. Le ofrecía ir a vivir en una finca de Piña que recién estaba fundando un primo suyo, de nombre Carlos Aranguren, en el caserío El Caimito. La ingenua adolescente se recreaba en la dicha que podía estar viviendo su hermana Marina y se animó a fugarse con Luis, en el plazo propuesto por éste.

A medida que recolectaban el aromático grano, Andrés fue secando las cerezas, aún sin despulpar, en un patio de tierra que tenía adyacente a la casa, aprovechando para ello los rayos de sol que se presentaban. Ya había logrado acumular unos cinco quintales de café, en parapara, cuando los obreros terminaron el último graneo en la plantación. De inmediato convino con Pino, para que siguiera la faena de rastrillar y guardar el café cada día, mientras él bajaba a llevar la cosecha ya acumulada, junto a otras mercaderías, para la venta. Cargó los burros y bajó al caserío, junto a Dorila, sus hijas y los obreros. Una vez hecha la venta, les pagó a sus trabajadores

y acordó con su mujer, visitar a la familia de Wilfredo. Esto a petición de Amanda, quien se sentía muy atraída por el joven agricultor. La familia de éste, era muy humilde, muy honesta y también, muy trabajadora. Conocían todos los comentarios que hacía la gente acerca del "cerro de la mujercita encantada" y a pesar de ello, no sentían ningún temor de que su hijo Wilfredo se uniera a Amanda. Por el contrario, veían esto como una opción para mejorar económicamente, ya que la finca de la montaña era afamada por su fertilidad y productividad agrícola, además del buen clima para los animales. Wilfredo era un joven de unos 19 años, de contextura fuerte, hábil para el trabajo agrícola y pecuario, además de ser valiente y decidido a enfrentar cualquier dificultad, con tal de lograr desposar a Amanda y posesionarse en la hacienda de la montaña de Cumaca. La vida de los seres humanos siempre está signada por el interés y esta no era la excepción. Amanda no sólo veía a Wilfredo como un hombre que le brindaría amor, seguridad y compañía, sino que también le permitiría dar al traste con aquella terrible situación del encantamiento. Si lograba casarse antes de cumplir los 15 años, seguramente los espíritus de la montaña la dejarían tranquila y no tendría que mudarse de Cumaca, sitio que tanto le gustaba para vivir el resto de sus días.

Estando todos de acuerdo con el casamiento, lo organizaron para el mes de Diciembre de 1975. Andrés continuó trabajando en su finca y cada vez acumulaba más capital, a tal punto que consideró prudente hacer una celebración para el momento del matrimonio de Amanda, lo que incluía vestidos nuevos para las mujeres y ropa nueva para él, así como abundante comida y bebidas. Financió a Wilfredo para que construyera una casa, donde viviría la joven pareja, en un sector cercano a la casa de la finca y les asignó una parcela de unas sesenta tareas, para que la dedicaran al trabajo agropecuario. El agua la tomarían directamente de la quebrada de Cumaca.

Faltando un mes para el casamiento de su hermana, Petra María decidió fugarse con Luis, porque su barriga comenzaba a notarse y sentía temor por la reacción que pudieran tener sus padres ante aquel disparatado hecho. El joven Luis había reunido algún capital y con la promesa de ser obrero, en la finca de piña de su primo, allá en El Caimito, consideró que era el momento oportuno para robarse a la joven, que aún no cumplía los trece años. Antes del amanecer ya había subido a la montaña y en una mula vieja, pero muy

útil, se llevó a la muchacha, quien lo esperaba en un paraje cercano a la finca, con una liviana maleta como equipaje, pero con una preciada carga en su vientre. Este acontecimiento no extrañó a los padres de la joven, que ya habían notado el abultado vientre de su hija. Además, no veían con muy buenos ojos a Luis, por ser muy mal hablado y de poco entusiasmo para el trabajo. No entendían, como dos de sus hijas habían ido a parar en los brazos de estos dos jóvenes, hermanos entre sí y sin casi nada que ofrecerles. Sólo cuando ellas comenzaran a sufrir las vicisitudes de la vida que les esperaba buscarían a sus padres y los tomarían en cuenta. Por ahora la prioridad era salvar a Amanda y así lo estaban haciendo.

Llegó el día del matrimonio y los invitados ya estaban en la finca, entre ellos el viejo Pino y la señora Petra, abuelos maternos de Amanda, los padres y hermanos de Wilfredo y la primera autoridad civil de Bobare, que había sido habilitada formalmente para este acto, con la condición de que el jefe civil fuera trasladado a caballo y hacerle un pago en especias, consistente en un saco de café y una pareja de ovejos. Todo lucía muy solemne, tal como lo había prescrito el espiritista. Amanda debía casarse antes de cumplir los quince años y la fecha límite era el 30 de Enero de 1976. Esto del matrimonio era toda una novedad. Por esos lares, los casamientos formales son muy escasos y menos comunes aún, habilitados en una finca tan lejana. Andrés y su finca de la montaña gozaban de algún prestigio y su amistad con Alberto Lugo y el padre de éste, le facilitaron convencer al jefe civil, quien condicionó su presencia en la finca, pero finalmente asistió. Además, los padres de Amanda debían firmar en el acta, por ser la novia menor de edad. Luego de la ceremonia todo era alegría. Se sirvió el almuerzo, donde se ofrecieron brindis por la prosperidad de los nuevos esposos y a eso de las dos de la tarde se retiró el jefe civil, acompañado por el viejo Pino, quien quería regresar a su casa, a acompañar a su hijo José, quien se había quedado solo, cuidando la casa, los animales y las mercaderías de Andrés. Además, tenía que pagarle al jefe civil el saco de café y los dos ovejos. El resto de los participantes de la boda, continuaron celebrando hasta muy entrada la noche, momento en que Wilfredo y Amanda se apartaron del grupo y decidieron dar rienda suelta a la pasión que les ofrecía su nueva vida. Todo fue transcurriendo en sana paz, a tal punto que al cabo de un año Amanda dio a luz su primer hijo. Al fin había un varón en la línea de descendencia de Andrés. Lo llamaron Rafael Andrés en honor a los abuelos. Era el 16 de Febrero de 1977. Continuaron pasando los días, alegres y sin desengaños, que trajeron a la pareja una niña. Era el 20 de Abril de 1979. La llamaron Josefina María.

Así se fue pasando el tiempo, los niños crecían sanos y fuertes y las fincas de Andrés y Wilfredo prosperaban. Ambos hombres se desvivían por acumular bienes materiales pero dedicaban poco tiempo en atender a sus familias, a excepción de Andrés, que cada vez estaba más obsesionado con su nieto. Pasaba casi todo el tiempo libre con él, como si presintiera que, pronto, algo se lo quitaría de su lado. Los padres del niño veían esto con cierto recelo, pero lo aceptaban. Total, era su abuelo, quien lo mimaba. Los espíritus no se habían vuelto a manifestar y Amanda se sentía muy segura y confiada. Ya tenía cuatro hijos. Tres varones y una hembra. Fue durante el cumpleaños número doce de Rafael Andrés que se manifestó toda la furia de los espíritus del monte.

El abuelo y el nieto salieron al monte, a probar el regalo de cumpleaños que Andrés había dado a Rafael Andrés. Una hermosa escopeta, sencilla, de origen francés, calibre 16mm, que le habían comprado a un cazador de Bobare. El muchacho era un joven muy fornido y el arma le venía bien a su cuerpo. Pronto comenzó a disparar y a errar los tiros, hasta que logró derribar su primera quacharaca. Luego otra y después unas palomas turcas. A medida que iba tomando más confianza en el arte de cazar, se fue adentrando más y más en la montaña, seguido muy de cerca por el abuelo, hasta que vieron pasar un venado. Le disparó y logró herirlo. El ciervo cayó al suelo pero de inmediato se levantó y se internó en el monte, por lo que el joven cazador emprendió veloz carrera tras su presa. Al tiempo que seguía al venado herido, se fue distanciando de su abuelo, hasta que se encontró perdido en aquellos parajes y no pudo encontrar el rumbo de regreso. Lo buscaron hasta la noche y luego, cada día de la vida de Andrés. El muchacho se volvió noche y la familia se sumió en la más profunda tristeza. Andrés se enfermó y entró en un estado de enajenación mental que lo alejó de la realidad. Su finca fue desmejorando hasta que se convirtió en un charrascal. Algo similar estaba ocurriendo con Wilfredo, quien se volvió huraño y alcohólico. Amanda, ahora ya no tan sumisa, se aferró a sus otros tres hijos y vivían, casi en la miseria, de lo poco que podían producir. Así fue perdiendo a su marido, que se diluía en el licor y en su empeño por recuperar a su hijo perdido, olvidando al resto de su familia. Él creía que el culpable era el abuelo y en Amanda, veía reflejado a Andrés. El desamor se apoderó de la pareja. Los destellos de la pasión que los había unido, hacía más de veinte años, ya no brillaban más. Decidieron vender todo lo que pudieron y bajaron a vivir en la casa de los padres de Dorila, quienes en su ancianidad, los recibieron gustosos pero muy entristecidos por la forma sombría en que había terminado todo, allá en la finca de la montaña. Ese sitio quedó solo y la gente va allí a cazar o a curiosear.

mujercita.

A conocer cómo es el cerro de la

31-08-2010

#### VOCABUI ARIO

Lapa (Agouti paca): Roedor, con el cuerpo cubierto de pelo, que puede llegar a pesar entre cinco y quince kilogramos. Frugívoro. Habita en América central y del sur. Tiene carne muy apetecible.

Montería: Nombre que se da en España a las faenas de cacería de animales silvestres.

Brasas: Leña o carbón encendido, al que no se le ven señales de fuego. Su color es rojizo o anaranjado.

Guinche: Perro criollo, producto de varios cruces, entre razas no muy definidas. Su aspecto es poco vistoso. Es muy adaptable a las condiciones ambientales y muy resistentes a las enfermedades locales.

Maña: Habilidad o destreza para demostrar cariño o para lograr algo.

Bucare: Árbol papilionáceo, típico de América, usado para dar sombra a las plantaciones de café. Su madera no es útil en la construcción, pero si como leña.

Trilla: Vereda o camino usado, en forma frecuente, por los animales silvestres. Lo usan en demasía, que llega a diferenciarse del resto del terreno.

Perrero: Uno de los cazadores, que se encarga de guiar a los perros en el monte, hasta conseguir los rastros de los animales de presa

Barriga: Panza del animal. Parte ventral del cuerpo del animal, que aloja al estómago, los intestinos y el resto de los órganos de la digestión. Vientre.

Desollar: Quitar el pellejo a un animal. Descuartizarlo

Corte: En la agricultura, especialmente en el campo venezolano, es la extensión de terreno donde se esta desarrollando un trabajo agrícola.

Bajío: Terrenos bajos, que por esta condición tienden a acumular agua y siempre se mantienen húmedos.

Se volvió noche: Expresión típica del campo venezolano, que refiere al hecho de que una cosa, animal o persona, se pierden de vista y no es posible encontrarlos, a pesar del esfuerzo que se haga.

Tocino: Capa de carne, por debajo del pelo, del cerdo y la lapa, rica en grasa y proteínas. Su color blanquecino la diferencia del resto de los cortes de carne.

Canales: Cada una de las dos mitades en que puede ser dividido un animal, para su beneficio o comercialización.

Caki: Color que va desde el amarillo ocre hasta el verde grisáceo.

Murrial: Bolsón o saco, hecho con el cuero de un animal silvestre. También se puede confeccionar con fibra de sisal y cuero.

Aguacero: Lluvia repentina, abundante y de poca duración.

Tuétano: La médula de los huesos. Lo más intimo de una persona.

Terciado: Colgarse un objeto al hombro o al cuello, para que no estorbe al caminar.

Carama: La cornamenta de un venado, que puede tener dos o más cachos o puntas.

Presas Mayores: Se refiere a aquellos animales silvestres, que pueden ser cazados por su carne y tienen un gran tamaño, respecto a otros que son pequeños. Tal es el caso del venado, respecto al conejo.

Arepas: Torta o bollo, moldeado con las manos, a partir de masa de maíz, cocinado al fuego, sobre las brasas, o sobre un budare de hierro o barro. Se

usa para acompañar otros alimentos como el queso, carne o sopas.

Cocuiza: Nombre común que se da en Venezuela a la planta del sisal, de la que se extraen fibras usadas para hacer sacos, mecates y telas.

Perro mestizo: Perro nacido de padres de razas diferentes. Híbrido con cierta pureza.

Ranchito: Choza o casucha con techo de palma o zinc, paredes hechas de barro, alternado con pedazos de madera y piso de tierra.

Hacho: Tablas delgadas, que se obtienen dividiendo el tronco del cardón, seco. Son usadas en la construcción de techos, cercas y puertas.

Lance: Cada una de las jornadas de cacería, que se realizan en el campo venezolano.

Pajarero: Persona aficionada a atrapar, vivas, las aves silvestres y a criarlas en cautiverio.

Fogón: Es el lugar donde se ubica la cocina del campesino venezolano, contentivo de un cimiento, topias o piedras, un budare y una parrilla de metal, para colocar las ollas, además de una provisión de leña.

Guayoyo: Bebida aromática obtenida a partir de la infusión del polvo de café. Se caracteriza por ser negro y poco concentrado.

Velorio: Acto religioso, tradicional del campo venezolano, que consiste en alumbrar con velas de cera, a un altar, formado por uno o más santos o deidades. Se acompaña con flores y cantos, además de comida y bebidas espirituosas. Se realiza para cumplir promesas, en señal de agradecimiento o como petitorio de favores.

Pagamento: Ofrenda material, de comida, bebidas, o velas, que se hace a los espíritus del monte y el agua, en señal de respeto, consideración y agradecimiento. Sufragio: Pagamento que se hace a los espíritus.

Espíritus: Entes sobrenaturales, que a decir del campesino venezolano, habitan y cuidan las aguas y montañas. Son dueños y protectores de los animales del monte. Existen reyes, reinas, duendes y sátiros. Pueden ser burlones y malvados. Se enamoran de las mujeres y niños, llegando a raptarlos, para jugar y divertirse con ellos. Algunos los personalizan bajo el nombre de San Juan del Agua.

Compadres: Nombre usado por el campesino venezolano, para referirse a los espíritus del monte. Algunas personas creen que los espíritus se ofenden si se les llama duendes o sátiros. También se les puede llamar compañeros del monte, sin que se ofendan.

Postura de agua: Acto religioso, tradicional del venezolano, que consiste en una especie de bautismo, sin la participación de jerarcas de la iglesia católica. Al niño se le designa un padrino de agua, un padrino de plato, y un padrino de vela, quienes le mojan la cabeza con agua bendita, a medida que se le asigna el nombre, con el respaldo simbólico de la santísima trinidad. Los padres y padrinos del niño, toman muy en serio el vínculo de compadrazgo. Se cree que este ritual da al niño la protección temprana, de nuestro señor Jesús, el hijo de Dios.

Baquiano: Persona muy conocedora de una zona determinada, a tal punto, que lo hace experto en rastrearla.

Médico Práctico: Persona con poderes sobrenaturales, que le permiten resolver conflictos de otros, recetar brebajes con fines medicinales, liberar a otros de encantamientos, curar enfermos, picados de culebras y hasta hacer maleficios a otras personas, bien a petición de alguien o por mandato de los espíritus que invocan. También los llaman chamarreros, brujos, curanderos, espiritistas, doctores, entre otros nombres.

Ente: Ser sobrenatural, espíritu del monte.

Gualfas: Vegetal, de aspecto similar al bambú, que forma grandes e intrincadas macollas con sus tallos y ramas, difícil de penetrar, por el riesgo de arañazos, punzadas y cortaduras. Sus tallos, en forma cilíndrica son útiles para la construcción de talanqueras, puentes, y muebles. Sus raices dan firmeza a los terrenos inestables.

Pica: Camino o vía que se va despejando, en un monte intrincado, mediante el uso del machete o un tractor.

Bicho: Persona de malas intenciones. Cualquier animal o sabandija del monte.

Contra: Especie de amuleto. Objeto usado por el campesino para contrarrestar cualquier maleficio. Puede ser un tabaco, chimó, cacao, aguardiente, pan, colonia, frutas, estampitas de santos o próceres, entre otros.

Comadrona: Mujer con habilidad para servir como partera, en caso de mujeres que dan a luz a sus hijos, en zonas donde no hay servicio médico disponible.

Ánima: Alma del purgatorio. El alma de uno o todos los muertos.

Dato: Fruto comestible, redondeado, de color rojizo, con abundantes pelos urticantes, de un tipo de cactus o cardón.

Lefaria: Fruto, comestible, alargado, de color verde claro, de un tipo de cardón.

Comojón: Fruto redondeado, comestible, de color rojo intenso, producida por la tuna española o el nopal.

Vigiar: Velar o vigilar el campo, o a los animales, durante una jornada de cacería.

Chopo: Artefacto de fabricación casera, muy rudimentario, similar a una escopeta.

Vereda: Cualquier camino en el monte, ya sea para ser usado por animales o personas.

Cuerda de cazadores: Grupo de personas, del campo o la ciudad, con intereses afines, inherentes a las jornadas de cacería. Tienen un jefe, un sitio de reuniones y condiciones de funcionamiento.

Guamo: Árbol de la familia de las mimosáceas, cuyo fruto es la guama. Se suele plantar el guamo, para dar sombra a las plantaciones de café. También se usa como leña.

Arañagato: Arbusto, de las regiones áridas de Venezuela, cuyas hojas modificadas en espinas y lo enmarañado de sus ramas, hacen muy difícil atravesar las zonas donde se encuentra. Casi no lo corta el machete y forma macollas impenetrables, que es preferible bordear.

Ceba: La comida que se le deja a los animales silvestres, en los vigiaderos.

Mapanare: Culebra muy venenosa, del género botrox, muy común en el campo venezolano.

Troja: Plataforma que se coloca sobre lo alto de un árbol, para sentarse a vigiar, durante una jornada de cacería.

Zanjón: Caída abrupta de un terreno, de difícil acceso, por lo pronunciado de la pendiente.

Mamón: Árbol de la familia de las sapindáceas, de gran porte, cuyo fruto en forma de drupa, dulce, ácido y con una nuez, es comestible.

Quebrada: Dícese del terreno irregular y tortuoso, por donde, a veces corre agua, de lluvias o de nacientes naturales.

Hamaca: Red tejida de hilo, de varias clases y colores, que se guinda por los extremos y sirve de cama, silla o columpio. También se usa como medio de

transporte de vivos y muertos.

Candil: Lámpara de aceite muy sencilla y primitiva. Su luz se torna rojiza a la distancia.

Latir rastro: Hábito de los perros cazadores, que ladran y aúllan, en forma intermitente, al encontrar rastros, frescos o viejos, de animales de presa.

Campanear: Hábito de los perros cazadores, de ladrar, en forma sostenida, cuando encuentran rastros frescos, o ven a los animales de presa.

Yuso: Pero criollo, de raza desconocida, poco vistoso. Guinche.

Solapa: Saliente de una parte del terreno, ya sea en una piedra o tierra, que sirve de refugio a un animal silvestre.

Tres en boca: Cápsula de escopeta, de calibre 12, 16 ó 20, etc., que tiene tres guaímaros de plomo en la boca, repitiendo esta secuencia, hasta completar nueve guaímaros, en total.

Guaímaro: Las bolitas de plomo, que tienen las cápsulas de escopeta en su interior, que son expelidas, a través del cañón del arma, al sonar el disparo, a una velocidad aproximada de noventa metros por segundo, con puntería. Si alcanzan el cuerpo de un animal, lo penetran, causando destrozos en huesos, músculos y otros órganos vitales.

Cinegético: Se refiere al arte de la cacería con perros. Otros autores lo explican como el conjunto de hábitos de vida, incluyendo el reproductivo, de los animales silvestres. Es con base a este comportamiento cinegético, que se elaboran los permisos de cacería deportiva.

Conuco: Extensión pequeña de terreno, en las cercanías de la casa del campesino y la siembra que sobre ésta tiene. Son comunes los conucos de maíz, caraotas o yuca, para la manutención familiar.

Ramal: Vía de penetración agrícola, hecha a mano, o con equipos pesados,

que permite el acceso con vehículos, a zonas donde antes sólo era posible entrar a pie, o en bestias.

Trochas: Vía de penetración agrícola o rural, de difícil acceso, sólo transitada por bestias o a pie.

Bahareque: Pared elaborada con cañas, o pedazos de estas y barro, bien batido y mezclado con paja. Rancho hecho con este método.

Pelechar: Prosperar los animales, en una finca.

Cuerizas: Maltrato físico, infringido a un animal con una correa o rama de monte.

Cuartillo: Nombre que daba el pueblo a una moneda, equivalente a doce céntimos y medio de Bolívar, durante la década de los años sesenta, del siglo veinte, en Venezuela.

Chimo: Pasta que se obtiene de la cocción del tabaco con sal de urea, de sabor amargo, rica en nicotina y alquitrán. Es capaz de generar borrachera en quien la consume. Además, genera dependencia y trae problemas en la salud de quien la usa.

Fiar: Venderle a alguien un producto a crédito, sin que para ello deje alguna garantía.

Taparas: Nombre usado por el campesino venezolano para referirse a los testículos de un animal.

Carreto: Carrete o cilindro hueco, pequeño, de plástico, madera o cartón, donde se arrolla el hilo de coser, o el nylon de pescar.

Preñada: Llena. Dícese de la hembra que ha concebido un nuevo ser, en su vientre.

Ardita: Nombre que da el campesino venezolano al pequeño roedor, de

color rojizo oscuro, de vida arborícola, llamado ardilla.

Jechos: Término campesino que refiere el estado de desarrollo de un fruto o un cultivo, en general, haciendo ver que ya esta listo para ser cosechado.

Wagoneer 4x4: Nombre registrado de un vehículo, marca Jeep, rústico, de uso común en las zonas rurales, terrenos barrialosos y en la ciudad.

Magia negra: Arte fingido de producir la evocación de espíritus malos y demonios, a través de operaciones ocultas, con la finalidad de crear estados de temor y perturbación, en personas débiles de mente, para arrebatarles propiedades u obligarlos a hacer cosas contrarias a su lógica de vida. Brujería. Hechicería.

Raya: Chucho, Manta o Manta raya. Pez cartilaginoso, emparentado con los tiburones, que tiene forma redondeada, con aletas en forma de alas, la boca en posición ventral y una cola, en cuyo extremo final está presente una especie de aguijón dentado, impregnado con un mucílago, sucio y enconoso. Le sirve como mecanismo de defensa. Algunas especies tienen dos púas ó más. Existen especies de agua dulce y agua salada.

Chenchenas: Aves voladoras, de aspecto prehistórico, bulliciosas, que pueden presentar cresta o carúncula, de plumaje marrón o búlico, que habitan las riberas de los ríos llaneros.

Tapón: Entrada adicional que hacen los cachicamos en una cueva. Normalmente sirve como salida de emergencia. Las lapas usan las cuevas hechas por los cachicamos, por supuesto, también usan el tapón.

Jopeo: Grito que hace el cazador, con la intención de animar a los perros a encontrar las presas de cacería. Se limita a decir "Jo", alargando el sonido de la o. La intensidad del sonido depende de la capacidad del cazador.

Pacen: Del verbo pacer. Comer hierba los venados

Enyelar: Palabra común entre pescadores, usada para referirse a la acción de colocar el pescado en la cava, entre capas de hielo.

Ajilar: Picar los peces en el río. Tragar la carnada y el anzuelo.

Relajar: Hacer cortes sucesivos, en todo el cuerpo del pescado, con un cuchillo muy filoso, con la intención de minimizar la presencia de huesos, al comerlo.

Aguaje: Desplazamiento brusco y repentino de las masas de agua, generado por el moviendo violento de un pez, tratando de huir o cuando está cazando.

Peje: Bagre muy grande, a decir de los campesinos o pescadores del llano.

Fonda: Honda o resortera. Instrumento conformado por un trozo de madera, de un árbol fuerte y resistente, en forma de "Y", al cual se unen dos pedazos de una liga de torniquete o tripa de caucho, que finalmente se amarran a un pedazo de cuero, de forma tal que permita lanzar pequeñas piedras a gran velocidad y distancia, con cierta puntería. Es muy usado para jornadas de cacería en el campo venezolano.

### **BIBLIOGRAFÍA**

- 1. García Pelayo y Gross, Ramón. <u>Pequeño Larousse Ilustrado.</u> Ediciones Larousse. Buenos Aires Argentina. 1981.
- 2. Weicher- Presch. <u>Elementos de anatomía de los cordados.</u> 2da edición. Libros McGraw Hill de Mexico, S.A. de C.V. 1981.
- 3. Entrevista al ciudadano venezolano: Vicente Antonio Valera Rodríguez. Año 1999.
- 4. Entrevista a la ciudadana venezolana: Carmen Celina Pérez Morillo Año 2000.
- 5. Entrevista al ciudadano venezolano: Miguel José Jiménez Año 2000
- 6. Entrevista al ciudadano venezolano: Gumersindo Camacaro. Año 2009
- 7. Vivencias personales del autor de los relatos.
- 8. Ley de Protección a la fauna silvestre. Gaceta oficial de la República Bolivariana de Venezuela # 4925, del 29-06-01.
- 9. Civardi y Rashbrook. <u>Como hacer aparejos de pesca y aprender a pescar</u>. Ediciones Plesa 2da edición. 1977 Madrid. España.
- 10. Todas las imágenes fotográficas son propiedad del autor del libro.

### Colofón

Versión Digital, agosto 2018 Sistema de Editoriales Regionales, Lara Barquisimeto - Venezuela Colección: Hermann Garmendia

Serie: Historia local

## Relatos de la pesca y la cacería

Comprenden una serie de relatos escritos con suma sensibilidad y respeto por las vivencias y aconteceres de la vida rural, donde -entre otros hechos, duendes y brujos tienen un alto grado de participación en el destino de las personas y sus bienes. En palabras del autor: "Es en la cacería y la pesca, donde el campesino libera sus tensiones, y en ambas actividades está en permanente contacto con seres que algunas veces lo ayudan y otras, lo acosan , para así hacer su vida menos tediosa, más interesante y digna de contar"



# Sistema de Editoriales Regionales

LARA

### Alí Ramón Riera Tona



Barquisimeto, Estado Lara 04/09/1956. Egresado del Instituto Universitario Pedagógico de Barquisimeto como profesor en ciencias experimentales, mención Biología. Luego de 26 años de ejercer la docencia, en la actualidad, dedica parte de su tiempo a escribir sobre sus idas y venidas por el campo venezolano, recabando experiencias ajenas y propias para luego plasmarlas en sus relatos.

